

FUNDACIO "LA CAIXA"

**LAS RELACIONES INTERGENERACIONALES
ENTRE ADOLESCENTES Y PERSONAS
MAYORES**

Informe Provisional

CIREM

Barcelona Junio 1993

INDICE

VOLUMEN I

PRESENTACION	1
------------------------	---

CAPITULO I: CONTEXTO Y MARCO TEORICO DEL ESTUDIO

1. INTRODUCCION TEORICA	
1.1. Teoría generacional	2
1.2. Vejez y adolescencia	7
1.3. Consenso y conflicto	12
2. CONTEXTO SOCIAL	
2.1. ¿De quiénes hablamos?	
2.1.1. Nuestros mayores	17
2.1.2. Los adolescentes	20
2.1.3. Los otros	20
2.2. ¿Qué ha cambiado?	22
2.2.1. La revolución de la población	23
2.2.2. Hábitat y población: escenarios cambiantes .	24
2.2.3. Familia y generación	25
2.3. Retrato de las generaciones	
2.3.1. Retrato de los mayores españoles	28
2.3.2. Retrato de los adolescentes españoles . . .	31
3. RESUMEN E HIPOTESIS	34

CAPITULO II: ANALISIS DE LA ENCUESTA

1. ¿COMO SON Y CON QUIEN VIVEN LAS PERSONAS MAYORES Y LOS ADOLESCENTES ESPAÑOLES?	
1.1. Perfil socioeconómico	39
1.2. El hogar	42
2. ¿COMO VALORAN A LAS DIFERENTES GENERACIONES?	
2.1. A los adultos	47
2.2. A los alternos	50
2.3. Comparación entre alternos y contiguos	52
2.4. Vejez y culpabilidad referida a los adultos	54
2.5. Vejez y adolescencia son etapas felices en la vida de las personas	56

3. LAS PROBLEMATICAS GENERACIONALES	
3.1. ¿Qué problemas tienen nuestros mayores?	59
3.2. ¿Qué problemas tienen los adolescentes?	61
4. RETRATO GENERACIONAL	
4.1. ¿Cómo eran los adolescentes españoles hace 30 años y cómo son ahora?	64
4.2. Autorretrato de nuestros mayores	66
5. CONDICIONES PARA LA RELACION	
5.1. Lo que quieren tener y no tienen de la generación adulta	69
5.2. Requisitos personales para la relación intergeneracional	73
5.3. Dar y recibir: ¿En qué podrían ayudar los mayores a los adolescentes?	76
5.4. Dar y recibir: ¿En qué podrían ayudar los adolescentes a los mayores?	77
6. GENERACIONES: VALORES, INSTITUCIONES Y GRUPOS SOCIALES	
6.1. Índices de preocupación	81
6.2. Evaluación de grupos sociales	83
6.3. Evaluación de instituciones	86
7. BASES MATERIALES PARA LA RELACION: LAS COSAS QUE HACEN Y LAS QUE PODRIAN HACER	
7.1. Actividades de ocio de cada generación	90
7.2. Actividades que realizan conjuntamente	93
7.3. ¿Qué actividades serían apropiadas para compartir?	96
7.4. Listado de actividades para compartir	98
7.5. Actividades de abuelos con nietos de 0-13 años	102
7.6. Actividades entre abuelos y nietos adolescentes	104
 <u>CAPITULO III: CONCLUSIONES</u>	 109
 <u>CAPITULO IV: EPILOGO</u>	 115
 <u>BIBLIOGRAFIA</u>	 117
 <u>ANEXO METODOLOGICO</u>	

PRESENTACION

La presente investigación se ha realizado entre los meses de julio de 1992 y 1993, financiada en su totalidad por la Fundación La Caixa.

En la fase de preparación de la encuesta y del diseño de la investigación han participado Sergi González y Jordi Pascual. El tratamiento informático de los datos ha correspondido a Toni Marín. Los investigadores han sido Antonio Peralta y Oriol Homs. Todas las personas citadas pertenecen a la Fundación CIREM.

Desde aquí queremos dar las gracias a todos los participantes en nuestras mesas de discusión previas a la encuesta, tanto mayores como adolescentes, y muy especialmente a los directores de los centros juveniles o de personas mayores que tan gustosamente nos prestaron su colaboración.

Queremos agradecer también el esfuerzo de los profesores y expertos que nos dieron su opinión y valiosas sugerencias en la parte inicial del estudio.

Por último, quedamos siempre en deuda con los compañeros de trabajo de la Fundación CIREM, que nos han aportado, con gran acierto, no menos valiosos enfoques a los problemas planteados durante la investigación.

CAPITULO I: CONTEXTO Y MARCO TEORICO DEL ESTUDIO

1. INTRODUCCION TEORICA

1.1. Teoría generacional

Generaciones, grupos de edad o cohortes de edad son términos que se prestan, dependiendo de la disciplina teórica, a interpretaciones diversas. El lenguaje común, sin embargo, parece haber adoptado el término "generación" para designar un grupo de personas, generalmente jóvenes, que ha compartido un parecido nivel de experiencias, que tienen edades similares e, incluso, en nuestros días, han seguido determinadas modas en el vestir, en el pensar, o en ambas cosas a la vez.

En términos corrientes, la pertenencia a una generación presupone en los interlocutores una cierta coincidencia en los campos del pensamiento, del grado de modernización y, más concretamente, de un parecido proceso de socialización. Conceptos como historia y cultura planean en casi todas las definiciones al uso. Desde los medios de comunicación, además, se introduce frecuentemente el término generacional como sinónimo de modo de vivir e, incluso, como colectivo que persigue unos determinados objetivos frente a otros grupos sociales. Generaciones literarias o artísticas son usadas para designar estilos y formaciones parecidas, e incluso productos creativos comparables. Poco importa que las referencias para designar estas generaciones sean elementos secundarios, e incluso que las edades de sus componentes sean dispares.

El alargamiento de la vida ha supuesto una extensión considerable de la etapa final en términos biológicos y sociales, la vejez, pero paralelamente se han alargado las etapas anteriores: niñez, adolescencia, juventud, edad adulta. Una de las consecuencias de este alargamiento es la mayor heterogeneidad entre los miembros de una misma generación. Diversas investigaciones (CIS, 1989;

CRUZ y COBO, 1990; CIRES, 1992) ponen de manifiesto las dificultades de las personas para ponerse de acuerdo en delimitar, temporal o socialmente, las diferentes etapas de la vida. También en las mesas de discusión previas a la encuesta desarrollada con motivo de esta investigación nuestros interlocutores, adolescentes o mayores, y más estos últimos, tenían dificultades para acotar de modo unánime las etapas generacionales.

No es un tema menor en las Ciencias Sociales el de la conceptualización sobre generación, y términos próximos como grupos de edad o cohortes. Dependiendo de las disciplinas científicas, sus acepciones pueden designar a los descendientes de un mismo linaje, a los nacidos en determinados años o a una comunidad de personas que comparte, supuestamente, determinadas ideas y experiencias. Daremos a continuación un breve repaso a algunas acepciones del término, en diferentes disciplinas científicas (SANCHEZ VERA, 1993; ATTIAS DONFUT, 1988, JOVER y otros, 1978):

- IBN JALDUN, en el siglo XIV, a pesar de que no elabora una teoría sobre las generaciones, sí que traza un engarce entre ellas.

- Para STUART MILL, las generaciones son los periodos que marcan con mayor distinción los cambios sociales; la similitud entre las personas de la misma generación viene dada por la experiencia común, el mismo proceso de aprendizaje.

- COMTE antepone al instinto de conservación social, propio de la vejez, el de innovación social, característico de la juventud.

- ORTEGA Y GASSET, si bien no elabora un cuerpo doctrinal específico, se plantea la generación como un modo integral de existencia, un cierto estilo de vida. Este estilo de vida se asienta en determinadas coordenadas temporales y espaciales. El estudio de las generaciones, y sus interrelaciones, aparece así

como el contexto explicativo de la evolución social. El filósofo español introduce, de esta manera, un aspecto dinámico y funcional en las teorías generacionales.

- DILTHEY ve a las generaciones como un estrecho círculo de individuos; la comunidad generacional es, así, una comunidad de experiencias. Para MENTRÉ, en cambio, "la generación sólo puede definirse en términos de creencias y deseos, en términos psicológicos y morales".

- MANHEINN, en 1928, iguala el concepto de generación a un modo de ver las cosas, lo que presupone una cierta mente o conciencia de grupo. En estas coordenadas, la posibilidad de esta formación intragrupal debería de ser mayor en personas de más edad, lo que no siempre puede coincidir con la realidad.

- Margaret MEAD, en su conocidísima obra **Adolescencia y sexo en Samoa**, y LOWIE, RADCLIFFE-BROWN, WINNICOT o STEWART son algunos de los antropólogos conocidos que estudiaron aspectos de sociedades tradicionales utilizando los conceptos de "clase de edad" y "escala de edad". El dilema en la clasificación de algunas sociedades por generación o por edad es un debate sin concluir todavía, aunque la mayoría de las corrientes teóricas parecen estar de acuerdo en que la modernización y el proceso de urbanización suelen acrecentar los conflictos generacionales en la mayoría de las sociedades.

El estudio de las generaciones obtuvo una gran resonancia con motivo del mayo francés. El ya clásico estudio de MENDEL (1972), desde la óptica psicosocioanalítica, apunta que la rebelión de los adolescentes ponía de manifiesto, más que un conflicto de generaciones, una crisis de las mismas. El adolescente, de esa manera, rehúsa identificarse con el modelo propuesto por su padre, por los adultos y por la sociedad.

Algunos años antes, en nuestro país, y teniendo la Guerra Civil como referente, diversos autores, como Pedro LAIN ENTRALGO y Julián MARIAS, se sirvieron del esquema orteguiano para estudiar las generaciones españolas. Según este último, las generaciones entran en escena a partir de los 30 años y, en ese sentido, 1931 fue el año del relevo generacional. Se identificaron así, a finales de los 70 (JOVER y otros, 1978) tres generaciones: la de la guerra, la de la posguerra y la del desarrollo, además de una generación incipiente todavía demasiado joven.

Como hemos visto, generación es un concepto a la vez histórico, sociológico y psicológico, aunque quizá su uso más frecuente se halle en los estudios etnológicos anteriores a los años 60. Por ello, en los estudios sobre generaciones es corriente emplear términos como edades, procesos psicológicos, educación, familia, percepción social, procesos de socialización. Factores como instintos, aprendizaje, sensibilidad, mentalidad o tensiones intergrupos son corrientes en la mayoría de ellos. El concepto de generación, como hemos visto, es particularmente complejo y vago a la vez, máxime si tenemos en cuenta que las generaciones están compuestas por diferentes estratos, cohortes o promociones de población (DE MIGUEL, 1987).

En resumen, las nociones de generación, desde las diferentes disciplinas, pueden ser agrupadas en cuatro grandes bloques:

- a. Desde la perspectiva etnológica o genealógica, que privilegia el análisis de la organización social, la generación está limitada al sentido de filiación y tiene una función clasificatoria.
- b. Desde la Demografía o la Estadística, generación se identifica con cohorte, y suele nombrar a aquellos individuos nacidos en un mismo intervalo de tiempo.
- c. En la Sociología, sin embargo, generación es un término ampliamente vago, que puede designar a una comunidad

"espiritual": comunidad de experiencias, mentalidades, la coincidencia en ciertas visiones del mundo.

d. En Psicología, desde la óptica psicoanalítica, psicosocial o piagetiana, los diversos autores enfatizan los aspectos internos, externos o la combinación de ambos en una escala evolutiva del desarrollo humano.

Sin embargo, y dentro de los estudios empíricos de la Sociología, el término más usual es el de edad, quizá porque hasta hace poco se ha asociado generación con juventud. En la actualidad, sin embargo, parece que la tendencia es a universalizar el uso de generación cuando hablamos, no sólo de juventud y adolescencia, sino de edad adulta -madurecencia- o vejez. El concepto de generación ha introducido un elemento dinámico en los análisis de los roles de edad en la organización social y en la definición de los grupos sociales y sus relaciones. Los introductores de esta tendencia en la investigación social han sido, principalmente, etnólogos y teóricos de inspiración psicoanalítica, como ya se ha dicho, pero a ello no han escapado científicos de otras disciplinas, como la Psicosociología o la Psicología piagetiana. Véase, en este sentido, ROUART (1964), MALE (1966) y COLEMAN (1985).

La edad produce, en casi todos los casos, rasgos comunes. Podemos señalar un dimensión "vertical", en cuanto sucesión de descendientes, y otra "horizontal", que supone la coexistencia en un mismo momento temporal de individuos de distintas edades (DURAN, 1986). Generación, en nuestro caso, designará a un grupo de personas de edades y procesos de socialización parecidos. Su forma de pensar y de actuar, sin embargo, variará con las coordenadas sociales, personales e históricas de las distintas cohortes. Así, tanto el sexo como el estatus socioeconómico, el hábitat de residencia o la estructura familiar condicionarán, de una u otra manera, un modo de ser y relacionarse diferente con la generación enfrentada.

1.2. Vejez y adolescencia

Ya hemos visto, en el apartado anterior, cómo las teorías en torno al concepto de generación, y por extensión al de relaciones entre generaciones, abordan de diferente manera tanto la identificación en sí de un grupo social denominado "generación" como, lógicamente, las relaciones entre estos grupos sociales.

La mayoría de las personas sigue, en un grado u otro, modelos sociales establecidos. El estudio de las generaciones, y el de las relaciones entre ellas, puede ayudarnos a establecer un contexto explicativo de la evolución y el cambio social. La Antropología y otras ciencias sociales nos han enseñado cómo en muchas ocasiones perviven estructuras como elementos estables de muchas generaciones. Las sociedades judeo-cristianas, por poner un ejemplo, perpetúan en los apellidos, y a veces en los nombres, la memoria generacional. Hay que llamar la atención, a este respecto, sobre ciertas resistencias de muchos jóvenes a usar como símbolo identificatorio estos apellidos, prefiriendo por contra los nombres propios.

Uno de los problemas que se plantea a la herencia cultural es la sucesión, cada día más rápida, de modelos culturales a seguir, que se suponen aceptados y normalizados socialmente. Cabe la posibilidad, como sucede a veces, que los cambios vertiginosos en la sociedad otorguen valor social a lo antiguo, a lo viejo, a lo que se supone estable. En efecto, el mundo cambia más en la actualidad, en 10 ó 15 años, que antes en varias decenas de años. Y aparte de cambiar más deprisa, cambia en más aspectos. El cambio acelerado del modelo o modelos culturales dominantes puede convertir en inútiles los esfuerzos de un grupo de personas por interiorizar patrones culturales efímeros. Esta rapidez del cambio no parece, en principio, demasiado proveedora de estatus a nuestros mayores, y será difícil que coincidan, en muchos aspectos, sus patrones culturales y los de dos generaciones siguientes.

La mayoría de los teóricos parecen estar de acuerdo en que la adolescencia comienza con la pubertad (a los 11 ó 12 años, dependiendo también del sexo de los sujetos) y que termina, generalmente, entre los 18 y los 20 años. Se habla, entonces, de adolescencia temprana (11-14 años) y de juventud (15-20 años). ERIKSON, ELKIND o los teóricos psicosociales (citados en MORENO, 1986 y COLEMAN, 1985)) ven esta etapa de modos diferentes, pero que a nuestro parecer pueden ser complementarios. Así, ERIKSON, desde el campo psicoanalítico, ve la adolescencia como una etapa de crisis normativa -factorización interna-; desde la Psicología, se tienen en cuenta los factores afectivos y sociales -factorización externa- y, por fin, desde la escuela piagetiana de ELKIND, se observa esta etapa de vida como especialmente egocéntrica.

Deteniéndonos en este último autor, es sugerente subrayar las dos teorías principales que se contraponen en el mundo del adolescente: la de la "audiencia imaginaria", por la que piensa que todo el mundo lo observa, y la de la "fábula personal", mediante la cual el adolescente considera que sus experiencias son únicas y por tanto incomprensibles por otras personas.

Si estamos de acuerdo en que toda relación entre personas sólo puede establecerse y progresar por un conflicto (ORAISON, 1979), en términos psicoanalíticos, es lógico que el adolescente rehúse identificarse con el modelo paterno, que acostumbra a ser el más cercano y el que ejerce más presión. El padre, los padres, representan en la mayoría de los casos la sociedad de los adultos, la sociedad en sí, en cuanto detentadora de la mayoría de las cotas de poder político, económico y social. La adolescencia, como una de las edades más críticas de la existencia humana, puede encontrar en las generaciones no adyacentes menor tensión relacional.

Ello parece ponerse de manifiesto en algunos estudios intergeneracionales. En efecto, CARPINTERO (1978: 17-19), en su indagación sobre estudios intergeneracionales en los campos de

la Psicología y la Sociología, principalmente, destaca algunas conclusiones importantes al respecto:

- En el estudio de TANNEBAUM, de 1974, por ejemplo, en el que se comparan valores de 3 generaciones, las diferencias encontradas entre ellas se explicarían mejor por razones de diferencias en sus procesos de socialización que por razones de edad.

- En el estudio empírico de AMSTRONG y SCOTZIN, del mismo año, efectuado en familias de 3 generaciones, sólo se hallaron coincidencias importantes o comunidades entre abuelos y nietos. A los encuestados se aplicaron escalas de conceptos como "escuela", "matrimonio", "amigos" u otros, hasta un total de 12. Además de estas comunidades nietos-abuelos, se constató una confusa pauta de valoraciones, lo que no permite detectar ese supuesto corte generacional.

- BENGTSON, un clásico de la Gerontología, en 1975, encuentra diferencias importantes en la orientación individualista-colectivista de las diferentes generaciones, no así en la orientación materialista-humanista de las mismas.

Estos estudios ponen de manifiesto, para CARPINTERO, que generación es un concepto ecológico, temporal y no espacial. Ello se opondría a la conocida metáfora de ORTEGA, en la que las generaciones son "como una caravana dentro de la cual va el hombre prisionero pero a la vez secretamente voluntario y satisfecho...De cuando en cuando, se ve pasar otra caravana con su raro perfil extranjero: es la otra generación".

Por otra parte, TOHARIA (1982) tampoco encontró, en el caso de los adolescentes españoles, grandes diferencias en los valores básicos respecto a los de otras generaciones. Excepto un nivel de felicidad percibida sensiblemente superior al de la media de otros grupos de edad, halló un predominio de concordancia frente al conflicto intergeneracional: alto nivel de coincidencia en

cuanto a normas básicas y actitudes sociales, y discrepancia únicamente en cuanto a actitudes sexuales y políticas.

En estos y otros estudios, sin embargo, no parece que haya tenido mucho lugar la distinción de las relaciones intergeneracionales y el sexo de los grupos, tal como hace notar ATTIAS-DONFUT (1988). En efecto, y tratándose de estudios sobre movilidad social, se acostumbran a comparar las posiciones de padres e hijos, siendo las mujeres asimiladas a la posición social de los varones. Los estudios psicoanalíticos, por contra, incorporan la variable sexo a sus estudios de conflictos generacionales en términos de conflictos edípicos. La autora sostiene que las transformaciones de los estatus respectivos de los sexos entrañan una transformación de las relaciones intergeneracionales.

Algunas orientaciones teóricas en el campo de la Gerontología se relacionan en muchos casos con las actitudes de los mayores respecto a la actividad social; dentro de ésta, las relaciones con personas de otras generaciones tienen una importancia fundamental. En este campo, en la actualidad siguen vigentes prácticamente todas las escuelas teóricas, aunque parece claro que los mayores no son una población homogénea y que existen muchas formas de envejecer. La vejez ha pasado a ser un proceso histórico, más que una condición, y parece claro que a distintas cohortes corresponden distintas experiencias. De esta manera la vejez se define, durante el transcurso de la vida, siempre frente a otras etapas, aunque la edad deje de tener significación como variable. Ancianidad, adolescencia o infancia tienen múltiples definiciones, caracterizadas de distinta forma (SAN ROMAN, 1990).

En que los mayores no forman un grupo homogéneo parecen estar de acuerdo las investigaciones más recientes, también en nuestro país, aunque cabe suponer que todo grupo de edad más acotado -por ejemplo, la adolescencia- deberá de poseer más nivel de coincidencias, fruto de un menor intervalo de edad. Es altamente probable, además, que las desigualdades de oportunidades y de

roles entre hombres y mujeres adolescentes sean mínimas en relación a sus equivalentes mayores.

En cierta manera, más allá de la generación como datación temporal, la pertenencia a una de ellas presupone compartir ciertas características con los miembros de esta generación. Cada generación, para existir, acostumbra a diferenciarse y autonomizarse de la precedente, como ocurre en el caso de los adolescentes. No parece que ello ocurra con la generación posterior, si hablamos de personas mayores, sino que la generación intermedia, los adultos, son el referente tanto de mayores como de adolescentes. Parece claro, de todos modos, que las diferencias intrageneracionales, como ya se ha dicho, serán sustancialmente mayores en grupos de personas de más edad, puesto que sus posibilidades de acumular poder, sabiduría o estatus son también mayores.

Además de los componentes psicológicos y evolutivos, conviene tener en cuenta, a la hora de estudiar estos colectivos en España, a finales de siglo, tener en cuenta sus coordenadas históricas, familiares y sociales. Toda relación entre generaciones se da en un medio social modelado por acontecimientos y comportamientos colectivos y personales que influyen, de una u otra manera, en la interrelación social. En otro apartado posterior, por ello, se analizan someramente algunos factores que han podido influir en la relación intergeneracional entre ambos colectivos. Un breve retrato de ambos colectivos, a través de estudios empíricos, puede servirnos para saber, de manera aproximada, de quiénes hablamos y quiénes se relacionan, cómo lo hacen y en qué condiciones.

1.3. Consenso y conflicto

Busca a tu complementario,
que suele andar a tu lado
y suele ser tu contrario.

Proverbios y cantares. Antonio Machado.

Las teorías conflictivistas, en el campo de la Sociología, han hecho hincapié con cierta frecuencia en la existencia de conflictos, implícitos o explícitos, en las generaciones, principalmente referidos a los mayores respecto a generaciones con más poder social, económico o político. También es posible interpretar este conflicto como el efecto de la diferenciación interna en la propia cohorte: las personas de más edad han podido acumular más poder que el resto, o más sim poder, en razón de su más largo itinerario vital.

Sociedades basadas en un cierto tipo de valores más presentes en unos u otros grupos sociales, desigual reparto de la riqueza y el bienestar, y términos como "edaísmo" o "juvenilismo" designan más una desigualdad objetiva de algunos miembros de un colectivo que un conflicto por razón de la pertenencia a un grupo de edad. De ellos son parientes términos como "misoneísmo" -aversión a las novedades- o su contrario, "sunamitismo", acuñado por CALVO MELENDRO, que postula la necesidad de ampliar las relaciones en sentido vertical-generacional, y no sólo en el plano horizontal (MARTINEZ-FORNES, 1989). Son en casi todos los casos conceptos teóricos atractivos, pero creemos que son difícilmente aplicables a las relaciones entre adolescentes y mayores.

Ha disminuido, en España y en los países industrializados en general, la identificación entre pobreza y vejez, a la vez que han aumentado los índices de pobreza en personas en edad activa. Tal como se ha apuntado en el caso español, y en otros países (véase, por ejemplo, LIBERATION 22-4-92), los mayores contribuyen en muchos casos al mantenimiento de los hogares de sus hijos, y

esta aportación económica es presumiblemente mayor si éstos hijos tienen descendencia. Si bien la heterogeneidad de los roles económicos ha hecho decaer el estatus de los mayores, en estos casos se observa que esta misma heterogeneidad puede jugar, en diversas circunstancias, a su favor. Un ejemplo contrario lo podemos encontrar en la campaña del Ministerio de Sanidad y Consumo, de 1992, contra el abuso de las cartillas de los pensionistas.

El proceso de modernización e industrialización, como se ve, puede crear distanciamiento intergeneracional: mayores y adolescentes, concretamente, pueden tener dificultades en la percepción del rol del otro (ONU, 1982). Sin embargo, y como se apunta en el párrafo anterior, este mismo proceso puede actuar favoreciendo estas interrelaciones. Diversos autores recogen la posibilidad de que los mayores sean los mediadores naturales en los conflictos entre generaciones adyacentes (SAN ROMAN, 1990).

Parecen existir buenas relaciones entre mayores y jóvenes (OECE, 1993), aunque algunos autores (PITT-RIVERS, 1991) señalan un proceso reciente de mutación: la solidaridad de clase se transformado en solidaridad por grupos de edad.

Así parecen haberlo entendido los Gray Panthers, cuyo lema actual es "intergenerar"; parten de la creencia en la existencia de marginados del sistema con edades y generaciones diferentes: mayores y jóvenes (KUHN, 1991).

No parecen darse las condiciones para el conflicto entre generaciones del que nos habla MARSHALL (1981), o DIAZ CASANOVA (1989) por la escasez de recursos y el proceso de autoidentificación como grupo social del colectivo de mayores, ni como expresión de la falta de espacio social en el colectivo. En todo caso, de darse este conflicto, se daría con mayor probabilidad con el grupo de adultos, que son los que acaparan, teóricamente, mayores niveles de preponderancia social.

La imagen social de la vejez como carga, y la superprotección de la infancia, sí que puede jugar a favor de actitudes de rechazo en el colectivo de mayores. Asimismo, como apunta ORMEZZANO (1986), también en la política social respecto de la familia se da una visión puero-centrista de la misma, olvidando la presencia numerosa de mayores en su seno. Este mismo autor señala sugestivos campos de interacción positiva entre abuelos y nietos:

- Relaciones de tipo recíproco, en cuanto a la prestación de servicios.
- Relaciones unívocas, en materia económica, de abuelos a nietos.
- Corporales, en el sentido de identificar la misma sangre como la pertenencia a "la misma tribu".
- Inconscientes y de comunicación transgeneracional, como resultado de compartir gustos o rituales cotidianos.

En el campo de las relaciones intergeneracionales entre niños y mayores se han dado experiencias positivas, tanto en el campo laboral como social y de ocio (AGEING INTERNACIONAL, 1991; AYUNTAMIENTO DE BARCELONA, 1992). BARLETTA (1984) también recoge algunas teorías al respecto:

- JONES, ve en estas relaciones una admiración y fantasía por parte del niño.
- ABRAHAM sitúa al abuelo como "bueno" en contraposición a los padres.
- Para RAPAPORT, mediante estas relaciones, el abuelo torna mágicamente a la niñez.
- NOVELETTO, asimismo, ve en el abuelo la asunción del rol sustitutivo del padre, y este rol es útil e integrador por parte del abuelo en el proceso de aprendizaje del niño.

La fuerza de la familia en las redes interpersonales de los mayores, y en los demás grupos de edad, ha sido analizado en profundidad por MASATS (1992), comparando las dos Encuestas Metropolitanas de Barcelona, la de 1986 y 1990. El parentesco, en cuanto a sociabilidad, continúa siendo el vínculo relacional fundamental, pero disminuye su importancia; ello puede deberse a la rápida disolución de los lazos familiares que no son de primer grado. Las mujeres, de todas maneras, se relacionan con familiares próximos en mayor medida que los hombres, quizás porque pueden mantener lazos afectivos más fuertes con sus hijos o nietos, y también porque viven más años. La red de la familia extensa funciona ante un gran número de dificultades, erigiéndose en la primera institución solidaria de sus miembros. Por tanto, las redes de solidaridad se parecen a las redes de sociabilidad, y éstas son predominantemente familiares.

FRIIS (1991) apunta la posibilidad, en un futuro próximo, de que las relaciones intergeneracionales sean más frecuentes, aunque con actores sociales de vida más independiente. Lo de la mayor independencia futura de las personas mayores también ha sido apuntado por otros autores, por ejemplo CABRE (1993). Podemos añadir, además, que estas relaciones serán más variadas, diferentes a las de ahora. A pesar del proceso de uniformización cultural, ya parece sobradamente demostrado que no existe una forma universal de envejecer, ni de relacionarse con las demás generaciones. El tiempo y la experiencia social pueden actuar en el sentido de favorecer la heterogeneidad de los mayores en sus relaciones con los adolescentes, mientras estos últimos forman supuestamente un grupo bastante más homogéneo en términos de cultura que el de sus mayores.

Como vemos, se pueden dar entre ambas generaciones relaciones más cercanas al conflicto o al consenso, como ocurre con todos los grupos sociales. Ni la existencia de cierto nivel de conflicto, ni su contrario, puede significar antagonismo, ausencia de relaciones o relaciones idílicas.

En los siguientes apartados intentaremos esbozar el contexto social de estas generaciones, apuntaremos algunas características notables de su proceso de socialización y se analizarán brevemente algunos de los cambios habidos en el panorama demográfico y familiar. Finalizaremos este contexto con lo que pretende ser una "foto-finish" de los individuos de estas generaciones.

2. CONTEXTO SOCIAL

2.1. ¿ De quiénes hablamos ?

2.1.1. Nuestros mayores

Las personas de 65 años, en 1992, nacieron en 1927, el año de una de las generaciones literarias y artísticas más conocidas en España. Tenían 9 años al estallar la Guerra Civil, y se debatían entre la adolescencia y la juventud al comienzo de la II Guerra Mundial. Sus compañeros de generación, en nuestros términos, los de 75 años, nacieron en pleno fragor de la I Guerra Mundial, y cuando llegó la Segunda, probablemente, ya tenían hijos y familia y estaban a las puertas de la madurez. Forman parte de una desconocida "Generación del 27".

Estos breves apuntes históricos sirven, sin embargo, para señalar algunas características comunes a los nacidos en los citados intervalos. Por poner un ejemplo, nacieron y crecieron en una sociedad agraria; en efecto, el año 1950, la mitad de la población activa estaba empleada en la agricultura, mientras la cuarta parte se dedicaba a la industria y parecida proporción a los servicios (TEZANOS, 1975). En el bienio 1950-1952, la tasa de alumnado con Bachillerato general era de 780 personas por cada 100.000 habitantes, tres veces superior a la del año de nacimiento de nuestros entrevistados de 65 años (LERENA, 1989).

Son, en ambos casos, niños y jóvenes de la guerra civil, que no conocen prácticamente el pluralismo, la vida política o la libertad de expresión. Tuvieron, y no siempre, una educación unilateral, confesional y segmentada por sexos, sin coeducación.

Las relaciones familiares, centradas en la figura del padre, eran definitivamente autoritarias y, forzosamente o no, confesionalmente católicas, siquiera en su adolescencia y juventud.

La estructura de clases, y la de sexos, impregnaba toda relación social y laboral. El triunfo de los sublevados conlleva, entre otras consecuencias, el monopolitismo sindical, político, educativo y el aislacionismo, político y económico, del resto de países. Un partido único, como se sabe, el municipio, el sindicato -también único- y la familia son los pilares fundamentales de la vida cultural y política de la época.

Aunque 1962, cuando nuestros mayores de 1992 tenían entre 35 y 45 años, supuso cierta recuperación económica tras una larga etapa de ascetismo económico y espiritual, no es hasta 1975 cuando se inicia el principio del fin de un sistema político, económico y social único en el mundo. Es el final de una época de estrecheces materiales, espirituales y sociales, aunque el racionamiento propiamente dicho acabara en 1952.

Pocas oportunidades de educación y cultura, estructuras rígidas en la familia y en la vida pública, separación de sexos y falta de libertades político-sindicales, aislamiento y racionamiento dieron paso, en plena madurez de nuestros mayores, a épocas que reivindicaban secularización, tolerancia, permisividad y, en resumen, apoyo a la idea del cambio social.

Porque se dio, no sólo un proceso de socialización miope, sino estructuras vivenciales características, con el autoritarismo como credo y la intolerancia como dogma. Falta de libertades fuera, y restricción de movimientos dentro de la familia, componían un dúo educativo al que quizá llegaron tarde, o no llegaron, los aires libertarios de la Europa de finales de los 60.

No queremos expresar, con ello, que no se dieran parcelas de libertad y comportamientos singulares. Lo cierto es el que el sistema político actuó de freno del avance social, y al revés, quizá por la preponderancia del primero. Se dieron situaciones de rebeldía y de cambio, indudablemente, pero las constricciones del

sistema pesaron como una losa sobre las transformaciones sociales.

2.1.2. Los adolescentes

Los más jóvenes, los de 14 años en 1992, nacieron en plena transmisión de poderes entre la Dictadura y la Democracia; los mayores, los de 17, nacieron el año real de la muerte de Franco, aunque el sistema por él representado, como se sabe, pervivió -y quizás pervive- en el modo de pensar y actuar de gran parte de la sociedad española.

Ellos, durante su corta vida, han asistido a la plena consolidación democrática, y a un cambio social sin precedentes en la historia agitada de España en los dos últimos siglos. Son la primera generación de la Democracia.

Han contemplado un aumento considerable de las prestaciones sociales, una urbanización sin precedentes y quizás han nacido, en muchos casos, de padres emigrados. Han contemplado la escolarización completa de los niños hasta los 14 ó 16 años, y a un importante aumento de la escolarización de personas hasta los 24 años (3 de cada 4 en el bienio 1989-1990, de 5 a 24 años).

En todo caso, y a diferencia de sus padres y abuelos, han ido a la escuela con personas de diferente sexo, y estos centros educativos no han tenido que ser confesionales. La edad de emancipación familiar -al menos, de residencia- ha subido considerablemente, y la edad al matrimonio. La familia y la sociedad se han hecho más tolerantes con las elecciones personales y colectivas.

Mientras los mayores contemplan la universalización de los medios de comunicación audiovisuales desde la edad adulta, en el caso de los adolescentes españoles la televisión ocupa muchas horas de su cotidianidad desde los primeros años de vida.

El mundo de la productividad y del trabajo estaba presente en sus abuelos, más que en sus padres, a edades tempranas muchas veces, y en el trabajo se establecen relaciones, frecuentemente, con personas de otras edades. Trabajar a los 10 ó 12 años, e incluso a los 16, es un caso excepcional, en contraposición a dos generaciones anteriores.

Muchos hábitos, actitudes y aptitudes han cambiado entre ambas generaciones, y casi siempre a favor de las más jóvenes, hablando en términos de prestaciones, libertad y cambio social. En España, son los hijos de la Democracia. O los nietos de la Guerra, como se prefiera.

2.1.3. Los otros

Las personas situadas entre ambas generaciones, aquellos que hoy tienen entre 18 y 64 años, forman un grupo tremendamente heterogéneo entre los que se encuentran, es obvio, personas que perfectamente podrían sumarse a las generaciones anteriores. Como referente histórico común, podemos afirmar que son en su mayoría personas nacidas y en muchos casos educadas en el sistema franquista.

La juventud y la edad adulta, en términos demográficos, forman el grueso de este contingente. En el caso de los primeros, en una juventud cada día más indefinida y por lo tanto más extensa en el tiempo, pueden encontrarse personas que han vivido, en grado variable, los intensísimos cambios sociales de nuestra era, pero es difícil, como asegurara ORTEGA, que sean sujetos de protagonismo y en definitiva de poder social, aunque es cada día más común la precocidad en diversos campos de la actividad social.

En cuanto a los adultos, sin embargo, parece que la frontera superior se establece, convencionalmente, en los 60 ó 65 años, sobre todo en esta última edad. Hay que señalar que esta limitación de la edad adulta, por abajo o por arriba, hay que

sumarla en años a la juventud o la vejez. Son, teóricamente, los grandes protagonistas de la vida social, política y económica de nuestro tiempo. Sin embargo, y como en el caso anterior, qué duda cabe de que existen personas, comprendidas entre los 30 y los 65 años, que son encuadrables perfectamente en otros grupos generacionales.

En nuestro caso nos interesan muy especialmente, en términos biológicos, aquellas personas que son los padres de los adolescentes actuales, y por tanto hijos de los que actualmente tienen de 65 a 75 años. Sus edades pueden oscilar, normalmente, entre los 40 y los 55 años, equidistantes por tanto de la juventud y de la post-madurez.

En la socialización de esta cohorte de edad confluyen elementos de culturas políticas diferentes. Parece que el eclecticismo, si los comparamos con los adolescentes y los mayores actuales, es la característica que más se ajusta a sus configuraciones culturales, a caballo entre la sociedad de la intransigencia y de la transigencia, del oscurantismo y del destape ideológico, de la vieja y nueva escuela. No son, obviamente, tampoco un grupo homogéneo, pero es probable que muchos se hayan considerado herederos del mayo del 68, que hayan fundado o formado parte de movimientos políticos y sociales hoy importantes y que sean, en otros casos, hijos del desencanto o de la élite política y social. Algunos la han descrito como la generación del cambio.

A nivel de socialización, y en términos generales, se han educado en la intransigencia y han predicado en muchos casos lo contrario, y el compendio de sus valores éticos y actitudes políticas tiene poco que ver, en teoría, con las actitudes y valores de las generaciones anterior y posterior.

Aquí, quizás, reside el conflicto generacional de ésta y otras generaciones. Aquí, es posible que residan también los factores de evolución social, los factores del cambio.

"En medio del camino de la vida", parafraseando a DANTE, pero con unos años más fruto de la mayor esperanza de vida, los adultos de hoy, los padres de nuestros adolescentes y los hijos de muchos de nuestros mayores, son arte y parte de las relaciones entre sus dos generaciones contiguas. Pero éso es motivo de otras reflexiones que quizás no quepan aquí.

2.2. ¿ Qué ha cambiado ?

No nos es posible, como es obvio, señalar en profundidad todos los factores de cambio habidos entre las cohortes de edad. En el apartado anterior se han apuntado algunos de los factores de los procesos de socialización que diferencian -o pueden servir de nexos- a los dos grupos de edad, y también a la generación intermedia. También es evidente que un referente histórico, por exhaustivo que sea, es un reduccionismo no deseable para definir a una generación y, por extensión, a sus relaciones con las otras (ATTIAS-DONFUT, 1988).

Creemos necesario, sin embargo, analizar brevemente una serie de factores que han influido, o pueden influir, en la naturaleza siempre sutil de las relaciones que se establecen entre generaciones alternas.

A nuestro entender, y sin que entremos en analizar si estos factores han sido fruto y motor a la vez de los cambios habidos, la evolución demográfica y familiar -"tanto monta, monta tanto"-, la relación entre esta población y su hábitat, y la revolución de las redes relacionales pueden ser análisis que, separados y en conjunto, aporten elementos válidos para analizar las actuales relaciones entre los que hoy son jóvenes-mayores o mayores-jóvenes (65-75 años) y una parte importante de los adolescentes (14-17 años), que en muchos casos son nietos en términos genealógicos.

2.2.1. La revolución de la población

A lo largo de este siglo nuestra población ha crecido aproximadamente en 20 millones de habitantes, como resultado sobre todo de un triunfo sobre la mortalidad, pues la natalidad ha actuado en sentido contrario. Hay que apuntar, en este sentido, que entre los dos últimos censos, los de 1981 y 1991, la población de más de 65 años ha crecido en un 25%, pasando a ser de 4.230.000 personas en 1981 a 5.370.000 diez años después (ARANGO, 1991).

La sociedad española, como es sabido, es cada vez más vieja. Ello puede ilustrarse gráficamente si tenemos en cuenta que a principios de siglo los menores de 14 años suponían la tercera parte del total, y sólo un 5% la de más de 65 años; había 7 menores de 15 años por cada mayor de 65. En la actualidad, sin embargo, con un 20% de menores de 15 años, y cerca de un 14% de mayores de 65, las proporciones son más similares, y los mayores superarán a los menores de 15 años en el año 2.025 (NAVARRO LOPEZ, 1991). Otro punto que consideramos importante en el cambio del panorama demográfico es la existencia, relativamente nueva, de niños y jóvenes que conocen en vida a sus abuelos; con la esperanza de vida de hace algunos decenios, muchos menos adolescentes tenían esa posibilidad. Obviamente, también eran menores sus posibilidades de relación, fuera o no en términos de parentesco.

Esta mayor presencia relativa de mayores ha sido debida, sobre todo, al descenso de la mortalidad y natalidad combinadas. Apuntaremos, simplemente, que ello ha repercutido en un aumento espectacular de la esperanza de vida, hasta situarse en cerca de 77 años para ambos sexos (73.2 para hombres, 80.3 para mujeres, según estimaciones del INE para 1990). Nuestra edad media está en los 35.2 años y la mediana en 30.9 años. Además, nuestra media de hijos por mujer, de 3 en 1970, ha bajado a la menos de la

mitad en la actualidad, situándose entre las más bajas del planeta.

La mayor pervivencia de personas mayores otorga mayores posibilidades de duración a las relaciones intergeneracionales en general, y de relaciones entre abuelos y nietos en particular. El panorama generacional se ha simplificado, e igualado en cierto sentido: la presencia de los mayores se hace cada día más patente, mientras los niños se convierten, como señalan algunos autores, en un bien escaso. De esta proporcionalidad pueden surgir, en un principio, relaciones intergeneracionales marcadas por la calidad frente a la cantidad. Tal parece ser, en nuestros mayores, la opción más común a la hora de elegir su marco relacional (CARSTENSEN, 1990).

2.2.2. Hábitat y población: escenarios cambiantes.

Más de la mitad de la población actual reside en municipios de más de 50.000 habitantes, que pueden ser consideradas plenamente ciudades en términos geográficos. Entre 1970-1986, importantes cambios económicos y funcionales de estructuración territorial han hecho evolucionar la ubicación de los distintos grupos de edad (LOPEZ JIMENEZ, 1992). Podemos hablar, en este sentido, de un norte envejecido y menos fecundo y un sur más joven y de fecundidad más elevada. Las migraciones internas, ahora detenidas, han elaborado un mapa cultural profuso, y en algunas comunidades conviven, sin excesivos conflictos, culturas de origen de estos inmigrados y culturas autóctonas. En muchos casos, se han formado híbridos culturales, que se refleja entre otras cuestiones en la existencia normalizada de bilingüismo.

Una de las consecuencias de esta estructuración territorial podría ser el derribo de una constante del viejo sistema demográfico: las áreas con mayor proporción de jóvenes no son, como en décadas anteriores, las grandes capitales españolas, sino

pequeñas y medianas ciudades. El último censo apunta a estos datos, y las tres grandes capitales han perdido población y envejecido simultáneamente. Dentro de las grandes ciudades también se da un reordenamiento, fruto del envejecimiento global: el encarecimiento del suelo ha expulsado a muchos jóvenes hacia las periferias, a la vez que los centros urbanos cada vez están más envejecidos.

Por tanto, y en cuanto a las relaciones intergeneracionales, esta reordenación demográfico-territorial ha podido afectar, y podrá afectar todavía más en un futuro próximo, el carácter de estas relaciones. Generación y territorio parecen seguir unas pautas de discontinuidad y especialización, tanto en el núcleo de las grandes ciudades como en grandes áreas territoriales. Ello podría suponer obstáculos adicionales a la interacción entre diferentes grupos de edad. Además, como es comúnmente aceptado, los rápidos procesos de urbanización suelen actuar en contra tanto de la identificación intrageneracional como de las relaciones entre diferentes generaciones. El factor cultural tampoco es despreciable: algunas veces, adultos y/o mayores han nacido y se han educado fuera de su referente geográfico actual, mientras las nuevas generaciones, por regla general, han tomado la mayoría de sus referentes culturales de la sociedad de acogida de sus padres o abuelos. Los procesos de socialización de estas generaciones, por tanto, también se han definido en marcos culturales diferentes, lo que puede ser más un factor de interacción positiva que de obstáculo para la relación.

2.2.3. Familia y generación

Las familias europeas, y las españolas, cuentan cada día con menos miembros. Este dato, sin embargo, hay que relativizarlo en el caso de las sociedades mediterráneas, en las que los cambios han tardado más tiempo en cristalizar. En efecto, el año 1986, mientras las familias más numerosas eran en la Europa de los Doce las de 1 y 2 miembros (solitarios y parejas sin hijos), en España eran las de 5 y más miembros. La media de personas en las

familias europeas era de 2.9 miembros, frente a las 3.6 en España. Cuatro años más tarde, sin embargo, la tendencia al descenso del número de miembros de la familia española parece imparable: descenso en 5 puntos de este tipo de hogares, con el respectivo aumento en el resto de tipos de familia, habiendo aumentado significativamente el número total de familias (OECE, 1991 y 1992).

Los estudios sobre familia son un campo relativamente nuevo en España. Trás los estudios pioneros (sobre todo, DEL CAMPO, 1982), FLAQUER y SOLER (1987) y los diversos estudios del Centro de Estudios Demográficos (por ejemplo, véase SOLSONA y TREVIÑO, 1990), las tendencias entre los censos de 1971 y 1981 parecen haberse establecido con claridad: el ritmo de crecimiento de los hogares ha sido superior al de la población, los hogares de dos o más núcleos han disminuido en un 30% -a costa, muchas veces, de un incremento de los uninucleares simples- y se ha dado un incremento leve, pero significativo, de los hogares unipersonales, frecuentemente de personas mayores, y mujeres en muchos casos.

Esta simplificación y nuclearización de los hogares familiares también admite variaciones por grupos de edad y hábitat. Así, los hogares de solitarios y los de estructura compleja son más frecuentes en las zonas rurales que las urbanas; las familias nucleares, por contra, están más representadas en las zonas urbanas y, por fin, los hogares sin núcleo familiar no guardan diferencias significativas por hábitat (SOLSONA y TREVIÑO, 1990). En el caso español no parece darse una correlación significativa entre modernización y nuclearización, tal como afirma el GRUPO DE QUEBEC (EL PAIS, 17-12-92): se siguen manteniendo, con la modernización, niveles altos y estables de contacto familiar.

Diversas teorías han intentado explicar estos cambios en las configuraciones familiares (TALCOT-PARSONS, 1978; FLAQUER, 1990; MEIL, 1992). El proceso de urbanización acarrea, como ya se ha dicho, pérdida de competencias familiares en campos como la

educación, lo económico, lo jurídico y lo religioso. Para FLAQUER, se da básicamente "una traslación de lo público a lo privado en la constitución, mantenimiento y disolución de los grupos familiares". Ello explicaría, en parte, la proliferación de familias monoparentales y de nuevos tipos de hogar, lo que llevaría consigo privatización y homogeneización. En resumen, parece que se afianza el proceso de nuclearización, con mayor diversificación de las formas de convivencia. Otra conclusión, no menos importante, es la tendencia a la desaparición del modelo mixto, con hijos que acogen a sus padres después del enviudamiento de éstos.

Estas tendencias entre los censos también se ponen de manifiesto si comparamos las dos encuestas metropolitanas de Barcelona (SUBIRATS y OTROS, 1986 y 1990), aunque con un importante matiz: se mantienen estables las familias que conviven con sólo uno de los ascendentes, aunque bajan las parejas ascendentes que viven con hijos y, en su caso, con los nietos.

Parejas sin hijos, mayor permanencia de los jóvenes en el hogar y un incremento importante de los hogares con un cabeza de familia mayor de 65 años y de hogares unipersonales y sin núcleo, son otras de las tendencias apuntadas (FLAQUER y SOLER, 1990). Ello, con la explotación del censo de 1991, posiblemente quedará confirmado.

Podríamos apuntar, a modo de hipótesis, las consecuencias que ello podría tener en las relaciones intergeneracionales. En primer lugar, la tendencia a que sea sólo uno de los ascendentes el que viva en hogares bi o trigeneracionales pone de manifiesto que muchas veces las relaciones en el mismo hogar de abuelos y nietos es frecuentemente la relación entre una persona viuda, preferentemente mujer, el hijo o la hija de ésta y sus descendientes (véase, por ejemplo, PEREZ SALANOVA, 1989). La mayor permanencia de estos jóvenes en el hogar y el crecimiento de la esperanza de vida de los mayores puede presentar un panorama de relaciones en el hogar a más largo plazo que antes.

La reducción de los miembros de la familia, y del número de hijos, parece que apunta a una menor diversificación de los esfuerzos relacionales por parte de los mayores. Por otra parte, si la familia y las relaciones familiares parecen tener cada día más importancia, en relación a lo público, el papel de los mayores, y las relaciones intergeneracionales entre miembros familiares, pueden adquirir también mayor importancia, dentro de otros marcos relacionales. Es lo que se ha dado en llamar "intimidad a distancia".

No parece que la tendencia a la nuclearización tenga que suponer, en muchos casos, un desincremento de las relaciones entre generaciones. En muchos casos, esta opción está motivada más por elementos positivos -mayor esperanza y calidad de vida de ambos ascendentes mayores, mayor autonomía de éstos-, y no tiene que significar una disminución importante de los nexos relacionales. Quizás, en este sentido, las relaciones efectivas adquieran mayores características de libertad y voluntariedad, sin una cohabitación que delimite y fuerce esta relación.

2.3. Retrato de las generaciones

2.3.1. Retrato de los mayores españoles

Los estudios sobre las personas mayores han aumentado en calidad y cantidad en los últimos años; el CSIC (1992) ha elaborado, en este sentido, un interesante trabajo de recopilación de fuentes de datos para el estudio del envejecimiento en España, pasados y actuales.

Muy bajo nivel cultural, inseguro emocionalmente y escasos recursos económicos parecen definir, en grandes líneas, a nuestros mayores, según declaraciones del coordinador del Plan Gerontológico Nacional.

Casi 3 de cada 4, en efecto, no tienen estudios primarios, y este analfabetismo es considerablemente mayor en mujeres (CIS, 1989).

La mitad padece frecuentemente depresión o aburrimiento. El problema de la soledad, y el económico, son los más sentidos por el colectivo (CCE, 1993). Cerca del 20% vive solo, y poco más de la mitad con su cónyuge, o con éste y sus hijos, y un 5% escaso en hogares no familiares -residencia- aunque 8 de cada diez, llegado el caso, no desean esta opción de domicilio (CRUZ y COBO, 1990; CIS, 1989). De estos mayores que viven en casa con sus hijos, poco más de la mitad conviven también con sus nietos en el mismo domicilio (CRUZ y COBO, 1990).

A nivel económico, 1 de cada 5 hijos depende económicamente del padre mayor de 65 años, lo que puede hacerse extensivo a los nietos de estos mayores, en su caso (CRUZ y COBO, 1990).

En cuanto al ocio, 2 de cada 5 leen habitualmente periódicos, y libros entre el 10 y el 14%; sólo 1 de cada 7 se dedica a la jardinería y el bricolage (CCE, 1993).

La sociedad en general los considera "sabios", "lentos" y "serenos", y está de acuerdo en que lo que determina el envejecimiento es una combinación de deterioro físico y mental (CIRES, 1992). Esta misma sociedad también considera que los grupos más valorados socialmente son los varones adultos y los jóvenes, por este orden, y que cada vez se tienen menos en cuenta las opiniones de los mayores (CIRES, 1991).

Que la soledad aumenta la falta de bienestar y que el principal problema de la vejez es su mala imagen, a la vez que los mayores viven vinculados a la familia y la sociedad aunque perciban que son apartados de una y otra, parecen ser otras de las conclusiones válidas respecto a nuestros mayores (BAZO, 1990; COLLOT, 1986). Ello parece confirmar el **Informe de la Asamblea de la ONU** (ONU, 1982), en el que se aseguraba que la situación socioeconómica de los mayores que viven en familia es mejor que la del resto.

Estos estudios, entre otros, ponen de manifiesto situaciones y actitudes globales de nuestros mayores; sin embargo, la vejez no es un grupo homogéneo, como ya se ha señalado (BAZO, 1992; SAN ROMAN, 1990, entre otros). Como es lógico, las variables de su clase social, su género y su subgrupo de edad determinan unas u otras situaciones personales y sociales. Como elemento común, estas encuestas y estudios demuestran la importancia de la familia, en cuanto actúa en contra del aislamiento social, la pobreza y la salud. A nivel de sexos, y siendo la soledad uno de los problemas más sentidos, la soledad es experimentada más por mujeres que por hombres, y además se pone de manifiesto que éstas, en más casos que hombres, van a vivir a casa de un familiar, más en el caso de las hijas que los hijos; ello ha de tomarse con precauciones, pues parece probado que un exceso de relaciones familiares disminuye el bienestar general de los mayores (BENGSTON y LANDRY, 1984, citado en BAZO, 1992:37).

Las desigualdades socioeconómicas entre personas mayores se suelen producir, sobre todo, por edad y por género, y son de prever, por tanto, diferentes comportamientos, tanto en su situación objetiva como en sus relaciones sociales e intergeneracionales. En cuanto al sexo, la "familia cuidadora" equivale muchas veces a "mujer cuidadora"; las mujeres parecen ser, por tanto, las más disponibles y las más necesitadas de cuidados, sobre todo en edades más avanzadas; la familia, de todos modos, es la principal proveedora de cuidados. Ello puede sustentarse en la internalización de los roles sociales, el diferente proceso de socialización y una cierta ideología de la obligación filial. También parece ponerse de manifiesto, en la serie de estudios anteriormente citados, que los mayores comparten, dependiendo de las condiciones socioambientales, una gran parte de las imágenes estereotipadas que de ellos tiene la sociedad.

En lo que a las relaciones intergeneracionales respecta, más concretamente, las actividades de ocio, la familia, el trabajo o los recuerdos, y en menor medida las relaciones sociales, son

recursos estratégicos de la mayoría de nuestros mayores. En su relación con jóvenes adolescentes, todos estos recursos estratégicos se pueden compartir, en mayor o menor grado, con las relaciones alternas, sean o no parientes.

El aislamiento social, sentido u objetivo, da paso a la soledad, y ambas realidades se interaccionan. También la soledad, o el sentimiento aislacionista, predomina, como se señala más adelante, en muchos de nuestros jóvenes adolescentes. Las posibilidades de comunicación, y de ocio en común, están en muchos casos por descubrir desde las dos perspectivas generacionales.

2.3.2. Retrato de los adolescentes españoles

Las relaciones privadas se han democratizado, a la vez que se han desdibujado los límites entre niños y adultos. La progresiva institucionalización de las instituciones en el proceso de socialización y cuidado de los niños, entre otros factores, han contribuido a la redefinición de las relaciones entre padres e hijos (MATO, 1989). Ello, lógicamente, influye en la interacción con el resto de generaciones de ambos grupos de edad: adultos con mayores, y niños y jóvenes con mayores. Ello puede tener que ver con el predominio de valores juveniles en la sociedad actual, lo que CASTELLO denomina "dictadura del jovenariado" (EL PAIS, 16-9-91).

La adolescencia ha pasado a ser uno de los periodos más vulnerables de la vida: accidentes de tráfico, embarazos de menores, anorexia y hábitos no saludables son algunas de las causas más comunes, según el Foro Europeo de Medicina para Adolescentes. Fuerte presión social, el alcohol o las drogas, y las relaciones entre padres e hijos son las problemáticas más frecuentes entre nuestros adolescentes (CIS, 1991).

Aunque se incluyan personas de hasta 25 años en la muestra, la juventud española de 1989 era conformista, segregacionista, cooperadora, simbolista, hedonista, utilitarista, pasiva y logromotivada. Para nuestros jóvenes, las relaciones entre ellos y la sociedad son desiguales, lo que implica relaciones de poder y sumisión: los jóvenes ocuparían la periferia, frente al centro de los adultos. No parecen, sin embargo, muy homogéneos socialmente, lo que puede poner en solfa la existencia de una "cultura juvenil" (ELZO y OTROS, 1989).

Prácticos, conservadores e individualistas (MARTIN SERRANO, 1991), aunque sean los más preocupados de Europa por el tema de las drogas, y no estén dispuestos a asociarse, y menos a partidos o sindicatos (MINISTERIO DE ASUNTOS SOCIALES, 1991). También, como en el caso de los mayores, se observan diferencias significativas entre sexos: las mujeres prefieren asociaciones religiosas, deportivas y culturales, por este orden; los varones, deportivas, religiosas y culturales, también por este orden.

Camino de emancipación familiar, independización económica, separación del hogar y distanciamiento personal son algunos de los aspectos señalados en el **Informe Juventud en España** (ZARRAGA, 1989). Las necesidades más sentidas parecen las materiales en una generación que se ve a sí misma como contestaria, lo que parece una falsa autopercepción. Sus valores se orientan hacia el amor, el saber y la independencia. Piensan, en su mayoría, que la sociedad los considera dogmáticos, y obtienen su mayor felicidad en las relaciones personales y de su propia autonomía personal.

La percepción de que las relaciones con la sociedad son desiguales parecen lógicas en una generación que detenta poco poder social, menor en los adolescentes que en los jóvenes (PERALTA, 1993). Independencia, en los jóvenes, y combatir la soledad, en nuestros mayores, no tienen por qué ser necesidades opuestas. La adolescencia y la juventud, al igual que el resto de grupos sociales, parecen estar de acuerdo en valorar muy alto "el saber"; en este sentido, tanto adolescentes como mayores

parecen estar de acuerdo en una estereotipación positiva de la vejez.

No parecen situarse los mayores, ni para ellos mismos ni para los adolescentes, en el centro social. Ambas generaciones ocupan, en este nivel de análisis, la periferia, y para ambos los adultos ocupan el centro, lo que parece corresponderse con la realidad económica, política y social. Sus relaciones con este centro, y en definitiva con la generación intermedia, tienen no obstante naturaleza diferente; mientras los adolescentes, aunque no muy esperanzados, pueden alcanzar cotas de poder social con cierto automatismo, los mayores han de reivindicar un papel en la sociedad que ya no tienen o sienten que no tienen. También en la percepción de los problemas paterno-filiales, los mayores pueden ejercer el papel de árbitros, fruto de su mayor experiencia y de un cierto espacio neutral que ocupan en la configuración familiar y generacional.

Como hipótesis también, el conservadurismo juvenil puede verse reflejado en un paralelo conservadurismo, más matizado, entre los mayores; éstos últimos parecen creer más en las instituciones sociales que los primeros, pero ambos comparten los valores familiares de parecida manera. El distanciamiento personal de los adolescentes también puede actuar de estímulo a las relaciones intergeneracionales, más en el sentido de una búsqueda de la calidad que de la cantidad.

Apuntar, por último, que esta mirada introspectiva y retrospectiva de mayores y adolescentes respecto a la familia, y este refugiarse en una de las instituciones más básicas, puede servir de elemento referencial para ambas generaciones.

3. RESUMEN E HIPOTESIS

Las etapas de la vida se han alargado y redefinido, en su conjunto, a la par que ha aumentado la esperanza de vida. En la teoría generacional, existen tantas definiciones operativas como disciplinas científicas, y el término elegido expresa un enfoque determinado: clasificadorio, de filiación, de comunidad de intereses y otras, aunque en nuestro caso designará, preferentemente, un grupo de personas con edades y procesos de socialización parecidos, a los que se presupone por tanto ciertas características compartidas. La forma de pensar y de actuar de este grupo variará con las coordenadas sociales, personales e históricas de las distintas cohortes. Por ello, es lógico pensar que encontraremos mayor variabilidad en el grupo de mayores que en el de adolescentes, aunque las generaciones no tienen por qué ser homogéneas en muchos de los aspectos. De hecho, todas las etapas de la vida tienen múltiples definiciones, aunque tanto la juventud y la adolescencia, y la vejez, se definan respecto a la edad adulta. Sin embargo, la edad como variable está dejando de tener significación, sobre todo en cuanto a la ubicación de personas en el grupo de "personas mayores".

Los modelos sociales establecidos evolucionan en nuestro tiempo a una velocidad muy superior, y en más aspectos, que en décadas anteriores. Aunque mayores y adolescentes son agentes de este cambio social, la asunción de tales modelos parece más efímera en el grupo de jóvenes adolescentes, por aspectos psicosociales e históricos combinados. Los mayores, asimismo, han parecido dar pruebas de un alto nivel de adaptabilidad en esta realidad cambiante.

La adolescencia, en el conflicto establecido respecto a este seguimiento de patrones culturales, puede encontrar en las generaciones no adyacentes, y sobre todo en la de los mayores, menores tensiones, puesto que son los adultos los principales proveedores de modelos culturales.

Mediante algunos estudios generacionales, se pone de manifiesto que es muy posible encontrar comunidades de pensamientos y actitudes, o complicidades, entre las generaciones alternas, y más en los ámbitos familiares. Sin embargo, la mayoría de estos estudios han tenido poco en cuenta la variación intragrupal de estas generaciones. Así, parece demostrado, que tanto el sexo como las variables socioeconómicas son determinantes en estas relaciones intergeneracionales.

Las mujeres, en este sentido, son probablemente las que más índices de interacción mantengan con las generaciones de niños, adolescentes o jóvenes, en cuanto proveedoras familiares, y principales receptoras, de cuidados. Las transformaciones de estatus de los sexos respectivos transformarán, a su vez, las relaciones intergeneracionales. Ello es más factible, como parece claro, en generaciones más jóvenes, en los que este avance hacia la igualdad de los sexos es más evidente.

No parece adecuado plantear las relaciones intergeneracionales en términos de conflicto-consenso. Parece más bien que en toda interacción social se dan ambos componentes, y que este esquema sería más válido, en su caso, para analizar relaciones de poder económico, social y político respecto de la generación adulta o intermedia.

Parecen existir, en efecto, buenas relaciones, en términos globales, entre mayores y jóvenes. El proceso de modernización e industrialización, a pesar de que obstaculiza en muchos aspectos la relación intergeneracional, puede actuar en muchos casos favoreciendo estas interrelaciones. Entre estos factores pueden citarse la mejora de las condiciones de vida de los

mayores y de los adolescentes de manera simultánea, el mantenimiento de la fuerza de la familia en las redes de sociabilidad y solidaridad y la mayor voluntariedad y reciprocidad relacional que pueden darse con motivo de las nuevas configuraciones familiares.

Ya hemos visto cómo los procesos de socialización varían notablemente entre adolescentes, adultos y mayores. Sin embargo, entre estos últimos y los primeros, al darse una menor relación de poder, pueden favorecerse valores compartidos por ambas generaciones, como parecen ser tanto la actitud positiva ante el aprendizaje o la sabiduría y la preferencia por las relaciones personales.

Entre los factores de cambio de la sociedad española, asimismo, podemos apuntar el cambio hacia una sociedad más equilibrada en cuanto a número de mayores y jóvenes, lo que puede significar una mejor calidad relacional.

El hábitat puede configurar de muy distintas maneras las relaciones intergeneracionales. Por un lado, puede diferenciar claramente el componente cultural de unas y otras generaciones, aunque ello no tiene por qué ser negativo en términos de relación. Por otro, la variabilidad demográfica por grandes zonas, y dentro de las ciudades, puede incidir dificultando o favoreciendo estas relaciones.

Las familias también han sufrido cambios considerables. Se han simplificado y nuclearizado, a pesar de que se siguen manteniendo altos niveles estables de contacto familiar. Dentro de estos cambios, cabe apuntar el previsible descenso de parejas de mayores que viven con sus hijos, aunque no parece descender el de personas viudas, sobre todo mujeres, que viven en familias de tres generaciones. Esta nuclearización puede enfocarse desde la óptica del proceso de modernización, y de un mejor estatus de los mayores, con lo cual esta "intimidad a distancia" significaría

la mejora de los referentes socioeconómicos de los actores relacionados.

En la relación sucinta de algunas características de nuestros mayores, puede subrayarse que las desigualdades intragrupales se suelen dar por razón de género y de edad, y que la soledad es un sentimiento global en estas personas. Las relaciones sociales, el tiempo de ocio y la familia, como aspectos básicos señalados por estos mayores, pueden encontrar su interlocutor en muchos de nuestros adolescentes.

En cuanto a los adolescentes, la democratización y la pérdida de autoritarismo, en las relaciones familiares y sociales, pueden favorecer también sus interacciones con mayores. Si es cierto que obtienen sus mejores resultados personales de las relaciones personales y de la autonomía personal, sus relaciones con mayores, desprovistas del autoritarismo percibido en sus relaciones con adultos y padres, pueden ser una posibilidad de relación perfectamente válida.

En suma, creemos que se dan muchas bases psicosociales para el establecimiento de relaciones intergeneracionales mutuamente satisfactorias. Los cambios habidos pueden actuar de obstáculo o de nuevo marco relacional, diversificando relaciones anteriores -más familiares que extrafamiliares- y desproveyéndolas, en muchos aspectos, de niveles de jerarquía y autoritarismo. Las carencias de los adolescentes, y las pérdidas percibidas por los adultos de esta misma generación, pueden coincidir a la hora de establecer un marco de relaciones más profundo, más igualitario y más diversificado. Se tendrá que tener en cuenta, para ello, el nivel de heterogeneidad de las cohortes de edad, presumiblemente más alto en los mayores, y las diferencias de estatus, sexo y hábitat de los interlocutores, entre otras variables de importancia. No parecen ser obstáculos insalvables los distintos modelos de socialización, y las mejoras habidas con la modernización global de la sociedad española pueden actuar,

posiblemente, en nuevas y mejores relaciones entre ambas generaciones.

CAPITULO II: ANALISIS DE LA ENCUESTA

1. ¿ COMO SON Y CON QUIEN VIVEN LAS PERSONAS MAYORES Y LOS ADOLESCENTES ESPAÑOLES?

1.1. Perfil socioeconómico

Cerca de la mitad de los mayores entrevistados carece de estudios primarios acabados; 9 de cada 10 posee un nivel de instrucción bajo o muy bajo, en todo caso no superior a los estudios primarios. En los adolescentes, sólo un 3% no ha finalizado sus estudios primarios.

Este bajo nivel de instrucción de los mayores es predominante en los 3 hábitats, aunque se dé con más relativa frecuencia en hábitats intermedios, aumente con la edad e incida mucho más en mujeres que en hombres. Amas de casa y clases bajas también son las clases sociales más abundantes en todos los hábitats, aunque estas clases bajas, también en este caso, tengan más presencia relativa en hábitats intermedios. Las amas de casa están sobrerrepresentadas en ciudades de más de 50.000 habitantes.

Los ingresos de estas personas mayores, aun sumando los de ambos cónyuges, en su caso, son bajos; el grupo más numeroso es el que cobra entre la pensión asistencial (30.000 pesetas) y el Salario Mínimo Interprofesional (4 de cada 10); 7 de cada 10 cobra entre la pensión asistencial y 100.000 pesetas. Por regla general, a mayor tamaño corresponden mayores ingresos, aunque con un matiz importante: los de ingresos mensuales más elevados corresponden en mayor medida, aunque levemente, a ámbitos rurales, y los menores a hábitats intermedios. La mayor percepción de rentas en medios rurales puede explicarse por la existencia de titulares mayores de explotaciones agrícolas o ganaderas, y por la existencia de jubilados que han vuelto a sus lugares de origen. En estos casos, es probable que los que han retornado lo hayan hecho con un nivel de ingresos más holgado, o debido incluso a que ambos miembros de la pareja perciben remuneraciones de

jubilación. En el caso de las grandes ciudades, este más alto nivel de rentas puede explicarse por la percepción de dos jubilaciones en la pareja (las mujeres mayores, en general, han trabajado en 3 de cada 10 casos antes de la edad formal de jubilación) o por el diferencial existente debido a la mayor salarización en las grandes ciudades.

Bajo nivel de instrucción y clase socioeconómica son características comunes a los mayores españoles, pero mujeres, y habitantes de ciudades intermedias parecen ser los colectivos más desfavorecidos.

El estatus ocupacional alto de los padres de los adolescentes multiplica por 4 el de los mayores; ello nos puede dar una idea aproximada del cambio social acaecido en una sola generación española. A pesar de que las clases bajas también sean las más frecuentes en los 3 hábitats, también en el hábitat intermedio están más presentes las personas de más bajo estatus socioprofesional. Por nivel de ingresos, 7 de cada 10 cobran más de 100.000 pesetas al mes, siendo por tanto los ingresos medios los más frecuentes en todos los tipos de hábitat. Hay que recordar, en este sentido, que 7 de cada 10 personas mayores cobraban entre la pensión asistencial y 100.000 pesetas al mes. También, como en el caso de los mayores, se da una sobrerrepresentación de los perceptores de bajos ingresos en ámbitos intermedios.

En hábitats intermedios parecen darse las peores condiciones, para ambas generaciones, en cuanto a ingresos y clase social, tanto de las personas mayores como de los padres de los entrevistados.

Es innegable, por otro lado, la consecución de logros económicos y sociales entre las 3 generaciones:

- Según nivel de instrucción, por las mayores oportunidades de los adolescentes y de los padres de éstos.

- Por nivel de ingresos entre la generación de los mayores y la de sus hijos, y por extensión a los descendientes de éstos.

- Por clase socioeconómica, interrelacionada con los dos factores anteriores.

- Clases socioprofesionales, e ingresos altos, se han desplazado de una generación a otra desde el campo a la ciudad (desde las personas mayores a sus hijos y nietos), paralelamente a la configuración demográfica española.

Al hablar de relaciones intergeneracionales de adolescentes y personas mayores, por tanto, hemos de tener en cuenta algunas consideraciones previas importantes:

- El nivel de instrucción formal es un diferencial importante entre ambos colectivos, fruto de las mejores oportunidades de las generaciones posteriores a nuestros mayores.

- La clase socioprofesional de nuestros mayores, comparada con la de sus hijos, es sensiblemente diferente e inferior a la de éstos. España ha pasado a ser una sociedad industrial y de servicios, frente a la sociedad agraria de nuestros mayores. Previsiblemente, la sociedad de los adolescentes incrementará su proporción terciaria y, fruto de un mayor nivel de instrucción, cabe esperar un aumento de cualificación socioprofesional de estos mismos nietos. Ello también estará presente, en muchos casos, en las expectativas de estos jóvenes: mejorar el estatus de sus padres, mejorar el estatus de sus abuelos.

- El nivel de ingresos, aunque sólo tengamos en cuenta las percepciones de uno de los dos cónyuges adultos frente a las percepciones del varón anciano, se inclina a favor de los adultos y, en consecuencia, a los descendientes de éstos.

- Las diferencias socioprofesionales, a nivel de sexo, entre nuestros mayores, no se corresponden con las diferencias

existentes entre sus descendientes, y los hijos de éstos. Frente a un mundo claramente segmentado por el sexo de las personas mayores de 65 años, suavizado en la generación posterior, el mundo de los adolescentes está mayoritariamente democratizado, fruto principalmente de la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres.

- Las tendencias demográficas, que hablan de una urbanización y concentración poblacional en grandes ciudades, parecen acercarse cada día más, en términos espaciales, a ambas generaciones, tanto en poblaciones pequeñas como en grandes ciudades. Las desigualdades más ostensibles respecto a la sociedad española, en ambos grupos de población, parecen darse en poblaciones intermedias.

- Como es obvio, aunque no desdeñable, el nivel de inactividad laboral de estas dos generaciones es comparable. Las expectativas de unos, que han finalizado su etapa laboral, y las de otros, que todavía la tienen que comenzar (aunque a muchos les falte más de 10 años para ello), son diametralmente opuestas: unos ya han salido, otros aún no han entrado. Teóricamente, por tanto, su disponibilidad de tiempo libre, y por extensión de tiempo para las relaciones personales, es parecida en ambas generaciones, y superior en todo caso a la generación intermedia.

1.2. El hogar

La familia parece gozar de buena salud como opción personal entre los adolescentes y los mayores españoles. 9 de cada 10 entrevistados, entre estos últimos, han optado en algún momento de su vida por el matrimonio, aunque en el momento de la encuesta únicamente a un 60% le vivía el cónyuge; la proporción de separados y divorciados es insignificante en este grupo de edad. La proporción de solteros se acerca al 10%, y éstos y los viudos viven, sobre todo, en hábitats de medianas y grandes dimensiones.

La soledad de los mayores (casi siempre asociada a recursos escasos), por tanto, parece ubicarse con más probabilidad en las ciudades, y parece ir unida al proceso de urbanización global de la sociedad española.

Los adolescentes, lógicamente, viven en su práctica totalidad en unidades familiares, con sus padres y con sus hermanos; éstos últimos representan el 85.5% del total. Casi 9 de cada 10 adolescentes viven en familias uninucleares simples, confirmándose así la tendencia a la homogeneización con el mapa familiar europeo. Hay que destacar, sin embargo, ese alto porcentaje de familias con dos hijos como mínimo, lejos de la media actual de hijos por mujer en las coordenadas actuales.

Ambos grupos de edad, en un porcentaje aproximado del 12%, viven en familias de tres generaciones como mínimo. Sin embargo, se observa una evidente diferenciación por tipo de residencia, mucho más heterogénea en los mayores, y con mayores índices de soledad. Una de las claves importantes de la relación entre ambas generaciones puede ser esta diferente ubicación en los distintos tipos de hogar.

La familia tradicional, con parejas o personas solas que viven con sus hijos y nietos, tiene todavía un importante peso relativo en la configuración familiar española.

Si tenemos en cuenta la edad de los entrevistados mayores, sin embargo, es previsible que en grupos de edad más avanzados se mantenga o avance esta tendencia. Lógicamente, cabe esperar un previsible aumento de solitarios (solitarias, sobre todo) en familias de tres generaciones y de personas mayores residentes en núcleos no familiares si aumenta la edad de estas cohortes. Con el crecimiento de la esperanza de vida de nuestros mayores, y la elevación de la edad de emancipación de los jóvenes españoles, el escenario intergeneracional alcanzaría cotas jamás alcanzadas en la sociedad española:

- Aumento de los años de convivencia entre ambas generaciones.
- Nuevas formas de convivencia, con un leve pero sostenido aumento de familias de hasta cuatro generaciones.
- Aumento de parejas de mayores, en términos absolutos, que viven en los hogares de sus hijos y, en mayor medida, cerca de éstos, en comparación a un elevado índice de personas viudas de los escenarios actuales.
- A mayor edad de los mayores, lógicamente, correspondería un incremento paralelo de mujeres viudas que vivirían, también, en casa de sus hijos o cerca de éstos. Previsiblemente, y de manera simultánea, aumentaría el número de mujeres residentes en hogares unipersonales y/o sin núcleo.

Entre los mayores que viven en familias trigeneracionales, predominan las mujeres sobre los hombres, y las personas solitarias sobre las parejas (en una proporción de 6 a 4). También son más frecuentes las personas que cobran por debajo del Salario Mínimo Interprofesional. Las mujeres también son más frecuentes en hogares unipersonales, a la vez que los hombres están más presentes que las mujeres en hogares sin núcleo.

El mayor autovalimiento de la mujer y la ayuda doméstica que éstas acostumbran a prestar parecen ser algunas de las causas de que ocupe los tipos de hogar extremos, los de menos y los de más miembros, solitarios y trigeneracionales.

Entre los adolescentes, sin embargo, ni la clase social ni los ingresos del padre de éstos se relacionan directamente con su inclusión en familias de tres generaciones.

En hábitats intermedios (entre 10.0001 y 50.000 habitantes) se da cierto predominio de mayores que viven con sus nietos, y en hábitats rurales (hasta 10.000 habitantes) de adolescentes que viven con sus abuelos. Por tanto, parece confirmarse la hipótesis

de que la rápida urbanización de la sociedad española ha actuado en contra del mantenimiento de las familias de tres generaciones, aunque las diferencias no sean excesivamente significativas entre los tres hábitats. Podemos estar asistiendo, por tanto, a una transición demográfica que desembocará previsiblemente en una rápida disolución de los vínculos familiares de tipo tradicional, con preferencia en las grandes ciudades. En términos relativos, esta tendencia puede ser equilibrada por el aumento del número de personas mayores, tanto solitarias como parejas.

Hemos de tener en cuenta, como ya se ha dicho, que los perceptores de ingresos más bajos en los dos grupos de edad son los que viven en hábitats intermedios.

Descontando los casos en que mayores y adolescentes viven juntos, poco más de la mitad de los adolescentes tienen algún abuelo en la misma ciudad o pueblo, y a menos de un cuarto de hora caminando. Tienen, además, muchas posibilidades de tener algún abuelo ligeramente más lejos, aunque en la misma ciudad o pueblo, e incluso, si viven en distinta población, de tenerlos a menos de una hora en transporte público o que pasen más de un mes al año juntos. La posibilidad de cercanía de alguno de sus nietos, en el grupo de nuestros mayores, se eleva lógicamente respecto a la generación de adolescentes. La cercanía de estos nietos es levemente mayor conforme aumenta el tamaño de población, y en hábitats intermedios en el caso de los nietos respecto a sus abuelos. Lo dicho parece confirmar un mantenimiento de las relaciones intergeneracionales a pesar del proceso de modernización y de urbanización de la sociedad española, parejo a la hegemonía progresiva de la familia uninuclear simple.

El proceso de modernización y homogeneización de la familia española no parece ser obstáculo, pues, para el mantenimiento de niveles estables de relaciones familiares entre más de dos generaciones.

La importante ubicación en estas pequeñas ciudades de solitarios y personas viudas, que viven muchas veces con sus hijos y nietos en el hogar familiar, parece ser un síntoma del desplazamiento geográfico y demográfico español en los últimos años:

- La ayuda mutua puede funcionar, con mayor probabilidad, en ámbitos rurales, lo que puede disuadir a padres e hijos de vivir en el mismo hogar.

- El tipo de vida de las grandes urbes, y la mayor oferta asistencial para los mayores, pueden jugar el mismo papel en ciudades de más de 50.000 habitantes.

No podemos afirmar, sin embargo, que la convivencia de tres generaciones deba ir indisolublemente unida a una baja percepción de ingresos de las personas mayores, sino que ello es consecuencia estructural de unas bajas prestaciones económicas, en términos generales, de nuestros mayores. Sin embargo, puede sostenerse el hecho de que los mayores (sobre todo si viven en pareja y tienen suficientes ingresos) prefieren la "intimidad a distancia", el vivir en hogares diferentes de sus hijos y/o nietos pero cerca de ellos.

2. ¿ COMO VALORAN A LAS DIFERENTES GENERACIONES ?

2.1. A los adultos

Unánimemente, la relación de las personas mayores y adolescentes con la generación intermedia, la de los adultos, es buena o muy buena.

Respecto a los padres de unos y los hijos de otros, el cómputo global es diferente. Los mayores puntúan por encima de los adolescentes las relaciones con los adultos emparentados (hijos en un caso, padres en otro); esta diferencia aumenta sensiblemente si nos referimos a los adultos en general.

La valoración de los mayores, en los dos casos, es sensiblemente superior a la de los adolescentes. En la generación de mayores observamos, asimismo, menor diferencia entre parientes y no parientes. Entre las causas de esta superior valoración de los mayores podemos incluir las siguientes:

- El proceso de afirmación de los adolescentes respecto de la generación que detenta, en la sociedad, la toma de decisiones. Ello puede motivar, y de hecho lo hace, situaciones de conflicto con la generación intermedia.
- Las relaciones de dependencia de los adolescentes respecto a sus padres, el mundo adulto. Es lo que podríamos denominar relaciones desiguales entre el centro y la periferia del poder social. Los mayores, a los que también podríamos ubicar en esta periferia, tienen menores expectativas de asunción de roles competitivos en la dialéctica generacional.

La más similar valoración de la generación adulta emparentada se debe posiblemente a la alta valoración de las relaciones familiares de ambas generaciones: la familia parece ser un valor seguro.

Algunos datos avalan estas hipótesis referidas a la clara diferenciación de lo público y lo privado. En efecto, respecto a los adultos hijos o padres, respectivamente, ambas generaciones puntúan en sentido inverso al tamaño de población y el nivel de ingresos, y del nivel de instrucción en el caso de las personas mayores. Mujeres mayores, y hombres adolescentes, también puntúan más alto sus relaciones de parentesco con la generación intermedia. Si nos referimos a los adultos en general, estas tendencias cambian sustancialmente: personas de ambas generaciones de ingresos y clase media, de hábitat intermedio, y nivel de estudios medio en el caso de los mayores; la variable sexo actúa en sentido contrario al de las relaciones parentales, con hombres mayores y mujeres adolescentes que puntúan más altas estas relaciones. Sean o no parentales, vivir en familia de tres generaciones va unido a una mejor valoración de las relaciones con la generación de adultos. El papel de las relaciones familiares se refuerza, pues, en circunstancias más adversas de ingresos y de clase socioprofesional, y en aquellos hábitats donde el cambio familiar encuentra más obstáculos.

Vemos, sin embargo, que la tradicional división del espacio entre hombres y mujeres permanece en nuestros mayores, dándose un cambio significativo de orientación en las nuevas generaciones. Podemos intuir, en este sentido, un entorno relacional con la generación intermedia levemente más conflictivo en mujeres adolescentes, y un entorno público de más conflicto para los varones de su generación. La búsqueda de la igualdad de oportunidades de las nuevas generaciones de mujeres, y el mantenimiento de roles sexuados en las familias españolas, pueden estar en el centro de estas valoraciones, en lo tocante a mujeres adolescentes.

El fenómeno es el contrario en la generación de personas mayores. En cuanto a las mujeres mayores, la supervivencia de roles sexuales (que adjudican a la mujer el papel de "cuidadora"), y la falta de instrucción y/o formación respecto a los varones de su edad son algunas de las causas posibles de esta superior

valoración de las relaciones familiares respecto a las extrafamiliares con la generación adulta.

En ambos casos, la distinción sexual intergeneracional parece ir asociada a una equiparación progresiva de las nuevas generaciones de mujeres, en las que no faltan conflictos, respecto a los varones de su edad. Debemos apuntar, también, una pervivencia de los modelos tradicionales en las personas mayores: varones en la esfera pública, mujeres en la esfera privada.

Hay que subrayar, como ya se ha dicho, que tanto mayores como adolescentes que viven en familias de tres generaciones valoran por encima del resto sus relaciones con la generación intermedia. Se intuye, de esta manera, un cierto poder de cohesionamiento de la familia tradicional, quizás en el aspecto de equilibradora de posibles conflictos intergeneracionales.

Sea como fuere, se pone de manifiesto la supervivencia de la familia como fuente de relaciones personales gratas para ambos colectivos, con distintos matices para los sexos de ambas generaciones: una generación adulta con la tradicional división sexual de las esferas y una generación adolescente que ya ha iniciado el proceso de cambio en este sentido.

Aunque en posteriores apartados ya quedará confirmada esta tendencia, la unánime valoración positiva de la generación intermedia parece apuntar a que ambos colectivos toman como referencia a esta generación. La valoración de las relaciones, y la orientación global de las respuestas, apunta sin embargo a una mejor relación de los mayores con estos adultos o, si se prefiere, con menos conflictividad que la de los adolescentes. También parece darse una mayor diferenciación, a favor de la familia, en el grupo de adolescentes.

2.2. A los alternos

También en este caso mayores y adolescentes coinciden en señalar como buenas o muy buenas las relaciones entre ellos, en el caso de que medie parentesco. Sin embargo, caben distintos matices:

- Mientras los adolescentes valoran la relación con sus abuelos por debajo de la de sus padres (aunque no a excesiva distancia), los mayores valoran globalmente su relación con los nietos igual o levemente por encima de la relación con sus hijos.

- Por tanto, los abuelos consideran sensiblemente mejor la relación con sus nietos que éstos con sus abuelos, y en todo caso igual o más gratificantes que las que mantienen con sus hijos.

En todo caso, estas relaciones son valoradas por encima de la relación con los adultos apuntadas en el anterior epígrafe. El parentesco, y la familia, vuelven a ser claros exponentes de relaciones más gratificantes para ambos colectivos.

La falta de conflictividad entre ambas generaciones, en el punto de vista de los mayores, puede ser el factor determinante de esta superior valoración. Apuntar quizá, también, el efecto de una cierta "sustitución" de hijos por nietos, quizá por la mayor accesibilidad y neutralidad de estos últimos en los escenarios sociales. Para los adolescentes, sin embargo, parece que el sentimiento de incompreensión (lo que parece ser reconocido como una característica inherente al periodo de pubertad) se hace extensivo a todas las personas que no pertenecen a su generación, sean padres o abuelos, percibiendo más distancia con los que están más lejos en años.

La explicación a ello parece referirse a que esta valoración de la relación con nietos va asociada, en el caso de los mayores, al retrato robot de la abuela cuidadora de bajos niveles de ingresos y de instrucción, de hábitat rural y preferentemente viuda. Entre los adolescentes no se observan, por estas

variables, diferencias significativas de valoración. Destacar, por último, que los mayores ingresados son los que más alta valoran esta relación, quizá como un efecto lateral de culpabilización de la generación de adultos.

El panorama varía ostensiblemente cuando hablamos de relaciones problemáticas entre una y otra generación, sin la especificación de parentesco abuelos-nietos. En efecto, los mayores muestran más acuerdo que desacuerdo en afirmar que estas relaciones son problemáticas, al revés que los adolescentes. Estos últimos, sin embargo, casi igualan el nivel de acuerdo al de desacuerdo.

Personas de ingresos bajos en el grupo de mayores y adolescentes con ingresos medios responden en mayor proporción que el resto a la afirmación de que las relaciones entre mayores y jóvenes adolescentes son problemáticas. En el caso de los mayores, son mujeres, y hombres en el de los adolescentes, lo que parece corresponder al perfil de abuelas cuidadoras y de varones adolescentes que son, como se verá más adelante, los que menos relaciones mantienen con esta generación de personas mayores. Ello se corrobora puesto que estos adolescentes, en mayor proporción, no tienen ni viven con abuelos, al revés que en el caso de las personas mayores.

La valoración de las personas mayores respecto a sus relaciones con la generación alterna, por tanto, parece condicionarse, en muchos casos, a la identificación de la generación de adolescentes en términos de parentesco y de familia. Entre los adolescentes, sin embargo, ambos hechos no aparecen ligados, lo que puede entenderse como una postura de alejamiento y emancipación familiar de estos adolescentes, a pesar de la alta valoración que tienen de sus vínculos familiares.

Hay que remarcar ese alto grado de indefinición común a las dos generaciones, entre la cuarta y la tercera parte; se puede deber, con toda probabilidad, a la escasez de relaciones en un segmento alto de ambas generaciones con la generación alterna, sobre todo

en el caso de que no posean relaciones de parentesco con la generación enfrentada.

Este alto porcentaje de indefinición vuelve a poner de manifiesto, tal como se apuntaba en el informe del trabajo de campo previo a esta encuesta, la existencia de un segmento importante de escasez relacional entre ambas generaciones. Estas relaciones se circunscribirían al ámbito doméstico, mayormente, y serían más claramente percibidas por la generación de personas mayores. Estas hipótesis serán más claramente explicitadas en apartados posteriores.

2.3. Comparación entre alternos y contiguos

Las opiniones de los mayores respecto a que sean más fáciles las relaciones con los jóvenes adolescentes que con los adultos se orientan al desacuerdo (cerca del 37%), frente a un 24% de acuerdo, pero los indecisos igualan el porcentaje de los primeros.

También el porcentaje de indecisos en los adolescentes es elevado, aproximadamente del 30%, pero predomina el acuerdo (38%) frente al desacuerdo (31%) respecto a que son más fáciles las relaciones con personas mayores que con adultos.

No parece ser un tema fácil para ambas generaciones la cuestión comparativa entre ambas generaciones, si observamos el alto grado de indefinición.

No obstante, y a pesar de ello, en los adolescentes prevalece la opinión de que ciertamente existen más conflictos (relaciones menos fáciles) con la generación de adultos, entre los que se encuentran sus padres, que con la generación de mayores, en las que se ubican sus abuelos. Por otro lado, la opinión de los mayores puede sustentarse, en parte, en el hecho de que el 20% de la muestra está compuesto por personas solitarias, con un previsible bajo nivel relacional con jóvenes adolescentes. Otro

dato que puede ayudar a sostener esta hipótesis es el hecho de que, en caso de existir parentesco, valoran la relación con sus nietos de igual manera que la de sus hijos. La generación intermedia, por tanto, no obtiene una valoración similar si intervienen las generaciones alternas. No quiere decirse, con ésto, que la relación entre mayores y adolescentes carezca de puntos conflictivos, sino que parece que, tal como se apuntaba, este conflicto parece ser mayor con la generación intermedia. Esta, al fin y al cabo, es la que toma principalmente las decisiones, tanto en el hogar familiar como en la escuela, y en los ámbitos políticos, económicos y sociales. Parece confirmarse, por otro lado, que la generación intermedia y la familia son referentes más claros para los mayores que para los adolescentes.

En ambas generaciones, en efecto, el convivir con personas de la generación alterna se correlaciona con un mayor acuerdo con la frase, así como pertenecer a la clase alta y al grupo de amas de casa en los mayores. Mujeres mayores (viudas sobre todo, o en cualquier caso sin pareja), por tanto, y varones adolescentes, también muestran mayores grados de acuerdo con la frase. Los ingresos son bajos en el grupo de mayores y medios en el grupo de adolescentes, los más numerosos de ambos grupos generacionales. El hábitat donde se muestra mayor grado de acuerdo es el intermedio.

Las mujeres mayores, y en mayor medida las personas de más instrucción y elevada clase social, y adolescentes de clase media/alta, parecen ser las personas de ambas generaciones que mejor valoran, respecto a los adultos, sus relaciones con los de la generación alterna.

Esta posición, en las mujeres mayores, puede entenderse como una consecuencia lógica del rol de cuidadoras (acentuado en caso de viudedad), y en los varones adolescentes como la expresión de un proceso de autoafirmación respecto a sus padres. Esta diferencia de opinión de las mujeres adolescentes puede ser el reflejo de una mayor convivencia con la generación alterna, lo que ofrece

mayores posibilidades de desavenencias. La convivencia de tres generaciones, de todos modos, favorece la opinión sobre la generación alterna: esta mejor opinión se asocia, pues, al contacto cotidiano y familiar de las distintas cohortes.

Apuntar, por último, que esta opinión de los adolescentes, y en mayor medida de los varones del grupo, puede significar la etiquetación positiva del abuelo (más que de los mayores en general) como personas-puente o árbitros y mediadoras en los conflictos familiares y paterno-filiales.

2.4. Vejez y culpabilidad referida a los adultos

Preguntadas ambas generaciones sobre su acuerdo en que la generación de adultos abandona a sus padres cuando éstos envejecen, reflota un sentimiento compartido entre ambas generaciones: los dos grupos de edad coinciden, como opción mayoritaria, en culpabilizar a la generación adulta de abandono de las personas mayores. Lógicamente, esta percepción es superior en estas mismas personas mayores.

Como se observa, ambas generaciones valoran positivamente sus relaciones con la generación adulta, pero también coinciden en culpabilizarla de abandono respecto a las personas mayores.

De ello se coligen algunas consideraciones:

- Los adolescentes son altamente sensibles a esta problemática social de las personas mayores y de la sociedad en general.
- A pesar de que los mayores, como hemos visto, valoran más positivamente sus relaciones con los adultos que estos adolescentes, manifiestan una acusación clara respecto a la generación-epicentro: el mundo de los adultos.
- Esta acusación de inhibición respecto a ellos mismos, los mayores, puede deberse a un sentimiento de precariedad o

desconfianza respecto a esta generación intermedia, corroborando la existencia de un conflicto latente (pero diferente en fondo y forma al de los adolescentes) con la generación que detenta el mayor poder económico, social y, en este caso, familiar.

- Hemos de tener en cuenta, además, que esta culpabilización puede aumentar, previsiblemente, con la elevación de la edad de las personas, puesto que a estas edades disfrutaban, en muchos casos, de un alto nivel de autonomía personal.

Algunas apreciaciones pueden confirmar estas hipótesis. Así, son los varones solitarios, residentes en núcleos no familiares, sin nietos y de bajo nivel de estudios los que más culpabilizan a la generación intermedia. Otro dato importante: la culpabilización es mayor conforme aumenta el tamaño de población. Las grandes ciudades parecen ser las unidades geográficas, en consecuencia, donde este sentimiento de abandono es más patente.

Por ello, el nivel socioeconómico, y el sexo, son determinantes a la hora de anotar "haber y deberes" en el libro de cuentas de la generación intermedia. Se constata, también, que el proceso de urbanización actúa en contra del mantenimiento de los roles tradicionales de nuestros mayores, e incrementa el riesgo de marginación social y/o familiar.

Clase baja también, de bajos ingresos y, lo que puede parecer sorprendente, sin abuelos o de familias de dos generaciones, y de hábitat intermedio, son los adolescentes que se muestran más de acuerdo en culpabilizar a esta generación intermedia. Son, como en casos anteriores, las mujeres las que demuestran un grado superior de acuerdo.

Las mujeres adolescentes, por tanto, y a pesar del innegable proceso de igualdad respecto a los varones de su misma edad respecto a generaciones anteriores, parecen interiorizar con más fuerza los roles familiares y solidarios. Estas mujeres, además, son de hábitats intermedios en los que, como se recordará,

abundan relativamente más las familias trigeracionales. El nivel de estatus también discrimina su valoración, al igual que en el caso de las personas mayores.

El riesgo de soledad y abandono, aunque con perfiles específicos en cada grupo, es percibido por ambas generaciones, en relación directa al grado de bienestar y de estatus. Sin embargo, las ópticas pueden obedecer a dos diferentes perspectivas:

- La de los varones mayores, en cuanto sujetos más probables de este abandono.

- La de las mujeres adolescentes, como previsibles cuidadoras y/o acogedoras de estas personas mayores.

2.5. Vejez y adolescencia son etapas felices en las vidas de las personas.

Más de la mitad de los mayores y cerca del 40% de los adolescentes coinciden en pensar que la vejez es una etapa feliz en la vida de las personas, aunque en ambos grupos observamos la existencia de una cuarta parte de indecisos. Los propios sujetos, los mayores, manifiestan por tanto un mayor grado de autocomplacencia con la etapa vital que atraviesan. Los adolescentes, quizá fruto de un estigma social, de un estereotipo negativo respecto a la vejez, consideran en menor medida que los propios sujetos que esta etapa sea feliz en la vida de las personas.

El grado de acuerdo con que la adolescencia sea una etapa feliz crece respecto a la etapa de la vejez, con grandes diferencias, siendo unánimemente valorado (por alrededor de 8 personas de cada 10, en ambas generaciones) con mucho o bastante acuerdo. Sin embargo, la diferencia entre la valoración de las dos etapas es sensiblemente superior entre los adolescentes. Ello puede deberse a un proceso de proyección interna, en los mayores, que en muchos casos han pasado su adolescencia en condiciones de postguerra,

por un lado, y a una evidente mejoría de perspectivas en su etapa de la vejez. En los adolescentes, como ya se ha dicho, parece obedecer a un alto nivel de complacencia generacional, por un lado, y por otro a la existencia de ciertos estereotipos negativos sobre la tercera edad.

En el grupo de los mayores, en efecto, la valoración más negativa de estas etapas se relaciona directamente con el nivel de bienestar actual y el nivel de instrucción y de ingresos. A menor tamaño de hábitat se valoran por encima estas etapas vitales. Vivir en familia también juega a favor de una mejor valoración. Otra vez el sexo segmenta nítidamente ambas respuestas: los varones valoran mejor la vejez, y las mujeres la adolescencia.

Estas tendencias parecen apuntar, otra vez, a que el grado de bienestar y de autonomía de nuestros mayores puede incrementarse o mantenerse, con más probabilidad, en hábitats de pequeñas dimensiones, y que la tener y vivir en familia es fundamental en este sentido. Asimismo, apuntar que quizá los hombres han percibido, en mayor medida que las mujeres de su grupo de edad, la mejoría de condiciones, a nivel global, de la tercera edad en España. Quizá ello se deba, tal como se apuntaba en uno de nuestros grupos de discusión, a que la mujer no se jubila nunca y tiene, en su conjunto, mayores probabilidades de envejecer en peores condiciones que los varones de su generación.

En el grupo de adolescentes, las mujeres se muestran más optimistas respecto a ambas etapas. También en hábitats rurales, y en relación directa al estatus socioprofesional de los padres y el nivel de ingresos de éstos, se valoran más ambas etapas. Hay que destacar, no obstante, un matiz ciertamente importante: los adolescentes que viven con sus abuelos muestran un mayor grado de acuerdo en que la vejez es una etapa feliz.

El estereotipo negativo de la vejez se amortigua, por tanto, con el contacto familiar. Simultáneamente, el nivel de bienestar actual de los actores discrimina la valoración de las etapas

vitales, y éstas son mejor consideradas en hábitats de pequeñas dimensiones.

3. LAS PROBLEMÁTICAS GENERACIONALES DE MAYORES Y ADOLESCENTES

3.1. ¿ Qué problemas tienen nuestros mayores ?

A la par que en otras encuestas, los problemas más importantes de nuestros mayores percibidos por ellos mismos son los de salud, los económicos y de vivienda y el abandono de la familia (CRUZ y COBO, 1990; CIS, 1989).

La opinión de los adolescentes coincide básicamente, situando también en primer lugar la salud, aunque el abandono de la familia sustituya en el segundo lugar a los problemas económicos y de vivienda.

El alto nivel de coincidencia de los adolescentes puede explicarse por un nivel elevado de conciencia social respecto al mundo de nuestros mayores. La prioridad de la problemática del abandono familiar respecto a los problemas económicos, tal como ya se ha puesto de manifiesto, se debe quizá a la alta estima de la solidaridad familiar que tienen los adolescentes.

En cuanto a los mayores, la menor clase social y nivel de estudios, así como el nivel de ingresos y la soledad (solitarios y viudos), discriminan su opinión respecto a las problemáticas más citadas, la salud física y los problemas económicos y de vivienda. A mayor tamaño de población también corresponde una mayor constancia de problemáticas. Los varones, otra vez, a pesar de que consideran en mayor medida que las mujeres que la vejez es una etapa feliz, apuntan contradictoriamente la mayoría de las problemáticas en mayor medida que las mujeres, exceptuando el abandono de la sociedad y problemas afectivos, evidentemente interrelacionados.

Vivir en familia se relaciona con una percepción más favorable de esta etapa vital; el sentimiento de inutilidad y el abandono de la sociedad son más subrayados por personas que viven en

familia uni o bigeneracional. Sólo el deterioro mental es más apuntado por personas que viven en familias de tres generaciones.

Tener nietos, vivir en familia, y en mayor medida en familias extensas, parece suavizar los problemas ligados al envejecimiento. Las condiciones socioeconómicas desfavorables y objetivas de nuestros mayores se relacionan directamente con una mayor percepción de problemáticas. El mayor tamaño del hábitat también parece, repetidamente, actuar en contra del nivel de bienestar percibido.

Respecto a los adolescentes, existe una mayor percepción global en clases altas, sobre todo, y medias, con los correspondientes ingresos medios y altos. Las personas de ingresos bajos, curiosamente, apuntan en mayor medida los problemas afectivos y el deterioro psíquico, cuando pudiéramos esperar que subrayaran más los problemas materiales tales como el dinero o la falta de vivienda. Esto parece confirmar la hipótesis, anteriormente citada, de que la convivencia de personas mayores en familias de tres generaciones no se relaciona directamente con causas de tipo económico en las unidades familiares receptoras de estos mayores. Apuntar, al respecto, que los problemas económicos y el abandono de la familia (que parecen tener un comportamiento paralelo) son cuestiones planteadas en bastante mayor grado por adolescentes que viven sin abuelos.

Un gran número de adolescentes parece ser consciente, por tanto, de que las familias de tres generaciones combaten el sentimiento de abandono y la falta de medios de nuestros mayores.

En la mayoría de las problemáticas, las mujeres adolescentes también expresan con mayor rotundidad estas cuestiones. La diversidad de roles entre hombres y mujeres, aunque sean jóvenes, puede estar actuando en esta valoración dispar: parecen ser mayores las posibilidades de éstas, o así lo perciben, respecto a los varones de su generación, de compartir en un futuro su vivienda con alguno de sus padres o con ambos.

También la mayoría de las problemáticas son más expresadas en hábitats urbanos, lo que supone, claramente, que las grandes ciudades, también para los adolescentes, actúan en términos globales como engendradoras de mayores desigualdades sociales para nuestros mayores.

Entre ambas generaciones, por tanto, se observa un alto nivel de coincidencias en cuanto que la más alta clase social y el mayor nivel de ingresos, y un mayor tamaño de población, determinan una opinión más desfavorable de la vejez de las personas, con la salvedad hecha de los problemas de salud o los económicos. Quizá porque las mujeres estén más presentes en familias con abuelos, o por sus mayores posibilidades percibidas de acoger en su vejez a sus propios padres, éstas expresan mayores porcentajes de problemáticas de la tercera edad. Ocurre al contrario en los varones de la otra generación; la explicación puede residir en el mayor nivel de autonomía, en términos globales, de las mujeres mayores. Esta mayor autonomía e independencia se fundamenta en valores educativos y familiares, tales como su mejor preparación para afrontar la vida en solitario o su mayor plurifuncionalidad en familias extensas.

Remarcaremos, por último, la gran importancia que tanto mayores como adolescentes que viven en familias de tres generaciones le dan al deterioro psíquico de las personas mayores. Quizás, más que de percepciones debidas a la salud mental de nuestros mayores, estemos tratando de una comparación entre diferentes grados de instrucción (que son obvios) o, lo que sería más sutil, de diferentes percepciones de la realidad cambiante entre unos y otros.

3.2. ¿ Qué problemas tienen los adolescentes españoles ?

En primer lugar, y para ambos colectivos, el problema de las drogas, a mucha distancia del resto. Los datos confirman así, anteriores encuestas (véase, por ejemplo, CIS, 1991). El

gamberrismo o las bandas juveniles también coinciden, en ambos colectivos, en ocupar el tercer lugar. Sin embargo, en segundo lugar de nuestros mayores se sitúa el paro juvenil, frente al fracaso escolar en la generación de adolescentes.

Como vemos, aparte de certificar un elevado nivel de sensibilidad social y de conocimiento de la otra generación por parte de nuestros mayores, ambos grupos de edad sitúan dos problemáticas, las drogas y el gamberrismo, que parecen ir indisolublemente unidas en el inconsciente social. Los mayores priorizan la falta de oportunidades en el mundo laboral -el paro- frente al fracaso en el mundo pre-laboral -los estudios- de los adolescentes. En diferente perspectiva de orientación de unos y otros puede estar la clave de esta opinión: los mayores, orientados tradicionalmente al mundo del trabajo, y los adolescentes hacia la formación. Dos culturas plenamente diferenciadas, que indudablemente están relacionadas con los itinerarios formativos y laborales de ambos grupos de edad.

Adolescentes cuyos padres son de clase alta y media, por este orden, a excepción de la soledad y el aburrimiento, priorizan prácticamente todas las problemáticas de su propia generación. Los que viven en familias con abuelos también puntúan por encima del resto un mayor número de problemáticas. Los mayores ingresos paternos también actúan en relación directa a estas apreciaciones. Hay que resaltar, otra vez, la diferencia por sexos: las mujeres de este grupo de edad apuntan más las problemáticas que los varones, menos en aburrimiento y el problema del paro o los económicos, que podrían considerarse relacionados. Son cuestiones, como vemos, básicamente de la esfera pública, lo que añade un diferencial importante en ambas categorías sexuales. Todas las problemáticas son más expresadas por adolescentes de poblaciones intermedias o urbanas.

La conciencia de la problematización generacional en nuestros adolescentes parece asociarse, por tanto, a un alto nivel de

estatus, es mucho más fuerte en las mujeres y es mayor conforme aumenta el tamaño del hábitat.

El mayor nivel de estudios de nuestros mayores, y la superior clase socioeconómica o de ingresos, van ligados a mayor grado de percepción de la problemática juvenil. Destacar, sin embargo, que dos de los problemas más importantes cuantitativamente hablando son más apuntados por personas de bajos ingresos, el gamberrismo y los problemas económicos. Paro o valores cívicos son la excepción a la regla: las mujeres mayores problematizan en mayor grado que los varones de su edad. Ello puede deberse, seguramente, a que viven con más frecuencia relativa que los varones en familias de tres generaciones, y lógicamente en familias con miembros adolescentes. Puede matizarse esta hipótesis si tenemos en cuenta que los colectivos de mayores que más porcentajes adquieren son personas solteras y solitarias, y que sólo en el caso de apuntar "el fracaso escolar" viven en familias con nietos.

Conocer a la generación de adolescentes, y en mayor grado si se convive con ella, actúa a favor de la eliminación de estereotipos negativos al respecto. La familia, por ello, y la familia extensa más concretamente, es un factor que coadyuva a la eliminación de clichés de una generación respecto a otra. El vivir en familias de tres generaciones, respecto a los adolescentes, parece actuar en favor de una mayor autoconcienciación de los problemas de su propia generación.

También en este caso de las problemáticas de los adolescentes, las grandes ciudades se asocian a una mayor existencia de problemas y estereotipos negativos respecto a los jóvenes adolescentes.

4. RETRATO GENERACIONAL

4.1. ¿ Cómo eran los adolescentes españoles hace 30 años y cómo son ahora ?

Ambas generaciones están básicamente de acuerdo. Hace 30 años, los adolescentes eran menos libres, cultos y egoístas que los de ahora; tenían mayor respeto hacia padres y personas mayores y eran aproximadamente igual de sinceros e ilusionados. Destaca, asimismo, esa compartida opinión de la falta de valores cívicos.

Según parece, ese aumento de cultura y de libertad, como cualidades positivas, ha evolucionado paralelamente a un aumento de egoísmo, incivismo y falta de respeto hacia las generaciones posteriores.

Sorprende, en primer lugar, esa fuerte autocrítica de la generación de adolescentes, puesto que valoran muy alto sus relaciones con ambas generaciones y con la familia. Más sorprendente aun la casi plena coincidencia intergeneracional respecto a este retrato-robot de los adolescentes españoles.

La existencia de estereotipos positivos y negativos respecto a los adolescentes es básicamente compartida entre estos mismos adolescentes y las personas mayores.

Esta autocrítica, y crítica en su caso, es mayor por regla general conforme aumenta el nivel de ingresos, y en todo caso es casi siempre más elevada en personas de ingresos medios y altos. Ello tiene su correspondencia en la clase socioeconómica, media y alta preferentemente, aunque hay que destacar también, en el grupo de mayores, a las amas de casa. En cuanto a la variable sexo, no se observan diferencias significativas en ninguna de las dos generaciones, exceptuando la sinceridad: las mujeres de ambos

grupos positivizan más que los varones esta cualidad; en el caso de los mayores, además, tiene signo positivo para las mujeres y negativo para los varones. La mayor cultura, y la sinceridad, son puntos de vista coincidentes en mayor medida entre adolescentes y mayores que viven en familias de tres generaciones. Sin embargo, la falta de civismo, expresada por mayores que viven con nietos, no se corresponde con la visión que éstos tienen, pues la apuntan mucho más los que no conviven con abuelos. Se da una mayor acentuación de valores positivos y negativos en hábitats intermedios y urbanos, pero las dos cualidades más altamente positivas (libertad y cultura) son más ampliamente citadas en hábitats rurales. Los mayores que remarcan con más intensidad los valores negativos responden al perfil, principalmente, de personas sin nietos, solteros, solitarios o viudos. Un indicador importante es que ambos grupos de edad, cuando conviven y/ o tienen relaciones de parentesco con miembros de la generación alterna, insisten con más fuerza en los estereotipos positivos, aunque esta tendencia es más definida entre el grupo de mayores. En el caso de los adolescentes que tienen abuelos, además, esta valoración positiva de algunas cualidades tiene su contrapartida en una autocrítica severa respecto a su menor respeto hacia padres y mayores, menor civismo y mayor egoísmo.

Aunque existe un elevado grado de acuerdo intergeneracional en las grandes pinceladas del retrato evolutivo de nuestros adolescentes, el convivir y la posibilidad de conocerlos más de cerca (tener nietos en este caso) suaviza los estereotipos negativos y resalta los positivos. El mantener relaciones familiares intergeneracionales parece ser, pues, una condición que favorece indudablemente las actitudes relacionales con la generación de adolescentes. Por otra parte, lo dicho se manifiesta en los adolescentes, generalmente, como un incremento importante de autocrítica respecto a las generaciones posteriores, la de sus padres y la de sus abuelos.

4.2. Autorretrato de nuestros mayores

Nuestros mayores se consideran mucho más libres, más cultos y con más independencia económica que los de hace 30 años; poco más de la mitad considera, además, que son más comprensivos hacia los jóvenes y tienen mejor salud. Sinceridad y egoísmo no destaca especialmente ni en negativo ni en positivo. Consideran levemente, asimismo, que tienen más ilusión o ganas de vivir.

Este autorretrato evolutivo ha coincidido con los mayores y más rápidos cambios políticos, sociales y económicos de España. Se ubican cronológicamente, la mayoría de ellos, en los últimos 17 años, la edad superior de nuestros adolescentes. El tramo de edad de la generación alterna, la adolescencia, ha coincidido, pues, con cambios fundamentales intragrupo en la generación de personas mayores.

El tiempo de una generación (30 años para ORTEGA Y GASSET) ha significado un cambio objetivo, a mejor, de nuestros mayores. Estos cambios, materiales y no materiales, son claramente percibidos por nuestros mayores e incluyen, aunque no de forma determinante, mayor comprensión hacia la generación alterna.

Al igual que en el apartado anterior, este proceso de mejora de su situación social y económica ha tenido su contrapartida, según los entrevistados: menor atención de la familia e igual o mayor egoísmo. Esta menor atención de la familia parece ir unida, como ya se ha dicho, al proceso de modernización y urbanización de los últimos decenios.

Tener nietos y/o vivir en familia actúa en favor de una mayor valoración de ganancias materiales y personales. La mayor percepción de ganancias y pérdidas procede de personas sin estudios o con estudios primarios. Cualidades no materiales son

subrayadas por personas de clase alta, y las personas de clase baja positivizan más que el resto la ganancia en cotas de libertad y de independencia económica. En casi todos los aspectos, las personas casadas, y los que viven en familias de tres generaciones, obtienen los valores más extremos. En contraste, la mayor comprensión hacia los jóvenes proviene de personas sin pareja, mujeres, de hábitat rural y que residen en familias con tres generaciones. Son también personas de elevados ingresos y nivel de instrucción.

Para los mayores, por tanto, el nivel de comprensión percibido hacia la generación alterna aumenta considerablemente con la convivencia familiar. El mayor nivel de bienestar y de instrucción de los mayores también parece favorecer este diálogo intergeneracional.

Los varones perciben en mayor medida que las mujeres estos cambios positivos, exceptuando el deseo de tener una familia o compañía y la mayor ilusión o ganas de vivir, en los que las mujeres doblan a sus coetáneos varones. Quizá ello se explique por causas objetivas, como que realmente los varones han mejorado en más aspectos que las mujeres de su edad. El mayor riesgo de soledad y residencia monoparental de las mujeres, fruto entre otras cosas de su mayor esperanza de vida, puede explicar este mayor deseo de tener una familia por parte de las mujeres. La mayor ilusión puede referirse, claramente, a una actitud más positiva ante las nuevas condiciones sociales respecto a los varones.

En efecto, el estado civil, y vivir o no en familia coyunturalmente, discrimina esa sensación de mejoría respecto a hace 30 años.

El tamaño del hábitat vuelve a actuar como claro discriminante de la percepción personal de esta evolución: la mayor comprensión hacia los jóvenes es más positivizada en hábitats rurales, y el resto de ganancias o pérdidas corresponde a intermedios y

urbanos. Hay que destacar, también, que la mayor atención de la sociedad sólo se considera en el hábitat urbano; en el resto de hábitats obtiene puntuaciones negativas.

A nivel de crítica positiva o negativa, es indudable que los mayores perciben cambios considerables, a mejor, como resultado de mejoras objetivas consecuencia, entre otras, de la democratización y el cambio político y económico de los últimos años. Vivir en familia, y más en familia extensa, es causa o resultado de una mayor valoración de pérdidas o ganancias. Estas ganancias se orientan a percepciones económicas, de salud y de cultura, principalmente. Las pérdidas, apuntadas en menor medida que las ganancias, se relacionan con aspectos culturales, personales y sociales, que parecen caminar de la mano del proceso rapidísimo de cambio. Entre estas ligeras aunque significativas pérdidas podemos apuntar, en muchos subgrupos generacionales, la menor atención de la familia o de la sociedad, el mayor egoísmo y la menor comprensión hacia los jóvenes.

Esta relación global de pérdidas y ganancias puede resumirse en la existencia de un nuevo marco social, que ha mejorado considerablemente el nivel de bienestar social en términos pecuniarios y políticos, pero que en muchas ocasiones ha motivado, con las nuevas formas de residencia y la nuclearización familiar, situaciones de desigualdad de nuestros mayores respecto a décadas anteriores. Ello parece demostrarse, en efecto, si tenemos en cuenta que, con independencia de los ingresos y de la clase social de los entrevistados, aquellas personas que viven en familia de dos o tres generaciones apuntan en mayor medida que los demás la relación de estas ganancias, y minimizan las pérdidas.

5. CONDICIONES PARA LA RELACION

5.1. Lo que quieren tener y no tienen de la generación adulta

Algunas de las hipótesis explicativas anteriores se corroboran en este apartado. En efecto, alrededor de la tercera parte de las personas mayores desea de la generación de adultos el tener menos años o mejor salud. Sólo la quinta parte desea más medios económicos, y poco menos de la quinta parte no observa atributos deseables. Poco más de la décima parte desea trabajo o compañía y familia.

Todos los atributos ("menos edad") y salud, que en muchos casos pueden igualarse, obtienen porcentajes significativos, poco más del 35%. Sin embargo, y a pesar del bajo nivel de ingresos dominante en este grupo de edad, sólo 1 de cada 5 manifiesta desear más medios económicos. Sorprende, también, esa quinta parte de satisfechos ("nada"). Sólo un 13% de entrevistados manifiesta el deseo de tener una familia, hijos o compañía, cuando sabemos que existe alrededor de un 20% de mayores solitarios en la muestra. Citar también ese 14% de personas que echa de menos el trabajo o algo de qué ocuparse, en un segmento de población prácticamente inactivo laboralmente. Un mayor reconocimiento social sólo es apuntado por menos del 10% de los entrevistados.

Los mayores españoles no parecen tener excesivas carencias de la generación adulta, si exceptuamos mejor salud, más medios económicos o todos los aspectos ("menos edad"), lo que puede asimilarse perfectamente a los dos primeros epígrafes. Se percibe, por tanto, un alto nivel de autosatisfacción a pesar de ciertas condiciones de desigualdad, como el acceso a un trabajo o el deseo de tener una familia. Si las primeras en importancia, menos edad y más salud, se deben casi enteramente a circunstancias de envejecimiento biológico, la falta de recursos económicos es una consecuencia directa de una desigualdad social

globalmente sentida. Por otro lado, se percibe la existencia de un segmento relativamente alto de población (en cualquier caso, de más del 10%) que aun viviendo en hogares unipersonales o sin hijos, están satisfechos con su situación de soledad. Esta autosatisfacción y la percepción mayoritaria de reconocimiento social pueden estar relacionados, asimismo, con una mejora considerable de las condiciones económicas y de bienestar social y personal; la explicación puede hallarse en que, a la vez que son los que más carencias manifiestan, también son los que apuntan con mayor fuerza "ninguna carencia", y con menor porcentaje los medios económicos. Parece intuirse, pues, una clara dualidad de situaciones socioeconómicas entre los solitarios, donde se situarían los menos satisfechos y los más satisfechos.

El nivel de estudios segmenta claramente estos niveles de carencia, aunque las personas de estudios primarios parecen las más satisfechas. Sólo el dinero es más apuntado, por otra parte, por personas de clase socioprofesional baja, y paralelamente a ello, a menores ingresos corresponde un índice más elevado de carencias expresadas. Si dijimos que los varones se sentían mejor que las mujeres en muchos aspectos, ahora se pone de manifiesto que, a pesar de ello, desean mejorar en los aspectos anteriores respecto a los adultos. En efecto, menos compañía o ilusión y ganas de vivir, los varones apuntan con mayor énfasis que las mujeres el resto de aspectos. Como ya se ha dicho, las parejas sin personas y/o sin hogar son los que manifiestan más carencias, y a la vez los que menos reivindican mayores medios económicos y se muestran más satisfechos ("ninguna carencia"). También se muestran más satisfechas las personas que viven en familias de tres generaciones, y son los que predominan a la vez en sentir como carencia su falta de salud.

El mayor grado de satisfacción es predominante únicamente en hábitats rurales ("ninguna carencia"). Todas las carencias son más apuntadas en hábitats urbanos e intermedios.

Se pone de relieve, así, que el modelo dominante, en términos absolutos y comparativos, es el modelo de la generación intermedia, puesto que coinciden, básicamente y con parecidas excepciones, carencias respecto a los adultos y mejoras percibidas en los últimos 30 años.

La concentración en grandes ciudades, y el proceso de urbanización, parece incrementar la fuerza de este modelo, basado en patrones de productividad, trabajo y consumo (más propios de adultos) y en valores como el prestigio o el reconocimiento social o la salud. La compañía, hijos o familia es otra reivindicación apuntada, aunque no con la intensidad que cabría esperar. Se da una preponderancia, de todos modos, de valores ciertamente inmateriales, como la salud o el estatus de adulto en sí mismo, frente a los más definidamente materiales, como el trabajo o los medios económicos.

Los adolescentes priorizan los valores más estrictamente materiales, como los medios económicos (44%), seguido de la libertad o la autonomía personal (35%) y del trabajo o algo de qué ocuparse. Se muestra satisfecho poco más de la décima parte, y globalmente insatisfecho ("más edad") un porcentaje parecido, el 9%. Los bienes materiales, junto a los económicos citados, superan el 50%.

Del mundo de los adultos, pues, los adolescentes escogen, decididamente, los aspectos más materialistas, en primer lugar, y la libertad personal. Es escaso porcentaje de carencias relacionadas con el trabajo puede ir ligado, claramente, a unas expectativas de formación a medio o largo plazo, lo que parece corresponderse con la universalización de la enseñanza en España hasta edades relativamente avanzadas de los jóvenes. En un proceso vital de autoafirmación, y de diferenciación del resto de generaciones, no sorprende ese deseo de libertad y de autonomía personal; sin embargo, esas carencias económicas expresadas pueden significar, y de hecho así lo creemos, la

incorporación a un sistema de valores consumista y que privilegia más el poder adquisitivo que el saber.

Un cambio importante de valores parece darse, pues, entre nuestros mayores y nuestros adolescentes. Aunque comparativamente hablando están mejor situados económicamente los adolescentes y sus padres que los mayores, éstos últimos reivindican con menor claridad un incremento de su bienestar económico y adquisitivo. El modelo basado en el consumo y en la tenencia de bienes materiales parece ir asociado a esta generación de jóvenes adolescentes, aunque no es desdeñable esta pretensión de libertad y de autonomía personal. Parece manifestarse, también en los adolescentes, una emulación del mundo de los adultos, identificado particularmente como un mundo libre y de consumo.

Algunas variables relativas a la pregunta pueden dar luz a estas hipótesis. Menos en bienes materiales, todas las carencias son más expresadas por hijos de padres de clases medias o altas, y de ingresos medios. A este respecto, y en lo que pudiera parecer sorprendente, los de ingresos bajos son los que muestran menos carencias globales, y los de mayores ingresos son los que más desean mejores medios económicos. Existe un alto nivel de homogeneidad en las respuestas si tenemos en cuenta el sexo de los entrevistados. Sin embargo, y como una previsible menor autonomía de las jóvenes adolescentes, éstas superan a los varones en petición de libertad, y los varones a ellas en cuanto a medios económicos. Vivir con abuelos también orienta la respuesta en el mismo sentido de demandar más medios económicos. El resto de variables no se correlaciona con vivir o no en familias trigeneracionales. La satisfacción, también en los adolescentes, parece ser mayor en aquellos que viven en hábitats rurales, y la insatisfacción (más carencias expresadas) nítidamente superior en hábitats urbanos.

Las carencias respecto a los adultos, en la generación de adolescentes, no parecen guardar diferencias significativas por sexos, si descontamos la petición de libertad (mujeres) y de

dinero (varones). Puede significar, además de una evolución hacia la homogeneización e igualdad entre ambos sexos, una rémora existente en la constricción de la autonomía doméstica de estas jóvenes adolescentes, y que los varones sean, de este grupo de edad, los más orientados hacia los modelos consumistas de la sociedad adulta. En la sociedad rural encontramos todavía ciertas resistencias al patrón economicista imperante en el mundo de los adultos y, en términos globales, este patrón de la generación de adultos se asienta en valores más definitivamente urbanos.

5.2. Requisitos personales para la relación intergeneracional

Las personas mayores desean, para relacionarse, adolescentes con buenos modales, ilusionados y con ganas de vivir, maduros y responsables personalmente y cultos; la comprensión y, sobre todo la buena presencia, son elementos menos importantes.

Este arquetipo de relación intergeneracional pone de manifiesto una constante aparecida tanto en nuestro trabajo de campo anterior a la encuesta como en otras preguntas de este mismo cuestionario: el civismo y los buenos modales son exigencias importantísimas para la relación con la generación de adolescentes. En el bajo nivel de instrucción formal de nuestros mayores no podemos excluir una educación tradicional, de ámbito familiar y también público, que incluía el civismo, y el respeto a los mayores de edad, como un elemento básico. Sería, en todo caso, una proyección de su propia cultura educativa, en un ambiente familiar más fuertemente jerarquizado y que cuidaba las formas tanto o más que el fondo. Parecida crítica puede efectuarse de la petición de madurez y responsabilidad, en colectivos que empezaron a trabajar a más temprana edad que las generaciones actuales, y que orientaron sus expectativas vitales principalmente al trabajo y la familia. La demanda de ganas de vivir y de cultura tampoco sorprende si tenemos en cuenta que en el retrato de su propia generación respecto a 30 años antes, los mayores apuntaron, aunque no con contundencia, que habían mejorado respecto a estas dos cuestiones. No pedirían, en los

aspectos citados hasta ahora, más que lo que se consideran dispuestos y preparados para dar; ni más ni menos. A escasa distancia de la cultura, se encuentra situada la comprensión, lo que podríamos situar idealmente entre ésta y los buenos modales o el civismo. La buena presencia es el elemento más secundario de la construcción de este ideal relacional, lo que parece indicar que las personas mayores están más interesadas por las personas que por lo que éstas parecen.

Las personas de clase alta, aunque en proporción inversa al nivel de estudios casi siempre, son los que más cualidades apuntan en términos relativos. Ello puede deberse a un previsible alto porcentaje de personas mayores sin estudios pero de educación familiar estricta, y que en este caso han podido asumir posiciones sociales elevadas. También solitarios, viudos y separados, y en mayor grado en términos globales las personas de bajos ingresos manifiestan un mayor grado de exigencia. Las personas con nietos, o los que viven en residencias (ambos obviamente por diferentes motivos), urbanas y de sexo femenino nos muestran, por regla general, unas exigencias más extremas.

Las personas que más se relacionan, o tienen posibilidades de hacerlo en los ámbitos domésticos, las mujeres viudas, personas de bajos ingresos y solitarios o personas ingresadas en residencias (que son obviamente los que menos posibilidades tienen de relacionarse en el ámbito familiar y fuera de él) son las personas más exigentes a la hora de relacionarse con jóvenes adolescentes. Las razones pueden estribar en "ahorros relacionales", y que trata básicamente de preferir la calidad en la relación personal a la cantidad, más propia de otras etapas vitales (CARSTENSEN, 1990).

El panorama varía de manera significativa en la generación de adolescentes españoles. Como valores muy importantes destacan la comprensión, la vitalidad o ilusión y los buenos modales. A continuación encontramos la madurez y la cultura y, al igual, que

en el caso de los mayores, la buena presencia ocupa el último lugar.

Los adolescentes parecen sentirse, básicamente, incomprendidos por la sociedad y por las personas de otras generaciones. En ello parecen estar de acuerdo algunas de las principales teorías sobre la adolescencia. La comprensión de los otros, y la comunicación, parece ser la principal petición a la sociedad alterna. La vitalidad parece ser otra de las cualidades de la adolescencia unánimemente reconocida, por lo que piden, como en el caso de los mayores, lo que creen que ellos pueden dar. En el caso de los buenos modales, sin embargo, a pesar de reconocerse ellos mismos como escasos portadores de este valor, se percibe un cierto desacuerdo con el modelo de civismo de las personas mayores. Este efecto-espejo puede sumarse a la petición de cultura, que es el elemento más secundario junto a la buena presencia. En ambos casos, no parecen tener primordial importancia como requisito para la relación intergeneracional.

Adolescentes de clase baja, y en relación inversa al nivel de ingresos, exigen mayor número de cualidades que el resto. También adolescentes que viven con alguno de sus abuelos, mujeres más que varones (aunque con menores diferenciales respecto a las personas mayores), y sin que existan grandes diferencias entre adolescentes con o sin abuelos, son algunas de las tendencias observadas remarcables.

En términos relativos, el nivel de exigencia es bastante mayor en las personas mayores que en estos adolescentes.

Los adolescentes parecen primar la comunicación y el diálogo en sus relaciones con la generación alterna, y aquellos del grupo que se relacionan en ámbitos familiares (los que viven en familias trigeneracionales) son los más exigentes. El perfil de adolescentes que más requisitos ponen a la hora de relacionarse con mayores corresponde a los que expresaban, mayoritariamente, menos carencias respecto de los adultos. Con ello puede tomar

cuerpo la hipótesis de que los adolescentes, generalmente, realizan cierta identificación global de adultos y personas mayores, a los que acusa, de alguna manera, de no comprenderlos como elemento más significativo. Esta menor frecuencia en las variables de exigencia, respecto a los mayores, puede deberse a la necesidad más sentida en los adolescentes de experimentar más diversos tipos de relación, primando la cantidad sobre la relación exhaustiva, y la capacidad de diálogo de los interlocutores sobre otras consideraciones.

5.3. Dar y recibir: ¿ En qué podrían ayudar los mayores a los adolescentes ?

Servir de guía por la experiencia, acompañarlos y cuidarlos, y ayudar económicamente y transmitir valores de responsabilidad son los aspectos más señalados por los adolescentes como elementos de ayuda a la generación alterna.

Las respuestas de los mayores, respecto a la misma pregunta, son similares, aunque la respuesta más genérica ("en todo") doble a la de los adolescentes, y se incrementa levemente acompañarlos o cuidarlos.

Mayores y adolescentes tienen una idea bastante aproximada de la ayuda que los primeros podrían prestar a los segundos, y con parecido nivel jerárquico de respuestas. Algunos estereotipos positivos sobre los mayores, la sabiduría y la serenidad, parecen asumidos por ambas generaciones como cualidades comunes a la mayoría de abuelos y personas mayores en general. La ayuda económica parte del hecho frecuente de que estos mismos mayores regalen cosas o den dinero a sus nietos, en una variedad de intercambio de bienes y servicios. Las mejores perspectivas económicas de estos mayores, y quizá el consumismo de las nuevas generaciones, son las razones más inmediatas de estos intercambios. La percepción de menor autonomía personal de la que realmente pueden tener estos adolescentes explica, en parte, este aumento de "compañía" y el más absoluto "en todo".

En efecto, las clases medias y altas de ambas generaciones, e ingresos del mismo tipo (aunque sin un predominio claro), abundan en los superiores porcentajes de respuestas. No se observan grandes diferencias por sexos, ni en un grupo ni en otro. Mayores solitarios o que viven en familias sin nietos, y adolescentes que viven en familias sin abuelos, en correspondencia, apuntan más cuestiones que el resto. "Ninguna ayuda" predomina en los dos grupos en el hábitat rural; en los mayores los valores extremos corresponden al hábitat urbano y rural, y en los adolescentes no se observan grandes diferencias. Por último, no parece influir en la respuesta el tener o no tener parentesco con personas de la generación alterna.

El nivel de coincidencia, por tanto, es común a personas con y sin relaciones de parentesco. Las imágenes positivas de los mayores traspasan las barreras familiares, aunque se relacionen con un nivel más elevado de estatus de ambos colectivos. Puede intuirse, por lo dicho, bastante comunidad de intereses interpersonales, que se basan en el rol de sabiduría y serenidad de los mayores principalmente.

5.4. Dar y recibir: ¿ En qué podrían ayudar los adolescentes a los mayores ?

Las 3/4 partes de los mayores consideran que la mejor ayuda de los adolescentes a los mayores es la compañía o los cuidados que pueden dispensarles. 1 de cada 5 piensa en los aspectos psíquicos, como la alegría o las ganas de vivir, y en menor medida en la actualización o el más genérico "en todo". Destacar, por su significatividad, ese 6% que considera que no pueden ayudarlos en ningún aspecto.

En esta dirección adolescentes-mayores, y a pesar de que los aspectos son similares, son menos importantes las vertientes de enseñanza de una generación a otra, primando los relativos a la compañía o los más asistenciales. Los mayores consideran que pueden ayudar en más aspectos a los adolescentes que éstos a

ellos, aunque no olvidan, en un tercio de los casos, las importantes aportaciones de las generaciones jóvenes (ponerlos al día, transmitirles alegría). Se infiere, por tanto, un deseo adaptativo de los mayores a las nuevas modas y modos sociales, y quizá ello pueda ayudar a romper el estereotipo de que la práctica totalidad de los mayores carecen de flexibilidad para acomodarse a los rápidos cambios sociales.

Los mayores índices corresponden a niveles altos y medios de instrucción y de ingresos, menos en la puesta al día o la actualización. Esta actividad, más la compañía y los aspectos psíquicos, corresponden a mujeres (los tres aspectos más votados); el resto, a los varones del grupo. Los varones solitarios, a su vez, son los que más rechazan la posibilidad de ayuda intergeneracional. Los mayores índices se alcanzan, asimismo, en hábitats urbanos e intermedios. A excepción de los que viven en residencia, los que viven en familias de tres generaciones subrayan más aspectos que el resto. Predominan las personas de clase media o baja, los subgrupos mayoritarios en el grupo generacional.

Los aspectos más importantes señalados como posibles ayudas de adolescentes a mayores son más apuntados por mujeres, por personas que viven en familias trigeracionales y por personas de elevado nivel de instrucción e ingresos, y de hábitats urbanos o intermedios. Aquellos que más rechazan la posibilidad de ayuda se definen por un perfil socioeconómico contrario.

Por ello, la cultura y el nivel económico, más que la clase social, parecen ser los factores asociados a una mayor consideración de ayuda por parte de los adolescentes a los mayores. A la vez, las actitudes de las mujeres mayores, y las personas de medianos y grandes núcleos de población parecen ser las más abiertas a esta aportación de los jóvenes.

La falta de formación de los mayores, y más si se asocia a bajos ingresos, como se ve, parece convertirse una y otra vez en uno

de los obstáculos más importantes para la relación intergeneracional, aunque la rápida urbanización parece haber actuado favoreciendo actitudes más abiertas hacia la ayuda. Ante este desigual nivel formativo entre ambas generaciones, las mujeres mayores adoptan actitudes más abiertas que sus coetáneos varones; ello se debe, posiblemente, a su más frecuente contacto con la generación alterna.

Hay que subrayar, por fin, que la realidad convivencial entre ambas generaciones actúa de nuevo a favor de una mayor consideración de la ayuda que pueden prestar los jóvenes adolescentes a estas personas mayores.

Los adolescentes, preguntados por la ayuda que ellos mismos pueden prestar a los mayores, prácticamente contestan en el mismo orden y en los mismos aspectos que los mayores, aunque su porcentaje global de respuestas es algo mayor que en el caso de los mayores. Esta mayor frecuencia se debe, sobre todo, a la acentuación de los aspectos psíquicos de la ayuda (alegría, ganas de vivir) y, en bastante mayor medida, a su superior consideración de ponerlos al día y actualizarlos. También, aunque de manera no tan significativa, aumentan los valores relacionados con el desarrollo de diversas actividades de carácter público.

Los adolescentes reflejan, en las ayudas que pueden prestar a los mayores, estereotipos positivos de su propia generación, al igual que hicieron los mayores respecto a las ayudas que ellos pueden prestar a los adolescentes. Estos estereotipos positivos son compartidos por los mayores, aunque consideren en menor medida que los adolescentes que estos últimos sean "agentes de modernización" y puesta al día para la generación de personas mayores.

Las mujeres adolescentes parecen ser las que consideran que pueden ayudar en más aspectos a las personas mayores, en aquellos aspectos más subrayados. Apuntar, en ese sentido, que son varones los que más rechazan esa posibilidad, y mujeres las que

consideran que pueden ayudar en todos los aspectos. También los de altos ingresos y clase socioprofesional, y de hábitat urbano o intermedio, de familias trigeneracionales, apuntan en mayor medida la mayoría de los aspectos.

También el estatus socioeconómico de estos adolescentes se relaciona con una actitud más "generosa" como dadores de ayuda, tal como sucedía con los receptores de ella. Convivir vuelve a ser un factor clave, en esta ocasión en la actitud de ambas generaciones para dar y recibir ayuda. La necesidad de este apoyo parece sentirse con más fuerza, en ambos casos, en las ciudades. Los niveles de bienestar, pues, y la relación cotidiana, parecen ser los factores que más favorecen estas actitudes. Se ha puesto de relieve, también, que existe un común sentimiento de intercambio de compañía, complementado con los aspectos más puramente psíquicos de estos adolescentes (alegría, ganas de vivir: energía en suma) y el deseo de actualización y de puesta al día, de modernización en suma.

6. GENERACIONES: VALORES, INSTITUCIONES Y GRUPOS SOCIALES

6.1. Índices de preocupación

A más de 9 de cada 10 mayores les preocupa mucho o bastante, por este orden, el hambre, el terrorismo, el paro, las drogas y las guerras y un poco menos sus relaciones familiares. A 8 de cada 10, su salud o apariencia física. A 6 de cada 10, los problemas ecológicos o el dinero, y a 4 y 3 de cada 10, respectivamente, el problema de algún amigo o la integración europea.

Los índices de preocupación de los adolescentes no difieren en exceso, aunque obtenemos diferentes matices:

- Los problemas ecológicos preocupan un 15% más a los adolescentes que a los mayores.
- El problema de algún amigo preocupa un 25% más a los adolescentes que a los mayores, y es donde se observa la diferencia más notable.
- Los mayores están más preocupados, alrededor de un 10%, por el problema del paro.

Observamos un grado de preocupación considerable por aspectos post-materialistas en ambos colectivos, y con parecido orden en sus valoraciones. La comprensión de los problemas sociales parece comparable, si exceptuamos los problemas de amigos, que lógicamente obtiene mayores índices en colectivos con mayor grado de relación social. Las perspectivas formativas más que laborales de estos adolescentes parecen estar en la raíz de esta diferente valoración del problema del paro. La militancia en el ecologismo, nominal o real, parece ser una constante de las nuevas generaciones, en mayor medida que para generaciones posteriores; esta mayor preocupación ha ido ligada, en los últimos años, a un

descenso del asociacionismo y de la militancia en movimientos reivindicativos, por lo que debe de ser tomada con cierta relatividad (MINISTERIO DE ASUNTOS SOCIALES, 1991). En nuestra misma encuesta este bajo nivel de asociacionismo es también patente.

Los de más bajo nivel instructivo, en el grupo de mayores, son los más preocupados por un mayor número de cuestiones, menos las dos menos votadas, la integración europea y los problemas de medio ambiente. Amas de casa, personas de clase alta, y de altos ingresos son los subgrupos más preocupados por la mayoría de los problemas. Las mujeres, en este aspecto, también muestran mayor grado de preocupación, y son en casi todos los casos personas viudas y casadas. Personas que residen en hábitats intermedios y urbanos, y que viven en familias de tres generaciones apuntan en mayor medida que el resto su grado de preocupación.

Por tanto, la clase social y los ingresos, que pueden estar referidos, como ya hemos dicho, a personas con pocas oportunidades de formación pero que se sitúan en escalas socioeconómicas altas, y mujeres en mayor medida que hombres, son las subcategorías de personas mayores más preocupadas por los diversos problemas sociales planteados. A ello va unido, como en casos anteriores, un tipo de residencia familiar y con preferencia trigeneracional, de hábitat urbano y semiurbano. La cohesión familiar es un importante elemento de conciencia colectiva y de preocupación post-materialista, y ayuda a consolidar la idea de que las personas mayores, como colectivo, no se inhiere de los problemas sociales.

La clase social se invierte en el colectivo de adolescentes: los de clase baja e ingresos medios se muestran más preocupados por más aspectos. Menos el dinero, otra vez, el resto de cuestiones preocupa más a las mujeres, y a adolescentes que viven con abuelos. Al igual que en el caso de los mayores, son personas de hábitats urbanos e intermedios.

Vivir en familias con tres generaciones también parece ir asociado a un más alto grado de preocupación, lo que puede significar que se tiene la oportunidad de recibir más información del mundo exterior, y de confrontar más críticas con miembros de la unidad familiar.

Hay que señalar, por último, el elevado nivel de coincidencias tanto en el orden de las problemáticas expresadas como en las diferentes variables. Un mundo cada vez más compartido e informado, con independencia de la edad de los sujetos, puede ser la causa de ello.

6.2. Evaluación de grupos sociales

La media de rechazo a diferentes grupos sociales es significativamente superior en personas mayores, respecto a los adolescentes. Todos los grupos sociales son más rechazados por mayores que por adolescentes. Drogadictos, enfermos de SIDA, homosexuales y lesbianas, y jóvenes vestidos llamativamente son los grupos más rechazados por los mayores, por ese orden, con valores que oscilan desde el 80% hasta poco más del 50%. Únicamente sobrepasa el 50% de rechazo (concretamente un 70%), en la generación de adolescentes, el colectivo de drogadictos.

Las primeras posiciones del ránking de los mayores, en cuanto a rechazo, provienen seguramente de la identificación global como drogadictos de los distintos grupos sociales: personas de otras razas, ex-presidarios y homosexuales. Los adolescentes, previsiblemente mejor informados, segmentan claramente su opinión sobre los diferentes grupos sociales.

Llama la atención, en el grupo de mayores, ese rechazo superior al 50% de jóvenes vestidos llamativamente: es donde existe más diferencial entre la valoración de una y otra generación. Inconscientemente ligado a falta de civismo, a veces, otras a drogas, los mayores expresan así, su creencia de que el aspecto, muchas veces, es el reflejo fidedigno de una manera de ser. Con

ser el aspecto menos importante de los jóvenes adolescentes, como se comentó en el apartado 5.2, la forma de vestirse de los interlocutores (más que el aspecto físico) parece ser un prejuicio importante en el colectivo de personas mayores. Tal como se apuntaba en el marco teórico, los modelos, y las modas, se suceden a un ritmo vertiginoso en nuestros días, y los mayores, con toda seguridad, no son ni sujetos de estos cambios en el vestir ni asimilan los cambios en las indumentarias, al menos a la velocidad de los jóvenes. En nuestro trabajo de campo se puso de manifiesto un sentimiento parecido por parte de nuestros mayores: a un entrevistado de unos 70 años, por ejemplo, que admitía y admitió los cabellos largos en los varones, no se le pasaba por la cabeza, bajo ningún concepto, trasegar con los pendientes en los lóbulos de varones ni con la coleta de éstos. Tanto el pendiente como la coleta eran interpretados como una falta de identidad sexual y de seriedad de los interlocutores. Algunos adolescentes, también en nuestro trabajo de campo, se quejaban, con cierta sorna, de que algunos mayores les increpaban por la calle por vestir ciertas indumentarias poco comunes. En esta falta de comprensión de las modas pasajeras, más que en problemas de fondo, pueden esconderse a veces, desgraciadamente, barreras para la comunicación entre generaciones alternas.

Queremos apuntar también ese alto grado de rechazo, en 4 de cada 10 casos, de los adolescentes respecto a homosexuales y lesbianas. Parece indicar un cierto retorno a posiciones conservadoras en las relaciones sexuales, ligado en un principio por los medios de comunicación a la terrible irrupción del SIDA. Puede argumentarse esta hipótesis si tenemos en cuenta su bajo índice de rechazo a las madres solteras o separadas, alrededor del 8%, y la última del listado. No olvidemos, en este sentido, que uno de los grupos de mayor riesgo para contraer el virus de inmunodeficiencia, actualmente, es el de jóvenes adolescentes.

En cuanto a las personas mayores, la clase social no discrimina claramente el grado de rechazo, y sólo levemente el nivel de

estudios (mayor en los de menos instrucción) y el sexo (en 6 de los 10 grupos es superior en las mujeres). Solteros, solitarios y personas sin nietos, obviamente, rechazan con mayor rotundidad un número mayor de instituciones. En todos los casos, también, el rechazo es mayor en hábitats urbanos o semiurbanos.

El mayor nivel de tolerancia, por tanto, parece situarse en el hábitat rural, en contra de lo que es común creer, y se relaciona inversamente con situaciones de soledad y, en menor medida, con bajo nivel de estudios y con el sexo femenino. Vivir en familia, por tanto, parece correlacionarse con un nivel superior de tolerancia hacia los diversos grupos sociales.

En el grupo de adolescentes, las personas de clase baja sí que parecen predominar en mayor medida en cuanto a opiniones discriminatorias. No se observa, sin embargo, una determinante correlación en el caso de los ingresos, pero sí, y contundentemente, en el caso de las mujeres. El rechazo es mayor en aquellas personas que viven sin abuelos. En el tamaño de hábitat, aunque con menor claridad, una segmentación a favor de hábitats intermedios y rurales, aunque los 3 primeros grupos en grado de rechazo lo son más cuando decrece el número de habitantes.

En primer lugar, el grado de rechazo, como ya se ha dicho, es menor en los adolescentes que en los mayores, pero éstos últimos ofrecen más delimitación de rechazos específicos por características socioeconómicas. El comportamiento de los adolescentes es más homogéneo, con la salvedad, importante, de un mayor grado de rechazo en las jóvenes mujeres en casi todos los grupos sociales. Se percibe, además un importante desplazamiento territorial del rechazo más urbano de los mayores al rechazo más propio de zonas rurales e intermedias de los adolescentes. Esta variable territorial, más que el sexo, puede explicar esta peor evaluación de las mujeres adolescentes respecto a sus coetáneos varones. Si ello es cierto, estaríamos asistiendo a un fenómeno ciertamente curioso: un mayor

conservadurismo rural, joven y femenino, frente a un más matizado conservadurismo, también femenino pero más urbano y correspondiente a personas mayores. La familia, y la familia trigeneracional en mayor medida, juega a favor de una mayor tolerancia respecto a los diversos grupos sociales. La soledad de los mayores, por contra, parece alimentar la desconfianza y el temor hacia un mayor número de grupos. Es posible pensar, por ello, que la discriminación, y los prejuicios en general, pueden suavizarse, en ambas generaciones, cuando fluye el intercambio de ideas, pasadas y actuales, y la interacción entre personas con diferentes vivencias y edades.

3.3. Evaluación de instituciones

El nivel de confianza de las personas mayores en diversas instituciones puede resumirse así:

- 9 de cada 10 confía mucho o bastante en la familia
- 7 de cada 10, en la Iglesia
- 6 de cada 10, en la Sanidad Pública y la Policía
- La mitad aproximadamente de los encuestados, en el Sistema de Enseñanza, los ayuntamientos, las Fuerzas Armadas y el Servicio Militar.
- Porcentajes parecidos de confianza y desconfianza en el sistema de Leyes y Justicia, y la Prensa.
- Las instituciones donde predomina el rechazo son los partidos políticos y los sindicatos, más en las primeras que en las últimas.

El perfil de la persona que mejor evalúa estas instituciones corresponde a sujetos sin estudios o estudios primarios, amas de casa y clases bajas, mujeres más que hombres (menos Prensa,

Sindicatos y Servicio Militar) y personas sin pareja, solitarias o viudas. También se observa un ligero predominio de aquellas personas sin nietos, aunque Enseñanza, Familia y Sanidad son más valoradas por aquellas personas que tienen nietos, y en mayor medida por aquellas que conviven con ellos en familias de tres generaciones. Las personas de hábitats rurales, en 10 de los 12 casos, e intermedios, en los 2 restantes, muestran asimismo mayores índices de confianza. El nivel de confianza está en función inversa al tamaño de población, los ingresos, el nivel de instrucción y de clase social.

Los mayores españoles, y en especial las mujeres, se muestran altamente satisfechos de las principales instituciones públicas y de la familia. Su grado de confianza aumenta considerablemente en aquellas instituciones más inmediatas y presumiblemente cercanas, como la Familia, la Policía o la Iglesia y el sistema sanitario. Esta confianza decae sustancialmente en aquellas instituciones que más han evolucionado desde la implantación de la democracia, como los sindicatos y los partidos políticos, y en menor medida en las leyes y la prensa. Existe una clara división de opiniones en cuanto a las Fuerzas Armadas, el sistema de enseñanza, los ayuntamientos o el servicio militar.

Dejando de lado las posiciones políticas, que no parecen corresponderse con estas valoraciones, un cierto "sunamitismo" (aversión a las novedades) puede ser una de las causas de este comportamiento conservador en cuanto a las instituciones. Una cierta resistencia a nuevas instituciones, mayor generalmente en ámbitos rurales y en mujeres, es posiblemente otra de las razones. Los de más bajos ingresos, y a continuación los de ingresos medios son los colectivos que muestran más confianza en mayor número de instituciones. Este mejor nivel relativo de bienestar también puede jugar, y de hecho lo hace, un rol conservador respecto a las instituciones menos "percederas". La muy alta valoración de la Sanidad se deberá, posiblemente, a la universalización de estos servicios y accesibilidad de los mayores a los mismos en los últimos 15 años puesto que, como es

sabido, conforme crece la edad de las cohortes aumenta la utilización de estos servicios sanitarios.

En cuanto a los adolescentes, la familia, la primera más valorada, sobrepasa el 90% de mucha o bastante confianza. A continuación se sitúa, ya con un 50%, la Sanidad Pública. En el Sistema de Enseñanza y la Policía también predomina, en menor medida, mucha o bastante confianza, y a continuación el ayuntamiento del pueblo o ciudad. En cuanto a la Iglesia y las Fuerzas Armadas hay bastante disparidad de opiniones. Predomina el rechazo (poca o ninguna confianza), de mayor a menor, en los partidos políticos, el servicio militar y los sindicatos, la prensa y el sistema de leyes. En casi todas las instituciones la confianza es menor en los adolescentes que en las personas mayores.

El nivel de confianza en las instituciones es considerablemente menor en los adolescentes que en las personas mayores, si exceptuamos la familia. Además, entre la valoración de ésta y el resto de instituciones la distancia es mucho mayor que en el caso de los mayores. Este análisis nos puede llevar a pensar en un colectivo de adolescentes fuertemente arraigado en el círculo reducido de la familia, desconfiado de la vida pública o, en todo caso, desconocedor de estas instituciones. La inhibición, o el predominio de la mirada introspectiva, puede ser otra de las causas de este bajo nivel de valoración.

Los adolescentes de clase baja e ingresos medios, que son los mayoritarios, valoran un número más grande de instituciones que el resto, así como mujeres, personas de hábitat rural y jóvenes con abuelos. En cuanto a los adolescentes que viven en familias de tres generaciones se observa un cierto nivel de "ósmosis cultural" entre éstos y sus abuelos, pues valoran más que el resto instituciones tales como la Iglesia, el Sistema de Enseñanza, la Familia, la Prensa y el Ayuntamiento. También, los adolescentes con abuelos puntúan más alto que los que no tienen la mayoría de instituciones, lo que ocurre al contrario en el

caso de los mayores, con la excepción de la Familia, el Sistema de Enseñanza y la Sanidad.

El altísimo nivel de confianza de la familia, entre ambas generaciones, parece incontestable. Se observa una mayor diversificación, y mayor grado de confianza en el resto de instituciones, en el grupo de mayores, y una mayor concentración de los adolescentes en la institución familiar. De todas maneras, el papel secundario del resto de instituciones se pone de manifiesto si tenemos en cuenta, en el caso de los mayores, que sólo en el caso de no contar con descendientes y/o familia depositan su confianza en mayor número de instituciones no familiares. Mujeres de ambos grupos parecen depositar mayor confianza en más elevado número de instituciones, y éstas son en mayor proporción instituciones básicas. Esta confianza es mayor en hábitats rurales, lo que alimenta la hipótesis de una mayor vertebración social, de ambas generaciones, en ámbitos de pequeñas dimensiones. Adolescentes de ingresos medios y bajos, y mayores de ingresos bajos y escasa instrucción, lo que parece corresponder al perfil de personas de ambas generaciones mayoritarias y con más posibilidades de compartir hogar, poseen, en caso de vivir juntos, una cierta comunidad de pensamiento basada en similar valoración de algunas instituciones.

7. BASES MATERIALES PARA LA RELACION: LAS COSAS QUE HACEN Y LAS QUE PODRIAN HACER

7.1. Actividades de ocio de cada generación

En cuanto a las personas mayores, destaca ese 65% cuya actividad de tiempo libre es ver la televisión o el vídeo en casa, y escuchar la radio. Además, 4 de cada 10 dedica su tiempo libre a charlar con los amigos. La quinta parte de los encuestados lee libros o prensa, practica ocios tradicionales o pasea con amigos, y en menor medida viaja o se va de excursión. 1 de cada 10 asiste normalmente a centros específicos de personas mayores o no se dedica a nada en concreto.

Los adolescentes señalan ver la televisión o escuchar la radio como actividad más usual, aunque con un porcentaje menor que en el caso de las personas mayores. 4 de cada 10 escucha música o sale con amigos y 3 de cada 10 practica deportes propios de la juventud, como baloncesto, fútbol u otros; 2 de cada 10 lee libros o prensa y sale de coqueo o de bares con los amigos. Sobre un 15% frecuenta bailes y discotecas y 1 de cada 10 practica deportes más reposados o más susceptibles de ser compartidos por generaciones de mayor edad, como natación, tenis u otros.

Tanto mayores como adolescentes, pues, se muestran muy caseros en sus aficiones de tiempo libre, y ciertamente aficionados a la charla amigable, y a pasear o salir con conocidos y amigos. El predominio de estas dos actividades subraya el carácter a la vez familiar y extrovertido de nuestros jóvenes y mayores españoles, lo que casi con toda seguridad puede hacerse extensivo a la globalidad de la sociedad española.

En ambas generaciones predominan las actividades domésticas, lo que parece confirmar que ese proceso de privatización, en otros aspectos, ha traspasado los conceptos de ocio y tiempo libre de

ambas generaciones. Tiene un importante peso en las actividades de ambas generaciones, sin embargo, actividades sociales desarrolladas en ámbitos públicos, en la línea de la existencia de una cierta cultura ampliamente comunicativa en los dos grupos de edad. Más que en el ejercicio casi siempre pasivo de ver la televisión o el vídeo en casa, la afición por la conversación y el paseo, y las salidas en grupo, pueden ser las bases de una interacción, posible o real, de adolescentes y mayores.

Se confirma que el nivel de lectura no es elevado en nuestros mayores, pero sorprende que este porcentaje sea superior al de los adolescentes, si descontamos los libros propios de los estudios que cursan en su mayoría.

El asociacionismo juvenil es ciertamente bajo, si exceptuamos la práctica de deportes, muchas veces informal. El modelo adonisíaco de la sociedad, así como el culto al cuerpo, o la búsqueda de modelos más sanos de vida, son posiblemente las principales causas de esta alta participación en deportes de todo tipo, aunque predomine cierto tipo de ellos más que otros. El equivalente activo, en el grupo de mayores, a la práctica de deportes, parecen ser las excursiones y las salidas al campo, ciertamente asequibles para un número creciente y elevado de personas; la asistencia a centros de mayores también podría ser un nuevo e importante tipo de asociacionismo de personas mayores. En estos centros, además de fomentarse las relaciones personales y sociales, suelen practicarse ocios diferentes, tales como juegos de mesa, petanca y otros más pasivos. Esta diferente especialización asociativa de personas mayores y adolescentes puede ser un obstáculo para la interacción intergeneracional. Caben, sin embargo, medidas correctivas que en algunos lugares ya se han puesto en marcha: la eliminación de muchos de los compartimentos estancos tanto en centros de mayores como de jóvenes, y el uso de espacios y actividades comunes hasta donde sea posible.

Con algunas excepciones, se da un alto grado de paralelismo entre clase social, ingresos y actividades que realizan. Por tanto, clases medias y altas de ambos colectivos, y mayores con buen nivel instructivo son los que obtienen mayores índices de respuesta.

El nivel de estatus y de bienestar objetivo determinan una diferente frecuencia de actividades de ocio, a favor de los de clase social, ingresos y niveles instructivos superiores, lo que puede convertirse, en la práctica, en una dificultad adicional a la hora de la interacción entre ambas generaciones.

La mayoría de las actividades de la esfera pública, en los mayores, son desarrolladas por varones, y ocurre al revés en las privadas, exceptuando las excursiones. En el grupo de adolescentes la tendencia es exactamente la contraria, con la salvedad de los deportes de juventud.

Existe, al parecer, un alto nivel de especialización sexual en las actividades de tiempo libre de nuestros mayores. Las mujeres adolescentes se muestran más activas que sus coetáneos varones, seguramente porque han alcanzado unas mayores cotas de igualdad en las actividades públicas y siguen detentando una mayor actividad en la esfera doméstica.

El tipo de convivencia trigeracional matiza ligeramente el predominio de actividades de ámbitos domésticos, en ambos colectivos.

En el hogar de familias de tres generaciones es donde parecen darse más actividades coincidentes entre adolescentes y personas mayores. Los datos parecen confirmar la preponderancia de las relaciones hogareñas, y por extensión con parentesco, entre mayores y jóvenes adolescentes. Las actitudes de ambos colectivos a la hora de realizar actividades extramuros son, como se verá más adelante, bastante diferentes.

Una cierta especialización por hábitat, perfectamente comparable en ambos grupos, y un predominio general, aunque ligero, de actividades en hábitats urbanos es otra de las tendencias detectadas.

Las actividades de ocio de ambas generaciones no parecen guardar un paralelismo intergeneracional dependiendo del hábitat. El acceso a los servicios y a las diferentes actividades parece haberse generalizado como fruto de la modernización del país.

7.2. Actividades que realizan conjuntamente ambas generaciones

Las actividades de ocio más compartidas por los mayores con los adolescentes son ver la televisión en casa (1 de cada 4) y, a bastante distancia, la charla amigable, viajar o hacer excursiones o pasear. Otras actividades compartidas, en menor medida, juegos de mesa y ocios tradicionales. La quinta parte responde "nada en concreto" o "ninguna actividad", lo que parece coincidir con el porcentaje de solitarios de la muestra.

En cuanto a las actividades de adolescentes con mayores, destaca, con un 40%, ver la televisión. Un 20% realiza excursiones o nada en concreto. Un porcentaje menor, del 10%, charla amigable y escuchar música. Un porcentaje sensiblemente menor (un 4%), similar al de los mayores, juegos de mesa y leer libros o prensa. La décima parte no realiza ninguna actividad.

Este diferencial de actividades a favor de los adolescentes en cuanto a la actividad más votada, y su inferior porcentaje de respuesta en cuanto a "ninguna actividad", se deben sin duda alguna a la existencia de solitarios en el grupo de mayores, y al predominio de las actividades domésticas y parentales entre mayores y jóvenes adolescentes.

Destacamos, en primer lugar, un bajo índice de actividades compartidas entre ambas generaciones. La regla general supone un mayor índice de actividades en adolescentes que en mayores.

La más frecuente se circunscribe al ámbito doméstico, y a continuación, aunque con matices dependiendo del grupo de edad, la conversación.

Las dos actividades más compartidas entre las dos generaciones ocupan posiciones elevadas en el ránking por separado de actividades específicas de cada generación, y éstas son predominante privadas y, consecuentemente, con una alta probabilidad de que se realice entre adolescentes y personas mayores emparentadas. Estos parientes, además, comparten previsiblemente el hogar familiar, en primer lugar, o viven muy cerca el uno del otro.

La edad de los más jóvenes, y su inserción en hogares familiares de dos o tres generaciones, hace más altamente probable, por ello, la existencia de interacciones que en la generación de mayores. En este grupo, la existencia de solitarios, familias sin nietos y otras personas, supone un obstáculo serio a la puesta en marcha de relaciones intergeneracionales, toda vez que la mayoría de éstas se relacionan en ámbitos domésticos y de parentesco.

Se constata, en efecto, un leve aumento de actividad cuando crece el nivel de ingresos y la clase social de ambas generaciones, y una disminución en relación a los bajos niveles de instrucción de los entrevistados mayores, menos en ver la televisión, pasear o nada en concreto. Se da, por tanto, una especialización en función de las variables socioeconómicas. Las personas de clase baja, así, son las que en más proporción contestan que no realizan ninguna actividad conjunta, en ambas generaciones.

Ver la televisión, la actividad más compartida, lo es por personas de ambas generaciones de ingresos bajos, al igual que no realizar ninguna actividad conjunta. Al contrario que en las actividades de ocio propias de cada generación, en las compartidas se sigue un esquema más claramente segmentado por sexos en ambas generaciones: las mujeres de ambos grupos

manifiestan más altos índices de actividades compartidas, menos en deportes y juegos de mesa; los hombres de ambos grupos son los que muestran más inconcreción ("nada en concreto") y los varones adolescentes y mujeres mayores son las que más contestan "ninguna actividad".

Las mujeres mayores, tal como se ha apuntado en otros epígrafes, parece tener una doble característica en su relación con la generación de adolescentes:

. Al ser las que más comparten su hogar con adolescentes, tienen una más alta probabilidad de realizar un mayor número de actividades, sobre todo domésticas.

. Con ser en mayor porcentaje solitarias, tienen también la más alta probabilidad de no realizar ninguna actividad, toda vez que estas actividades sin parentesco se desarrollan, sobre todo, en el ámbito público.

En el hábitat urbano e intermedio parecen desarrollarse en mayor medida casi todas las actividades, y casi siempre se da con mayor frecuencia en familias de tres generaciones o, en su caso, en personas que tienen abuelos o nietos.

El estatus socioeconómico de los entrevistados determina por regla general, cuando es más elevado, una mayor interacción intergeneracional. Mujeres urbanas y semiurbanas alcanzan más frecuencias relativas de actividades realizadas conjuntamente, aunque con cierta tendencia a desarrollar las más domésticas. Estas actividades se desarrollan con más asiduidad en familias de tres generaciones que en el resto, con excepciones debidas a las que realizan mayores y adolescentes emparentados y que viven cerca. El parentesco entre los entrevistados y el sexo de los mismos origina una dualización de actividades diferentes, que son generalmente mayores en hábitats intermedios y urbanos. Debemos destacar, por último, que las mujeres mayores, al ser más frecuentemente solitarias o convivir en familias de tres

generaciones, ocupan también los lugares más extremos en cuanto a actividades compartidas: mayores índices cuando más posibilidades tienen, y ausencia mayor de actividades cuando no tienen parentesco con la generación de adolescentes. Parece confirmarse, con matices, el mayor riesgo de soledad, también relacional, de un grupo importante de mujeres mayores. Destacar, por último, que la percepción de bajos ingresos, en ambas generaciones, parece cercenar la posibilidad de realización de actividades extradomésticas compartidas, y en mucha mayor medida si no media parentesco entre los actores.

7.3. ¿ Qué actividades serían apropiadas para compartir ?

Como era de esperar, ver la televisión es la primera actividad compartible entre ambas generaciones, en las dos submuestras; a continuación, en ambos casos, viajar o excursiones, seguida de la charla con amigos. Salir con amigos, con un 14%, ocupa el cuarto lugar en los mayores, y los juegos de mesa, con cerca de un 10%, el mismo lugar en los adolescentes.

Por orden descendente, encontramos en los mayores "nada en concreto", juegos de mesa, ir al cine o asistir a charlas. Los adolescentes señalan, también en orden de mayor a menor importancia, ir al cine, escuchar música, nada en concreto y asistir a charlas o conferencias.

Mayores y adolescentes coinciden en señalar las actividades más importantes como las más apropiadas para compartir, muy cerca de la relación de actividades que realmente comparten, y sustancialmente diferentes de las que realizan por separado. La actividad más frecuente vuelve a ser ver la televisión, la actividad doméstica por excelencia, generalmente poco favorecedora de la interacción. Sin embargo, además de anotar el alto nivel de similitud entre las propuestas de ambas generaciones, la conversación amigable adquiere valores de alrededor del 30% para ambas generaciones, lo que puede suponer un deseo real de comunicación. Los viajes o excursiones también

suponen un marco de diálogo apreciable, apoyados por alrededor del 20% de los encuestados de ambos grupos. Creemos que estas actividades pueden ser un buen momento de partida para una mayor interacción entre ambas generaciones. La clave, como ya se ha dicho, parece estar en el carácter extrovertido de ambas cohortes, y en la buena predisposición que dicen tener.

En actividades de la esfera pública, por regla general, superior clase social y mayores recursos económicos se corresponden con mayores índices de respuesta. Las mujeres mayores y adolescentes obtienen generalmente mayores porcentajes que los varones. En hábitats superiores parece darse una mayor frecuencia de actividades, y en el hábitat rural es donde se observa un mayor grado de indefinición ("nada en concreto"). Mientras en el grupo de adolescentes no se observa una correlación clara entre si tienen o no abuelos en las actividades más importantes, en el grupo de mayores se observa una cierta preponderancia de las personas con nietos; sin embargo, pasear y asistir a charlas son más frecuentes en mayores sin nietos. Personas mayores sin pareja y en tipos de familia casi nunca de tres generaciones apuntan más que el resto la mayoría de actividades.

Se observa por regla general una mejor predisposición de las mujeres de ambos grupos, quizás porque sus procesos de socialización hagan más hincapié en los aspectos de la colaboración social. El nivel de bienestar actual también condiciona los índices de respuesta, correspondiéndose casi siempre una respuesta más positiva conforme crece el estatus socioeconómico. Aunque de las actitudes de los adolescentes no se deduce claramente un esquema que iguale parentesco a relación compartible, en el caso de los mayores observamos un comportamiento opuesto: la soledad, o el vivir en familia con nietos, condiciona una mayor pronunciación de actividades conjuntas, lo que puede ser expresado ciertamente como un deseo de relación intergeneracional en el primero de los casos.

7.4. Listado de actividades para compartir

Los mayores creen que se podría compartir:

- En 7 de cada 10, por este orden, ir al cine y charlar en un sitio público.
- Un 65%, asistir a espectáculos deportivos y salir de excursión.
- En 6 de cada 10 casos, jugar a dominó o a cartas, al ajedrez, asistir a charlas o conferencias o a un concierto.
- En la mitad de los casos, aproximadamente, jugar a petanca y ensayar obras de teatro o cantar en una coral y asistir a centros o casales cívicos. Por último, con un 40%, practicar algún deporte.

Ir al cine es el valor más alto, y practicar deportes el más bajo.

Los adolescentes, en este sentido, arrojan unos porcentajes sensiblemente diferentes:

- En un 90%, jugar al dominó o a las cartas, y un 80% jugar a ajedrez.
- En un 70%, charlar en un sitio público, jugar a petanca, asistir a charlas y a centros cívicos.
- En 6 de cada 10 casos, asistir a espectáculos deportivos.
- Alrededor de un 50%, salir de excursión, ensayar obras de teatro e ir al cine.

- Obtienen valores claramente negativos el practicar deportes y asistir a un concierto.

Como vemos, se dan grandes diferencias de opinión entre ambos colectivos. Y como también es evidente, los valores alcanzados tienen poco en común con las actividades que realmente realizan conjuntamente. Son similares los porcentajes de charlar en un sitio público, ensayar obras de teatro y asistir a espectáculos deportivos. Las actividades anteriores, por tanto, son confluyentes en ambas generaciones. A favor de los adolescentes se encuentran las actividades siguientes: jugar a ajedrez, al dominó o las cartas, petanca, asistir a charlas y a centros cívicos (5 en total). A favor de los mayores, pues, sólo encontramos ir de excursión, asistir a un concierto, practicar deportes e ir al cine (4 en total). La diferencia global es leve, pues, a favor de los adolescentes.

La mayor diferencia, a favor de los adolescentes, se observa en jugar a ajedrez y a petanca, mientras en los mayores la actividad con más diferencia a su favor es ir al cine y asistir a un concierto. Quizá en esta última actividad, y es posible que en la práctica deportiva, ambos colectivos han entendido actividades no idénticas: el lenguaje es un elemento diferencial y diferenciador entre ambas generaciones.

Se percibe una aparente segmentación de actividades por grupo de edad, aunque no llega en la mayoría de los casos a rechazar la posibilidad de realizarse conjuntamente. Como tendencia común de ambos colectivos, por regla general se apoyan más las actividades que se suponen más propias del colectivo opuesto, aunque ello parece bastante más evidente en los adolescentes (dominó, petanca, charlas y asistir a centros sociales) que en los mayores. Ambos colectivos parecen estar más cerrados, sin embargo, respecto a actividades más comúnmente aceptadas como exclusivas de cada generación: petanca y asistir a centros, en el caso de los mayores, y asistir a conciertos o ir al cine, en el caso de los adolescentes. Practicar deportes parece ser la

actividad más comúnmente rechazada por ambos colectivos como presumiblemente compatible, y es la que adquiere valores inferiores en ambos colectivos.

Puede deducirse, por ello, una actitud general bastante positiva e integradora de mayores y adolescentes españoles en relación a las actividades que se podrían desarrollar conjuntamente. No obstante, parecen existir ciertos "cotos" generacionales, así como actividades comúnmente aceptadas y rechazadas por ambos colectivos.

En el grupo de mayores, se observa una clara polarización de actividades por sexo, con leve ventaja de los varones. La ventaja de los varones se debe seguramente a que en el listado propuesto predominan las actividades de carácter público. Esta polarización también es observada en cuanto a los ingresos, con 6 actividades para el segmento más alto y 6 para el más bajo. Lo mismo puede decirse del hábitat, con 6 para el rural y 6 para el urbano. El índice de respuesta aumenta casi siempre con el nivel de estudios. Las clases medias predominan en mayor número de actividades. Las personas casadas, con nietos preferentemente, también apuntan en mayor medida que el resto mayor número de actividades. Sin embargo, dentro de estas personas con nietos, los que no viven con ellos o viven en residencias manifiestan una mayor idoneidad en un número más elevado de ítems.

El listado de actividades propuestas refleja claras segmentaciones por hábitat, nivel de ingresos, clase social y tipo de residencia. El factor clave, sin embargo, parece ser el nivel de estudio de los encuestados, lo que discrimina claramente respecto a los de mayores niveles de instrucción. Este parece ser el obstáculo mayor, y es de tipo estructural, pero relativo si tenemos en cuenta el alto índice de respuestas favorables.

Refiriéndonos a los adolescentes, también los de clases medias y altas, los de mayores ingresos, mujeres en la mayoría de las actividades y de hábitat urbano e intermedio, muestran superiores

índices de respuestas afirmativas respecto a que las actividades propuestas son apropiadas para compartir. No se da una orientación clara respecto al tipo de convivencia, pues la mitad de las actividades corresponden a adolescentes que viven en familias de tres generaciones, y el resto a familias de dos generaciones. Hay una leve ventaja, también, de aquellos que tienen abuelos (7 actividades) frente a los que no tienen abuelos (5 actividades).

Las mujeres adolescentes parecen disponer de mejor actitud para la realización de actividades intergeneracionales. Como en casos anteriores, el estatus socioeconómico más elevado parece favorecer esta predisposición, así como vivir en hábitats urbanos y semiurbanos. No parece ser determinante, en este caso, ni la existencia ni la convivencia con personas de la generación alterna.

Las clases medias y altas de ambas generaciones, los de ingresos bajos y altos en los mayores y altos y medios en los adolescentes parecen ser las personas más abiertas a la posibilidad de realizar un mayor número de actividades conjuntamente. Con predominio de las mujeres en los adolescentes, y en menor medida de los varones en los mayores, el esquema parece responder a una mayor división sexual del espacio y el ocio de nuestros mayores y actitudes más aperturistas y generosas de las mujeres adolescentes frente al mayor individualismo de los varones de su edad. En los mayores, estas actitudes de cara a compartir actividades de personas que viven en familias sin nietos, solitarios o en residencias, pueden obedecer al deseo, profundo, de combatir la soledad venciendo incluso los propios estereotipos negativos respecto a las jóvenes generaciones. En los adolescentes, con mayores posibilidades globales de relación, en cambio, parece que el contacto (y en mayor medida, el vivir con ellos) ha ayudado a vencer estos estereotipos, aunque no se sitúen a gran distancia de los que viven en familias nucleares. Se da un gran nivel de coincidencia de actividades por hábitat urbano (charlar en un sitio público, jugar a ajedrez, excursiones

y asistir a charlas), aunque a partir de éste los mayores destaquen en el rural y los adolescentes en el intermedio. También se observa un gran nivel de coincidencias entre los que tienen ya sea nietos o abuelos: charlar en un sitio público, jugar al ajedrez, a dominó o a cartas, jugar a petanca e ir al cine. Son indicadores de un nivel de tolerancia y sensibilidad comunes entre personas emparentadas, y quizá de una concepción similar de hasta qué punto pueden realizar cosas juntos en la vida.

7.5. Actividades de abuelos con nietos de hasta 13 años

Las actividades de abuelos con sus nietos de 0-13 años se podrían resumir así:

- Más de la mitad de los encuestados conversa o le cuenta cosas al nieto y le da dinero o le regala cosas.
- 4 de cada 10 llevan al nieto a pasear o le llaman por teléfono frecuentemente.
- 3 de cada 10 vigila o hace de canguro del nieto de 0-13 años.
- Una quinta parte acompaña a la escuela a sus nietos pequeños.
- Sobre el 7% del total de personas mayores con nietos de estas edades, acompaña a éstos a recados, juega en casa con ellos o les ayuda en tareas de clase.

Bajo o medio nivel de ingresos, mujeres, personas viudas y que viven obviamente con nietos: a estas características corresponde el perfil de aquellas personas que más actividades realiza con sus nietos de hasta 13 años. Se da una cierta preponderancia de personas con medios y altos niveles de instrucción: sólo acompañar a recados y regalar cosas aumenta cuando desciende el nivel de estudios. Se da una cierta segmentación territorial, aunque ningún tipo de hábitat destaque claramente sobre el otro.

Quizá en este segmento de edad quede suficientemente confirmado el papel de cuidadoras de las mujeres viudas, que van a vivir a casa de sus hijos tras envejecer: 6 de estas 10 actividades son realizadas con más frecuencia por mujeres que por hombres, y las actividades de éstos coinciden en gran parte con actividades extradomésticas de los nietos (contar cosas, llevar a la escuela, juegos en casa y ayuda en deberes escolares).

A edades tempranas de los nietos se constata una clara división sexual del trabajo doméstico entre personas mayores en relación al cuidado de éstos, con mujeres orientadas al papel de cuidadoras ayudadas, cuando es posible, por sus cónyuges varones.

El listado de actividades muestra, por otra parte, que quizás estas personas mayores desarrollan, en muchos casos y sobre todos los varones, nuevos roles y actividades que antes, con sus hijos, no pudieron, supieron o quisieron desarrollar. Es posible que muchas de estas nuevas relaciones sirvan para crear en los mayores, y en sus interlocutores más pequeños, una base sólida para la relación posterior. La vida laboral en la etapa del desarrollismo español no permitía, en muchos casos, mejores y más fuertes relaciones con sus hijos, ni el número elevado de éstos y las obligaciones maternas, con muchos menos avances tecnológicos domésticos, hacía factible, por ejemplo, el paseo con los más pequeños. Por último, el elevado porcentaje de regalos en especies o en dinero es síntoma, entre otras cosas, de una mejor situación económica de estas personas mayores y, en cierta medida, puede ayudar en el mantenimiento económico de los hogares de sus hijos.

Con independencia del papel definitivamente asistencial de los mayores respecto a sus nietos más pequeños, y vivan o no con ellos, los datos de la encuesta permiten afirmar que los mayores pueden realizar nuevos roles para los que anteriormente no existían las condiciones apropiadas. Esta disponibilidad de los abuelos permitiría, en caso de la convivencia en familias de tres generaciones, la mayor flexibilidad de los miembros adultos

respecto al cuidado de sus hijos. Los cuidados de los abuelos, si tenemos en cuenta la proximidad existente entre éstos y sus hijos y nietos, también denotan un cierto tipo de colaboración económica, y diálogo con la generación alterna. Destacar, por último, que estas relaciones pueden cambiar, y de hecho lo hacen a partir de ciertas edades, pero que sirven de base para ulteriores interacciones.

7.6. Actividades entre abuelos y nietos adolescentes

En cuanto a las actividades que realizan las personas mayores con nietos adolescentes podríamos citar:

- Más de un 65% de los encuestados con nietos de estas edades conversa con sus nietos y les da dinero o les regala cosas.
- La mitad se comunica por teléfono con ellos.
- 1 de cada 10 suele acompañarlo a pasear o a hacer recados o gestiones.
- Entre un 2-3% del total juega en casa con sus nietos, les ayuda en los deberes escolares, les ayuda a vestirse o a comer o comparte otras actividades.

Tal como observamos, las cuatro actividades más frecuentes permanecen, y sólo ha bajado un puesto el hecho, natural por otra parte, de llevarlo a pasear. También se mantiene, en porcentaje, el hecho de acompañarlo a hacer recados, y disminuyen sensiblemente el resto de actividades, algunas de ellas por motivos más que obvios: acompañarlo a la escuela, vestirlo o darle de comer, ayudar en deberes de la escuela. Este descenso se debe, como es previsible, al más avanzado estadio de crecimiento personal de estos nietos ya convertidos en adolescentes, y al consiguiente aumento de su autonomía personal. El bajo nivel de instrucción no permite, por otra parte, mantener

esa ayuda en los deberes escolares. Hemos de añadir, además, y tal como se dedujo de nuestras mesas de discusión intergeneracionales, que tanto mayores como adolescentes parecen haber establecido una barrera supuesta para efectuar cierto tipo de actividades u otras, que puede coincidir con la finalización de los estudios primarios de los nietos (aproximadamente a los 14 años). A partir de ese momento, las actividades adquieren otro barniz más voluntario, que se fundamenta en la mayor independencia de los adolescentes. El umbral parece coincidir, como ya hemos dicho, con la finalización de determinado ciclo educativo. Por lo que se infería de este mismo trabajo de campo, este rito de paso está más fuertemente interiorizado en adolescentes que en mayores, consecuencia obvia de los distintos procesos de socialización entre las dos generaciones.

Se mantienen, en su conjunto, las actividades más importantes desarrolladas a edades más tempranas, con una supremacía del diálogo. Bajan, lógicamente, aquellas actividades basadas en la mayor dependencia de los más pequeños.

El índice de actividades se relaciona directamente con el nivel de estudios de estas personas mayores, con hábitats urbanos y semiurbanos, con ingresos medios y altos; en las actividades más importantes se da un predominio femenino, excepto en la conversación y el pasear, ésta última compartida por ambos sexos. Menos conversar, por otra parte, la gran mayoría de las respuestas proceden en mayor medida de personas solitarias o en familias sin nietos.

La conversación parece ser la actividad más claramente doméstica entre mayores que viven con sus nietos adolescentes. Las actividades dentro del hogar, por otra parte, sufren un retroceso, con un aumento considerable de las extra-domésticas. Las mujeres mayores conservan la responsabilidad, respecto a los varones de su propio grupo de edad, del mantenimiento de la relación, cediendo terreno en el ámbito hogareño (en la conversación) y ganándolo, por ello, en el resto de actividades.

El nivel de estatus superior se asocia generalmente a un nivel de actividad mayor con estos nietos, lo que parece derivar de un proceso de adaptación superior a los cambios en personas de más elevado nivel de instrucción, ingresos y oportunidades. La frontera entre dependencia y no dependencia parece ir marcada por el rito de paso de la finalización de los estudios básicos, que suele coincidir con los 14 años aproximadamente.

Puede sorprender, a primera vista, el superior porcentaje de actividades de adolescentes con sus abuelos respecto a éstos. Tal como se deduce de la configuración familiar y parental de los adolescentes, 7 de cada 10 tienen dos o más abuelos, mientras sólo 6 de cada 10 mayores tienen nietos adolescentes, descontando ese casi 25% que no tiene ningún nieto. Aparte de esta consideración previa, en 7 de cada 10 casos el abuelo habla de historia y de cosas pasadas o se organizan reuniones familiares; en 6 de cada 10 se llama por teléfono, y en 5 de cada 10 el adolescente cuenta cosas de la escuela o el instituto a su abuelo. En 4 de cada 10 casos, se acompaña al abuelo a realizar gestiones o recados, se habla de cosas personales o pasean juntos. Una quinta parte de los adolescentes salen juntos con la familia, y los abuelos, los fines de semana.

Son actividades, como se observa, basadas principalmente en el diálogo intergeneracional, aunque con un carácter más marcadamente independiente de ambos interlocutores. Pierden peso las actividades estrictamente hogareñas y continuas, y ganan importancia las públicas y esporádicas.

Personas de clase alta, ligero predominio en mayor número de actividades de personas con ingresos bajos y de mujeres de hábitats intermedios: éste es el perfil más común en la mayoría de las actividades. Las mujeres adolescentes vuelven a alcanzar mayores cotas de actividad intergeneracional; ahora, además, sólo corresponde a los varones de su grupo, con claridad, acompañar a sus abuelos a hacer recados, la actividad más genuina del listado de la esfera pública. Telefonar y organizar encuentros

de familia son las únicas opciones más frecuentes en familias sin nietos; el resto, de carácter más cotidiano, son más usuales en familias de tres generaciones.

No tanto los ingresos sino la clase social de los padres de los adolescentes la que parece ir asociada a un mayor índice de actividad con los abuelos. El hecho de que las actividades sean más frecuentes en hábitats intermedios debe interpretarse como la consecuencia lógica de que en este tipo de hábitat existen, de hecho, más familias de tres generaciones; a ello hay que añadir la alta probabilidad de los adolescentes de tener, además de los que conviven con ellos, otros abuelos más o menos cerca. La mujer, sobre todo en familia, y además de su mayor presencia relativa, parece protagonizar más contactos con sus abuelos, cediendo espacio a los varones en aquellas actividades más típicamente públicas. El teléfono y los encuentros esporádicos de familia se confirman como las actividades más frecuentes entre las generaciones alternas emparentadas, aunque la relación aumenta considerablemente, en número y en variedad, cuando se da convivencia.

Los varones adolescentes, de todos modos, no parecen estar satisfechos de este nivel de relaciones. Ellos, y mujeres mayores, son los que con más rotundidad expresan el deseo de ver a sus abuelos, o nietos en su caso, más a menudo. Personas mayores de clase alta, y adolescentes de clase media, manifiestan también más ese deseo, y lógicamente no viven en familias de tres generaciones.

Las razones que se aducen en el grupo de mayores para no ver con la frecuencia deseada a los nietos son, aparte de vivir lejos o verlos lo suficiente, la forma de vida actual y el trabajo de los padres, el estar siempre ocupados y, simplemente, que no vienen a verlos tanto como ellos quisieran. Las dos principales razones, aparte de vivir lejos, se asocian a un mayor nivel de estudios de estos mayores y su pertenencia a la clase media; previsiblemente correspondería a un relativo mejor estatus de sus

hijos y en consecuencia de sus nietos. Se corresponden, la mayoría de las razones, en mayor medida a personas de hábitat urbano e intermedio.

Las grandes ciudades, y el tipo de vida que conllevan, parecen actuar, otra vez, en contra de una mayor frecuencia relacional entre generaciones alternas. Las causas son más achacables a razones estructurales, en apariencia, como la forma de vida o los horarios incompatibles, pero no hay que olvidar ese 10% que manifiesta que no los vienen a ver con la frecuencia deseada, expresado con mayor rotundidad (y quizá con menos "excusas") por las personas de baja clase social. Son, explícitas o implícitas, quejas de los mayores respecto a sus hijos y nietos.

También aparte de vivir lejos, la falta de tiempo de los mismos adolescentes y la forma de vida actual y el trabajo de los padres son las causas más recurrentes de no ver a los abuelos con la frecuencia deseada. La distinta manera de pensar, y el aburrirse con ellos, suman cerca de un 10%. Distinta manera de pensar o falta de tiempo corresponden, tal como se apuntaba para los mayores, a adolescentes de clase alta. También la distinta manera de pensar corresponde, curiosamente, a adolescentes que viven con alguno de sus abuelos. Las causas son, mayormente, más frecuentes en hábitats urbanos, y en menor medida rurales.

Distinta forma de pensar, o aburrirse con ellos, son las causas más personales, en apariencia, que argumentan los adolescentes para no mantener un índice más elevado de relaciones con sus abuelos. Las dos razones más importantes, sin embargo, están ligadas a formas de vida urbana o quizás incluso a una sobrecarga en las actividades escolares de estos adolescentes. Estas razones están atravesadas, de una u otra forma, por el salto cualitativo de estatus de los hijos de estos mayores.

CAPITULO III: CONCLUSIONES

Las condiciones sociales y personales de ambas generaciones pueden enmarcarse dentro de profundos cambios estructurales acaecidos en España en los últimos decenios. Entre nuestros mayores y sus hijos, y con más nitidez los descendientes de éstos, adolescentes o no, se observan evidentes diferencias de instrucción, nivel de ingresos y clase socioprofesional a favor de las generaciones posteriores. Estas desigualdades impregnarán, de una u otra manera, todas sus interrelaciones.

De todas maneras, y respecto al global de la sociedad española, en las ciudades intermedias -aquéllas entre 10.000 y 50.000 habitantes- parecen converger peores situaciones socioprofesionales que en el resto. Las mujeres, dentro del colectivo de mayores, suelen padecer peores condiciones de estatus que los varones de su generación.

Las tendencias demográficas apuntan a una sociedad equilibrada en cuanto a número de personas mayores y de niños y jóvenes, y este equilibrio se refleja en la creciente proximidad de ambos colectivos, sobre todo en las grandes ciudades.

De forma simultánea a los cambios estructurales y demográficos, la estructura familiar de nuestros mayores y adolescentes guarda, lógicamente, importantes diferencias. Poco más del 10% de ambos colectivos vive con la generación alterna, y más de la mitad tiene a alguna persona emparentada -nieto o abuelo- residiendo muy cerca de ella. Parece confirmarse, así, la existencia de esa "intimidad a distancia", fruto de esa reestructuración familiar. La familia tradicional, con tres generaciones en el hogar, tiene aún un importante peso relativo en la sociedad española. La soledad de los mayores se localiza sobre todo en las ciudades y, cuando va ligada a escasos recursos, puede crear graves situaciones de marginación. Los mayores que viven en familias de tres generaciones son, sobre todo, personas solitarias, y predominan las mujeres sobre los hombres. No se observan, en estos mayores, motivaciones económicas claras que los hayan

empujado a compartir el hogar con alguno de sus hijos y sus nietos, sino que se parecen fundarse en criterios de tradición y de ayuda mutua.

A pesar de estas grandes diferencias de tipo estructural entre mayores y adolescentes, parecen mantenerse relaciones estables, basadas en la cercanía o en la convivencia generacional.

El papel de la generación intermedia, en estas relaciones, no se define con claridad. Ambas generaciones la valoran positivamente, aunque coincidan en culpabilizarla del abandono de las personas mayores; esta valoración, sin embargo, es superior en los mayores y cuando media parentesco. Se percibe, por tanto, un cierto nivel de tensión entre el mundo de los adultos y el de los adolescentes. Entre las generaciones alternas, también el parentesco es determinante en la valoración relacional. No se reconocen fáciles las relaciones entre mayores y adolescentes, aunque en el caso de estos últimos se subraye que son más fáciles que con los adultos. El parentesco, y la familia, actúan a favor de una mejor consideración de los interlocutores. El mundo adulto parece ser el referente relacional más claro, aparte de su propio grupo de edad; la valoración de estos y de la generación alterna es más positiva cuando se convive en la misma familia. Esta parece adquirir, por medio de los mayores, un papel de mediadora en los conflictos entre generaciones, y es ciertamente gratificadora para ambos colectivos.

Tanto adolescentes demuestran estar mayoritariamente complacidos con sus respectivas etapas vitales. Los estereotipos negativos sobre la vejez se amortiguan, por otro lado, con el contacto familiar.

Los problemas sentidos por los mayores como propios de su generación coinciden básicamente con los expresados por los adolescentes. Parecido nivel de sensibilidad común se da en cuanto a la problemática generacional de los adolescentes. En ambos casos, conocerse o, mejor aún, convivir, suaviza los

estereotipos negativos sobre ambas generaciones. El cambio percibido en los comportamientos de los jóvenes de hoy y de ayer es unánimemente compartido por estos jóvenes y las personas mayores: el "precio" a pagar por la mayor cultura y libertad de las nuevas generaciones parece ser la falta de respeto hacia personas de más edad. Esta falta de valores cívicos se confirma como una de las imágenes más negativas de estas personas mayores respecto a los adolescentes actuales, aunque proviene en muchos casos del desconocimiento, de personas solitarias o sin relaciones con esta generación. El nivel de comprensión hacia los jóvenes aumenta con la cercanía y el mejor estatus de los mayores.

La condición de los mayores, según ellos mismos, ha mejorado en casi todos los aspectos, pero esta sensación de mejoría se percibe casi siempre en función del nivel de bienestar actual de que disponen. Si antes hablábamos del "precio" que pagaban los adolescentes por su mayor cultura y libertad, ahora es procedente citar ese otro "precio" que los mayores han pagado en el proceso de mejora general: soledad y abandono.

Si anteriormente remarcábamos el modelo adulto como el dominante para ambas generaciones, conviene citar lo que echan a faltar tanto mayores como adolescentes de esta generación intermedia. No parecen excesivas las carencias sentidas por los mayores, si dejamos de lado las biológicas (salud) y aquellas que se derivan de su menor nivel de rentas. Los adolescentes se decantan por lo más tangible, los medios económicos, y por un aspecto del que ya se han considerado relativamente satisfechos: la libertad. Esquemáticamente, las carencias sentidas pueden expresar, simbólicamente, la lucha por la supervivencia, por parte de los mayores, y la lucha por abrirse paso en la vida, por parte de los adolescentes. El modelo imperante, el adulto y consumista, obtiene más simpatías en el grupo de los adolescentes.

Si tuviéramos que construir un retrato-robot del adolescente o persona mayor ideal, las características no variarían en exceso,

según opinan los interlocutores, aunque cada uno acentúa, lógicamente, aquello que se consideran preparados para dar: adolescentes educados, vitalistas y cultos, y mayores comprensivos, ilusionados o vitalistas y con buenos modales. La comprensión para los más jóvenes, y las buenas maneras para los mayores, parecen ser las condiciones imprescindibles para esta relación. Estas condiciones se fundamentan, de manera coherente, en lo que cada uno piensa del otro. Se da un alto grado de acuerdo en considerar que la ayuda en la dirección mayores-adolescentes puede basarse en la etiquetación positiva de los mayores como "doctorados" en experiencia, con altas dosis de responsabilidad y, en el aspecto material, la ayuda económica. En sentido inverso, ambas generaciones ven a las personas jóvenes como agentes de modernización, y que pueden transmitir entusiasmo y alegría.

Sus orientaciones psicosociales no parecen, tampoco, diverger en exceso ni entre ambas generaciones ni respecto a la sociedad española en general. La excepción más notable es la que se basa en la preocupación por problemas de amigos, en los adolescentes, fruto de su mayor número de interacciones sociales. En cuanto a los prejuicios, sin embargo, sí se observa un más alto nivel en los mayores, refiriéndose sobre todo a problemas relacionados con la droga, o interpretados así por ellos. Otra vez vuelve a ponerse de manifiesto ese rechazo a los malos modales de las nuevas generaciones, que se une, en el inconsciente de las personas mayores, a la apariencia física llamativa. Este mayor nivel de intolerancia se asocia a una alta valoración de las instituciones sociales, inferior en los adolescentes. La familia, y las instituciones básicas, son las que más confianza obtienen de ambos colectivos; los adolescentes, con la salvedad de la unidad familiar, se muestran mayoritariamente alejados del resto de las instituciones.

Las bases físicas de la relación, la realización de actividades, no parecen excesivas a pesar de la buena predisposición de ambos colectivos. Predominan, como actividades conjuntas, las que ya

realizan por separado, aunque cada colectivo considera un número variable de actividades como prácticamente exclusiva de su generación. La mayoría de ellas se realiza en el círculo familiar, y son por tanto escasas las relaciones extramuros. Ver la televisión, charlar o pasear son las actividades más frecuentes. Hay que destacar ese talante extrovertido de los mayores y adolescentes españoles, que puede significar un importante punto de partida para la profundización en sus relaciones. Se observa bastante apertura hacia nuevas experiencias compartidas, aunque la mayoría de las veces no se corresponden con la realidad relacional. En este sentido, como ya hemos dicho, parece obvia tanto la existencia de espacios difícilmente compartibles como de espacios, tiempos y actividades para los que existe una buena predisposición.

Esta predisposición, basada en buenas consideraciones globales de los alternos, tienen su base en la existencia de estereotipos positivos respecto a los otros. La actitud más abierta y dialogante parte casi siempre de mujeres de ambos grupos, que parecen mostrarse, a la vez, más conservadoras en sus opiniones. Se mantiene una más clara división del espacio y de las actividades entre los mayores que entre los adolescentes, pero las mujeres de este último grupo parecen sufrir ciertas rémoras que se traducen en una mayor conflictividad familiar. La mujer mayor, como se ha dicho, parece ser el motor, el árbitro principal de las relaciones familiares cuando coexisten y/o conviven las tres generaciones. Esta posibilidad aumenta al enviudar, y se inicia con el cuidado y los diversos servicios prestados a los nietos más pequeños. En edades posteriores de estos nietos, pervive su ascendencia sobre estas generaciones, aunque con mayor protagonismo de sus cónyuges, si los tuvieren. La actitud de las mujeres adolescentes hacia la relación con los mayores parece más realista que la de sus coetáneos varones, pues posiblemente interiorizan más que éstos el papel de futuras cuidadoras de sus propios padres; otro factor diferencial es esa ocupación progresiva del espacio público, que continúa siendo

mayor en los varones adolescentes, aunque nunca con la claridad de nuestros mayores.

Ya hemos hablado de ese proceso imparable de urbanización, que ha cambiado, más que disuelto, las redes familiares de parentesco. Las ciudades intermedias parecen reflejar esa transición demográfica y familiar más que el resto de hábitats. Por otro lado, se ha observado a lo largo de la investigación un cierto nivel de cohesión social, también intergeneracional, mayor en los municipios de pequeñas dimensiones. Los compartimentos estancos parecen, sin embargo, más notables conforme aumenta este tamaño de población. Hay que apuntar, por último, que las características de la relación entre mayores y adolescentes, y sus bases sociales, no parecen diferenciarse de las características dominantes en la sociedad española. En el ámbito familiar, sin embargo, los mayores parecen asumir ese rol positivo de intermediarios y evitadores de posibles conflictos, a la vez que cohesionan el núcleo familiar; los adolescentes, en este sentido, parecen valorarlos asimismo muy positivamente en estos roles. Las dificultades para la relación parecen derivarse más de causas estructurales, como los modos de vida actual, la privatización y la disolución de los lazos familiares, que de las actitudes de los actores sociales.

CAPITULO IV: EPILOGO

A lo largo de la investigación se han confirmado muchas de las hipótesis apuntadas, tanto en nuestro trabajo de campo como en la introducción teórica. Queda de manifiesto la existencia de un segmento importante de personas de ambos grupos que apenas se relacionan, o que lo hacen muy esporádicamente. Si en el caso de los mayores proviene mayoritariamente de personas solitarias, en el de los adolescentes puede proceder, más claramente, de un espacio social compartimentado.

El funcionamiento de los estereotipos es dispar; por un lado, los positivos cambian las actitudes hacia una mejor predisposición, lo que no siempre es posible materializar en actividades concretas. Los negativos actúan de freno, obviamente, a esta posibilidad de relación. Ya hemos visto, por otro lado, que el conocimiento supone acercamiento, y a la inversa, y que actúa la mayoría de las veces como promotor de las relaciones.

Más que evitar y/o negar los posibles conflictos y diferencias de socialización y de cultura entre ambos colectivos, por otra parte comunes a todos los grupos sociales, las actuaciones deberían ir encaminadas a promover esos valores susceptibles de compartirse: serenidad, experiencia, vitalidad. Son valores y acervos reconocidos como tales por ambas generaciones, y susceptibles de fundamentar un decidido apoyo a las relaciones intergeneracionales.

Debemos de prestar especial atención a esas abuelas cuidadoras, y que a la vez ocupan la mayoría de los hogares de solitarias con más riesgo de marginación. Su papel tendría que ser reivindicado como sostenedora de mucha parte de la cohesión intrafamiliar, y como actoras sumamente activas de esta interrelación entre personas de diferentes edades.

Ese estereotipo negativo de los jóvenes, la mala educación, ha pesado en la opinión de los entrevistados una y otra vez como un

serio obstáculo para la relación. Acercarlos en los espacios públicos, en los centros y, por qué no, concienciar a los adolescentes de esa actitud que ellos mismos comparten, es una labor que previsiblemente incrementará la cantidad y calidad de esas relaciones.

Estos adolescentes, por otra parte, son sumamente sensibles al abandono y desamor de muchos de nuestros mayores; hacerlos partícipes de actuaciones encaminadas a combatir estas situaciones de soledad puede romper muchos de los estereotipos y de situaciones de desigualdad de estos mayores.

No hay que olvidar, por último, ese importante porcentaje de familias de tres generaciones, donde se realiza una gran parte de las relaciones entre mayores y adolescentes. Asimismo, ha quedado demostrado que las nuevas formas de residencia se orientan hacia la independencia del hogar, pero con mantenimiento de la proximidad y de vínculos estables de relación. Ambas relaciones, en el propio hogar o cerca de él, son la fuente de abundantes relaciones entre ambos colectivos.

BIBLIOGRAFIA

- ARANGO, Joaquín (1991). **El declive de la fecundidad**. Anuario El País 1991. Pág. 399. Madrid.

- ATTIAS-DONFUT, Claudine (1988). **Sociologie des générations. L'empreinte du temps**. PUF. París.

- AYUNTAMIENTO DE BARCELONA (1992). **Rev. La Municipal nº 21**. Abril.

- BARLETTA, Gaetano. (1984). **Nonni e nipoti. significato di una relazione**. Società Editrice Internazionale. Torino.

- BAZO, M. Teresa (1992). **La ancianidad del futuro**. Fundación Caja de Madrid. Barcelona.

- (1990). **La sociedad anciana**. CIS. Editorial Siglo XXI. Madrid.

- CABRE, Anna (1993). **Algunas consideraciones sobre el envejecimiento demográfico de España y su evolución futura**. En SANCHEZ VERA, Pedro (editor), Sociedad y población anciana. Universidad de Murcia. Páginas 17-20.

- CARPINTERO, Helio (1978). **Generaciones y Psicología**. En JOVER, J.M. y otros, Cambio generacional y sociedad. Págs. 107-132. Instituto de Ciencias del Hombre, Banco de Bilbao. Editorial Karpos. Madrid.

- CARSTENSEN, L. **Cambios relacionados con la edad en la actividad social**. En CARSTENSEN y EDELSTEIN (comp.) Gerontología. Intervención psicológica y social. Págs. 58-73. Martínez Roca. Barcelona.

- C.C.E (1993). **Les attitudes face au vieillissement. Principaux résultats d'une enquête de l'Eurobaromètre.** Comisión de las Comunidades Europeas.

- C.S.I.C. (1992). **Informe y valoración de fuentes de datos para el estudio del envejecimiento en España.** Departamento de Estudios Urbanos y Territoriales, marzo. Madrid.

- CIRES (1992). **Tercera edad.** Centro de Investigaciones sobre la Realidad Social. Boletín del mes de mayo. Madrid.

(1991) **Desigualdades sociales por sexo y edad.** Boletín del mes de abril.

- CIS (1991). **Actitudes y opiniones de los españoles ante la infancia.** Serie Estudios y Encuestas nº 26. Madrid.

- COBO, Rosa y CRUZ, Pepa(1990). **Situación social de los viejos en España.** CIS. Serie Estudios y Encuestas nº 21. Madrid.

- COLLOT, C (1986). **L'évolution sociologique des relations familiales.** En Familles et Vieillissement. Actes du Colloque, noviembre de 1985. Royaumont-Paris. Págs. 37-45. Editado por CLEIRPPA. París.

- DEL CAMPO, Salustiano (1982). **la evolución de la familia española en el siglo XX.** Alianza Editorial, Madrid.

- DE MIGUEL, Amando (1987). **La España Cíclica.** Fundación Banco Exterior. Madrid.

- DURAN, M.A. **Las bases biológicas de la estructura social.** En DEL CAMPO, Salustiano. Tratado de Sociología. Volumen 1. Editorial Taurus. Madrid.

- ELZO, F.J. y otros (1989). **Jóvenes españoles 1989**. Fundación Santa María. Ediciones SM. Madrid.

- FERNANDEZ CORDON, Juan Antonio (1992). **La situación demográfica**. Anuario EL País 1992. Pág. 443. Madrid.

- FLAQUER, Ll. (1992). **L'estructura de la família**. En SUBIRATS MARTORI, M. Enquesta de la Regió Metropolitana de Barcelona 1990. Volum I: Aspectes demogràfics i característiques familiars i relacionals. AMB/Diputació de Barcelona. Instituto de Estudios Metropolitanos de Barcelona. Barcelona.

- (1987). **La familia española en transición**. CIS. Serie Monografías. Madrid.

- FLAQUER, Ll. y SOLER, J. (1990). **Permanencia y cambio en la familia española**. CIS. Serie Estudios y Encuestas, nº 18. Madrid.

- FRIIS, Henning (1991). **Les vieillards de demain dan une société danoise en mutation**. En Rev. Ageing International.

- I.N.E. (1980). **Proyección de la población española para el periodo 1980-2010**. 2 Tomos. Madrid.

- JOVER, J.M. y otros (1978). **Cambio generacional y sociedad**. Instituto de Ciencias del Hombre, Banco de Bilbao. Editorial Karpos. Madrid.

- KUHN, M. (1991). **Política y envejecimiento: los Gray Panthers**. En CARSTENSEN y EDELSTEIN (comp.) Gerontología. Intervención psicológica y social. Págs. 214-224. Martínez Roca. Barcelona.

- LERENA ANSON, Carlos. **Escuela, ideología y clases sociales en España**. (1989). Círculo de Lectores. Barcelona.

- LOPEZ JIMENEZ, Juan José (1992). **El proceso de envejecimiento demográfico en España.** En RIS (Revista Internacional de Sociología) nº 1. Págs. 127-146. CSIC, Madrid.

- MÂLE, Pierre. (1966). **Psicoterapia del adolescente.** Editorial Luis Miracle. Barcelona.

- MARINA SUBIRATS, M. y otros (1992). **Enquesta de la Regió Metropolitana de Barcelona 1990.** AMB/Diputació de Barcelona. Instituto de Estudios Metropolitanos de Barcelona. Barcelona.

- (1986) **Enquesta Metropolitana 1985-1986.** AMB/Diputació de Barcelona. Instituto de Estudios Metropolitanos de Barcelona. Barcelona.

- MARSHALL, V.W.(1981). **Tolérance de la société au vieillissement: Théorie sociologique et réaction sociale au vieillissement de la population.** En Adaptabilité et Vieillissement. CIGS. París.

- MARTIN SERRANO, Manuel (1991). **Los valores actuales de la juventud en España.** Instituto de la Juventud. Madrid.

- MARTINEZ-FORNES, Santiago (1989). **Convivencia generacional.** En INSERSO, La tercera edad en Europa. Necesidades y demandas. Págs. 285-292. Madrid.

- MASATS, M (1992). **Les xarxes de relació i el seu ús en les situacions difícils.** En Enquesta de la Regió Metropolitana de Barcelona 1990. I Volum. AMB/Diputación de Barcelona.

- MATO GOMEZ, Juan C. (1989). **Los derechos de la infancia en los años 90.** En Revista Menores. Números 17-18. Dirección General de Protección Jurídica del Menor. Madrid.

- MEIL LANDWERLIN, Gerardo (1992). **Política familiar: contenido y significado**. En RIS (Revista Internacional de Sociología) n° 1. Págs. 173-191. CSIC, Madrid.

- MENDEL, Gérard (1972). **La crisis de generaciones**. Editorial Península. Barcelona.

- MINISTERIO DE ASUNTOS SOCIALES (1991). **Asociacionismo juvenil en el medio urbano**. Madrid.

- MORENO, Amparo (1986). **El desarrollo psicológico del adolescente**. En Cuadernos de Pedagogía, número 133. Enero.

- NAVARRO LOPEZ, M. (1991). **La tercera edad en España: aspectos cuantitativos. Proyecciones de la población española de 60 y más años para el periodo 196-2010**. INSERSO. Colección Servicios Sociales. 1ª ed. 1989. Madrid.

- O.E.C.E. (OFICINA ESTADISTICA DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS) (1992). **Eurostat**. Luxemburgo.

- (1991). **Eurostat**. Luxemburgo.

- OMS (1958). **Informe del Comité de Expertos en Salud Mental. Problemas de salud mental del envejecimiento y de la vejez**. Editorial Humanitas. Buenos Aires.

- ONU (1982). **Report of the World Assembly on Aging**. United Nations. Viena.

- ORAISON, Marc (1979). **Psicología de nuestras relaciones con los demás**. Editorial Mensajero. Bilbao.

- ORIZO y SANCHEZ (1991). **Cambios de valores, proceso de secularización y progreso del individualismo en España**. Conferencia pronunciada en el Simposio Mutación del sistema de

valores en las sociedades europeas y magrebíes. Institut Català d'Estudis Mediterranis (ICEM). Barcelona.

- ORMEZZANO, J. (1986). **Relations intergenerationnelles dans les lignées parentales.** En Familles et Vieillissement. Actes du Colloque. Royaumont-Paris, noviembre de 1985. Págs. 59-70. Edita CLEIRPPA. París.

- PERALTA MORALES, Antonio (1993). **Relaciones intergeneracionales: vuelta a la esperanza.** En Gente Grande, número 0. Pamplona.

- PEREZ SALANOVA, Mercè (1989). **Dinámica generacional. Familia, institución y su incidencia en la comprensión de la afectividad y la sexualidad de los ancianos.** En Afectividad y sexualidad en la ancianidad. Fundación Caixa de Pensions. Barcelona.

- PITT-RIVERS (1991). **Youth cultures and the disaffection of the Young.** Conferencia pronunciada en el Simposio Mutación del sistema de valores en las sociedades europeas y magrebíes. Institut Català d'Estudis Mediterranis (ICEM). Barcelona.

- ROUART, J. (1964; edición original francesa de 1958). **Psicopatología de la juventud y de la adolescencia.** Editorial Luis Miracle. Barcelona.

- SANCHEZ VERA, Pedro (1993). **Homogeneidad y diferenciación en la tercera edad. Bases para una sociología de la vejez.** En SANCHEZ VERA, Pedro (editor), Sociedad y población anciana. Universidad de Murcia.

- SAN ROMAN, Teresa (1992). **Espacio y ancianidad.** En Revista Historia y fuente oral. Nº 7: Analfabetismo y política. Universidad de Barcelona/Ayuntamiento de Barcelona. Págs. 175-178. Barcelona.

(1990). **Vejez y cultura. Hacia los límites del sistema.** Fundación Caixa de Pensions. Barcelona.

- SOLSONA, Montserrat y TREVIÑO, Rocío (1990). **Estructuras familiares en España**. Instituto de la Mujer/Centre d'Estudis Demogràfics. Madrid.

- TALCOTT PARSONS (1978) . **La estructura social de la familia**. En La familia. Págs. 31-66. 1ª ed. 1970. Editorial Península, Barcelona.

- TEZANOS, J.F. (1975). **Estructura de clases en la España actual**. Editorial Península. Madrid.

- TOHARIA, J.J.(1982). **Valores básicos de los adolescentes españoles**. Ministerio de Cultura, Estudios de Juventud.

- ZARRAGA, José Luis de (1989). **Informe Juventud en España**. Instituto de la Juventud. 1ª edic. 1988. Madrid.

INDICE

VOLUMEN I

PRESENTACION	1
------------------------	---

CAPITULO I: CONTEXTO Y MARCO TEORICO DEL ESTUDIO

1. INTRODUCCION TEORICA	
1.1. Teoría generacional	2
1.2. Vejez y adolescencia	7
1.3. Consenso y conflicto	12
2. CONTEXTO SOCIAL	
2.1. ¿De quiénes hablamos?	
2.1.1. Nuestros mayores	17
2.1.2. Los adolescentes	20
2.1.3. Los otros	20
2.2. ¿Qué ha cambiado?	22
2.2.1. La revolución de la población	23
2.2.2. Hábitat y población: escenarios cambiantes	24
2.2.3. Familia y generación	25
2.3. Retrato de las generaciones	
2.3.1. Retrato de los mayores españoles	28
2.3.2. Retrato de los adolescentes españoles	31
3. RESUMEN E HIPOTESIS	34

CAPITULO II: ANALISIS DE LA ENCUESTA

1. ¿COMO SON Y CON QUIEN VIVEN LAS PERSONAS MAYORES Y LOS ADOLESCENTES ESPAÑOLES?	
1.1. Perfil socioeconómico	39
1.2. El hogar	42
2. ¿COMO VALORAN A LAS DIFERENTES GENERACIONES?	
2.1. A los adultos	47
2.2. A los alternos	50
2.3. Comparación entre alternos y contiguos	52
2.4. Vejez y culpabilidad referida a los adultos	54
2.5. Vejez y adolescencia son etapas felices en la vida de las personas	56
3. LAS PROBLEMATICAS GENERACIONALES	

3.1. ¿Qué problemas tienen nuestros mayores?	59
3.2. ¿Qué problemas tienen los adolescentes?	61
4. RETRATO GENERACIONAL	
4.1. ¿Cómo eran los adolescentes españoles hace 30 años y cómo son ahora?	64
4.2. Autorretrato de nuestros mayores	66
5. CONDICIONES PARA LA RELACION	
5.1. Lo que quieren tener y no tienen de la generación adulta	69
5.2. Requisitos personales para la relación intergeneracional	73
5.3. Dar y recibir: ¿En qué podrían ayudar los mayores a los adolescentes?	76
5.4. Dar y recibir: ¿En qué podrían ayudar los adolescentes a los mayores?	77
6. GENERACIONES: VALORES, INSTITUCIONES Y GRUPOS SOCIALES	
6.1. Índices de preocupación	81
6.2. Evaluación de grupos sociales	83
6.3. Evaluación de instituciones	86
7. BASES MATERIALES PARA LA RELACION: LAS COSAS QUE HACEN Y LAS QUE PODRIAN HACER	
7.1. Actividades de ocio de cada generación	90
7.2. Actividades que realizan conjuntamente	93
7.3. ¿Qué actividades serían apropiadas para compartir?	96
7.4. Listado de actividades para compartir	98
7.5. Actividades de abuelos con nietos de 0-13 años	102
7.6. Actividades entre abuelos y nietos adolescentes	104
 <u>CAPITULO III: CONCLUSIONES</u>	 109
 <u>CAPITULO IV: EPILOGO</u>	 115
 <u>BIBLIOGRAFIA</u>	 117
 <u>ANEXO METODOLOGICO</u>	

VOLUMEN II: ANEXOS

ANEXO METODOLOGICO	1
FRECUENCIAS DE LA ENCUESTA	14
GRAFICOS	
Gráfico 1. Valoración de las relaciones de parentesco . . .	I
Gráfico 2. Valoración de las relaciones sin parentesco . .	II
Gráfico 3. Carencias de los adultos	III
Gráfico 4. Ayuda de mayores a adolescentes	IV
Gráfico 5. Cualidades importantes para la relación	V
Gráfico 6. Ayuda de adolescentes a mayores	VI
Gráfico 7. Problemáticas de los adolescentes	VII
Gráfico 8. Problemáticas de los mayores	VIII
Gráfico 9. Listado de actividades realizables conjuntamente	IX

METODOLOGIA

1. Fases del estudio

Nuestro estudio ha utilizado fundamentalmente dos tipos de análisis:

a) Análisis cualitativo: Se ha basado en un primer momento en el tratamiento de la información disponible, tanto a nivel de encuesta como de orientaciones teóricas en el campo de la Sociología de las Generaciones y otras disciplinas.

A continuación, se ha elaborado un cuestionario provisional y se han diseñado las grandes líneas de la investigación. Estas dos fases se han contrastado, por una parte, con un equipo de expertos en relaciones intergeneracionales, tanto a nivel institucional como científico; esta sesión se realizó a finales del mes de julio de 1992. Por otra, se ha realizado un trabajo de campo, durante los meses de septiembre y octubre, mediante la técnica de los grupos de discusión.

Estos grupos, 12 en total, con un total aproximado de 100 personas, y en una proporción que ronda el 50% por cada grupo de edad, adolescentes y personas mayores. Los objetivos básicos han sido la obtención de datos empíricos sobre las relaciones existentes entre adolescentes y personas mayores y la depuración del cuestionario previamente discutido con el grupo de expertos.

b) Análisis cuantitativo: Esta fase del estudio se ha concretado en la realización de una encuesta a nivel nacional, de la que en el apartado siguiente ofrecemos sus principales características.

2. Características de la encuesta

2.1. Ficha técnica de la muestra

Ambito territorial

Estado español

Universo

Generaciones de mayores de 65 a 74 años, ambos incluidos, y generaciones de jóvenes adolescentes de 14 a 17 años, ambos incluidos. Respectivamente, 3.266.357 personas mayores y 2.614.285 jóvenes adolescentes. En total, 5.880.642 personas.

Base de la muestra

Proyección de la población para el 1 de abril de 1992 a partir de los datos del INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA (Padrón Municipal de Habitantes de 1986). La proyección se ha elaborado mediante tablas de mortalidad y suponiendo un saldo migratorio nulo.

Tipo de muestra

Por cuotas de residencia, grupo de edad y sexo. División en dos submuestras (submuestra de personas mayores y submuestra de jóvenes adolescentes)

Tamaño de la muestra

1.250 individuos, 625 para cada submuestra.

Fijación de la muestra

a. Zona urbana (50.001 y más habitantes)

Mayores: hombres 140 individuos
 mujeres 172 individuos

 subtotal 312

Adolescentes: hombres 159 individuos
 mujeres 153 individuos

 subtotal 312

b. Zona intermedia (entre 10.001 y 50.000 habitantes)

Mayores: hombres 71 individuos
 mujeres 86 individuos

 subtotal 157

Adolescentes: hombres 70 individuos
 mujeres 77 individuos

 subtotal 157

c. Zona rural (10.000 y menos habitantes)

Mayores: hombres 70
 mujeres 86

Adolescentes: hombres 80
 mujeres 76

 subtotal 156

TOTAL MUESTRA 1.250 individuos

Error muestral

4% de error con un nivel de confianza del 95.5% para cada submuestra. 2.9% de error aproximadamente, con idéntico nivel de confianza para el total de la muestra.

Contexto del trabajo de campo

El trabajo de lo campo lo realizó CENTRAL DE CAMPO S.A., entre el 3 de noviembre y el 3 de diciembre de 1992. La inspección del trabajo la realizó la misma entidad, en un 73.3% del total de encuestas. Con simultaneidad, la Fundación CIREM inspeccionó a su vez un 20% de las entrevistas, no detectándose anomalías dignas de mención.

Las entrevistas se realizaron en el domicilio donde vivían habitualmente los entrevistados, efectuándose una encuesta por edificio y por manzana, como máximo. En capitales, las entrevistas se repartieron por distritos, y en poblaciones de menos de 50.000 habitantes repartidas por todo el municipio.

2.2. Características del cuestionario

El cuestionario para adolescentes se compone de 26 preguntas, estructuradas en 87 variables de tipo descriptivo y explicativo; el de las personas mayores, de 28 preguntas, estructuradas en 98 variables. Todas las preguntas, se refieran a un tipo u otro de variables, coinciden en ambas submuestras, aunque cambie lógicamente el referente generacional. Al cuestionario de mayores se ha añadido la variable de su estado civil, y cuestiones relativas a su autorretrato generacional.

Los cuestionarios, aunque diferenciados, permiten un análisis comparativo de ambas submuestras.

2.3. Sistema de indicadores del cuestionario

a) Variables descriptivas

Del entrevistado

- Sexo del entrevistado
- Hábitat de residencia
- Edad del entrevistado
- Situación laboral actual
- Estado civil (sólo personas mayores)
- Nivel de estudios terminados
- Actividad antes de la jubilación (sólo personas mayores)

Del hogar del entrevistado

- Tipo de hogar de residencia
- Número de nietos/abuelos
- Proximidad de nietos/abuelos
- Actividad del padre del entrevistado (sólo adolescentes)
- Ingresos al mes incluidos los de la pareja/Ingresos del padre del entrevistado

b) Variables de opinión

De las generaciones

- Percepción de las problemáticas de la propia generación
- Percepción de las problemáticas de la generación de adolescentes/personas mayores
- Cualidades de los adolescentes actuales en relación a los de hace 30 años
- Cualidades de las personas mayores respecto a las de hace 30 años (sólo personas mayores)
- Carencias respecto de la generación de los adultos
- Grado de acuerdo en la identificación de la vejez como una etapa feliz en la vida de las personas
- Grado de acuerdo en la identificación de la adolescencia como una etapa feliz en la vida de las personas
- Grado de acuerdo en que los adultos se desentienden de sus padres cuando estos envejecen

De la sociedad

- Evaluación de la confianza en distintas instituciones sociales
- Grado de molestia como vecinos de distintos grupos sociales

c) Variables de relación intergeneracional

- Valoración de la relación personal con los hijos que conviven en el hogar familiar/Calificación de la relación personal con los padres

- Valoración de la relación personal con los nietos que viven en el hogar familiar o cerca de él/Calificación de la relación personal con los abuelos que viven en el hogar familiar o cerca de él
- Grado de acuerdo en considerar que se mantienen buenas relaciones con los adultos
- Grado de acuerdo en que las relaciones entre mayores y adolescentes son problemáticas.
- Grado de acuerdo respecto a que son más fáciles relaciones con adolescentes que con adultos/Grado de acuerdo respecto a que son más fáciles las relaciones con personas mayores que con adultos
- Identificación de aspectos en los que jóvenes adolescentes podrían ayudar a sus abuelos o personas mayores
- Identificación de aspectos en los que personas mayores podrían ayudar a sus nietos o jóvenes adolescentes
- Grado de importancia de ciertas cualidades personales de personas mayores en la relación intergeneracional/Grado de importancia de ciertas cualidades personales de adolescentes en la relación intergeneracional

d) Variables de ocio

- Actividades que se realizan normalmente con nietos menores de 13 años (sólo personas mayores)
- Actividades que se realizan normalmente con nietos de 14 a 17 años/Actividades que se realizan normalmente con abuelos
- Actividades de ocio practicadas
- Actividades de ocio practicadas con adolescentes/Actividades

de ocio practicadas con personas mayores

- Actividades de ocio que son apropiadas para compartir con adolescentes/Actividades de ocio que son apropiadas para compartir con personas mayores
- Identificación de una serie de actividades como exclusivas o no exclusivas de una generación

3. Explotación de la encuesta

El tratamiento de la encuesta se ha efectuado mediante el paquete estadístico SPSS/S, y ha corrido a cargo de los servicios informáticos de la Fundación CIREM.

4. Marco conceptual y orientación del estudio

4.1. Descripción de la población

La estratificación de la población por sexo, hábitat y grandes grupos de edad ha permitido que los resultados sean representativos de la población comprendida en estas edades (14-17 y 65-74 años), en el ámbito estatal. Los resultados no son significativos por unidades territoriales más reducidas, como comunidades autónomas o provincias. Al mismo tiempo, como es lógico, los resultados pueden analizarse desde la óptica territorial, y desde las cohortes anteriormente expresadas.

La elección de estos intervalos de edad obedece a un doble criterio: biológico y social.

En primer lugar, y como se pone de manifiesto en la explotación de la encuesta, las personas de 65 a 74 años tienen una alta probabilidad de poseer nietos de las edades optadas para ubicar a la otra submuestra, la de adolescentes de 14 a 17 años. Cabe

decir, sin embargo, que ni los intervalos de edad de las personas mayores ni los de los adolescentes corresponden a todas las personas emparentadas, pues tampoco perseguíamos este objetivo. A la vez, no pretendemos defender a ultranza la catalogación de las personas de estas edades en uno u otro grupo generacional; es obvio que el desarrollo personal, y la elección subjetiva, puede situar a muchas de las personas con estas edades fuera del grupo generacional a considerar.

Por otro, la elección de estas cohortes obedece a criterios claramente sociales. Partimos de la hipótesis de que las personas comprendidas en estas edades -o nacidas en un intervalo concreto de años- comparten ciertos procesos de socialización. Por otro lado, consideramos, por motivos prácticos que la fiabilidad de las respuestas de niños menores de 14 años, y la operatividad de estos resultados, desciende en relación a los de mayor edad. El límite superior de la edad de estos adolescentes, los 17 años, obedece, tal como también se pondrá de manifiesto en la explotación estadística, a la alta probabilidad de que no hayan comenzado a trabajar o empezado estudios superiores. Ello, desde un punto de vista social, seguramente los situaría fuera de esta generación. La mayor disponibilidad de aquéllos que aún no han comenzado estos estudios superiores o esta inserción laboral es otra de las hipótesis manejadas; en efecto, ambos acontecimientos pueden introducir modificaciones importantes en la intensidad y el contexto de las relaciones intergeneracionales.

Por motivos obvios, se ha descartado la variable "estado civil" en la muestra de adolescentes. También se han agrupado "divorciados" y "separados" en la submuestra de mayores.

En cuanto al hábitat, los tres grupos en ambas submuestras son los siguientes:

- Hábitat rural: hasta 10.000 habitantes
- Hábitat intermedio: de 10.001 a 50.000 habitantes

- Hábitat urbano: más de 50.000 habitantes.

Referente a la estructura familiar, en la submuestra de los mayores, se ha agrupado bajo los siguientes criterios:

- Solitarios: hogares unifamiliares

- Familias con nietos: personas que viven con o sin pareja o hijos, con o sin otros familiares o amigos, pero que viven con alguno de sus nietos. Las denominaremos también, genéricamente, familias trigeneracionales, lo que es el caso más frecuente de convivencia entre abuelos y nietos.

- Familias sin nietos: personas que viven en familia, de una o más generaciones, pero que no comparten el hogar familiar con nietos.

- Hogares sin núcleo: personas mayores que viven habitualmente en residencias.

En el caso de los adolescentes, al vivir prácticamente todos en familia, se han descartado, a la hora del análisis, el resto de tipos de hogar, restando únicamente aquellos que viven en familias de dos o tres generaciones (sin o con abuelos maternos o paternos, respectivamente).

En cuanto a la categoría socioprofesional de los mayores antes de la jubilación o el retiro, los hemos agrupado en 4 grandes categorías:

- Estatus alto: empresario con asalariados, profesional liberal, director o gerente de empresas públicas o privadas y técnicos altos u oficiales de las Fuerzas Armadas.

- Estatus medio: empresario sin asalariados o autónomos, técnicos de grado medio, mandos intermedios y suboficiales de las Fuerzas Armadas.

- Estatus bajo: resto personal administrativo, comercial o técnico, obreros y trabajadores agrarios

- Amas de casa

El de los padres de los adolescentes encuestados se ha agrupado en los siguientes ítems:

- Estatus alto: empresario con asalariados, profesional liberal, director o gerente de empresas públicas o privadas y técnicos altos u oficiales de las Fuerzas Armadas.

- Estatus medio: empresario sin asalariados o autónomos, técnicos de grado medio, mandos intermedios y suboficiales de las Fuerzas Armadas.

- Estatus bajo: resto personal administrativo, comercial o técnico, obreros y trabajadores agrarios.

- No clasificables: el resto de opciones.

El nivel de ingresos de los mayores y de los padres se ha agrupado de diferente manera, con la intención de homogeneizar en lo posible el estatus socioprofesional y poder efectuar la comparación con criterios más fiables. El de los mayores se ha agrupado de la siguiente manera:

- Nivel de ingresos bajos: menos del Salario Mínimo Interprofesional (56.280 pesetas al mes)

- Nivel de ingresos medios: Entre el SMI y 100.000 pesetas al mes.

- Nivel de ingresos alto: más de 100.000 pesetas al mes.

En el caso de los padres de los adolescentes, la agrupación ha sido así:

- Nivel bajo: hasta 100.000 pesetas
- Nivel medio: de 100.000 a 150.000 pesetas.
- Nivel alto: más de 150.000 pesetas.

4.2. Conversión numérica de las escalas de valores nominales

Con el objeto de simplificar el análisis en la segunda fase de la explotación se ha optado por la conversión en dígitos (puntuaciones de 0 a 10) de las escalas cualitativas: (muy bien, bien, regular, mal, muy mal) (mucha, bastante, regular, poca, ninguna). También hemos optado por esta simplificación en el grado de acuerdo (muy de acuerdo, bastante en desacuerdo, ni de acuerdo ni en desacuerdo, en desacuerdo y muy en desacuerdo).

Así, estas escalas se han transformado asignando valores numéricos de 0 a 10, siendo 0: muy mal, ninguna o muy en desacuerdo. El valor 10, obviamente, correspondería a muy buena, mucha y totalmente de acuerdo.

4.3. Elaboración de tipologías

La elaboración de retratos-robot es altamente operativa en Ciencias Sociales, sobre todo a la hora de señalar tendencias y actitudes dominantes de los grupos sociales. Se emplea por ejemplo, con bastante éxito, en sondeos electorales.

En nuestro caso, las variables elegidas a la hora de confeccionar estas tipologías han sido:

- Nivel de estudios (sólo personas mayores)
- Clase profesional de los mayores o de los padres de los adolescentes
- Nivel de ingresos de las personas mayores y su pareja (en su

caso), y del padre de los adolescentes.

- Sexo
- Estado civil (sólo personas mayores)
- Tipo de hogar
- Tamaño de hábitat
- Existencia de nietos/abuelos